CHARLAS CON JUAN JULIO

Julio E. Suárez (PELODURO)



bolsilibros ARCA

Colonia 1263, Montevideo
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay - Printed in Uruguay

CHARLAS CON JUAN JULIO

Julio E. Suárez
(PELODURO)

bolsilibros ARCA 71

ADVERTENCIA

Este volumen recoge una difícil selección de las charlas radiofónicas de Peloduro en "El Espectador". Fueron ellas, diarias, miles, y de ahí la dificultad de una antología de esos momentos de Pelo con ese Juan Julio que somos todos. Han quedado fuera, muchos otros trozos de historia nacional escritos, como éste, con un estilo que concilia a Quijano con Onetti, a través de la parábola humorística, de la que fue un maestro.

Esta Historia, es reciente; Julio E. Suárez nos hizo participar en ella. No es nada difícil que hoy, al leerlo, gracias a él (y a nuestro obstinado empeño) nos sintamos Historia (mirá vos, diría él).

Jorge Sclavo

Nota: Estas charlas, como se comprenderá, no llevaban título. Osadamente, se los he puesto, sólo porque sea más fácil su identificación para cuando los comentemos entre nosotros, los Juan Julios, en algún lugar de esta RODELU que él fundó.

EL ASESINATO DE FRUCTUOSO RODRIGUEZ

En el día de hoy, 20 de Mayo, bajo muy desparejos cielos americanos, tuvo lugar la feliz conjugación de un gesto de solidaridad estudiantil que va bastante más allá de los intereses específicamente universitarios. En el segundo Congreso Latinoamericano de Estudiantes que se reunió recientemente en la ciudad de La Plata, fue decretada una huelga continental, como protesta por el asesinato del presidente interino de la Federación Universitaria de Cuba, Fructuoso Rodríguez, cuya sangre enriqueció la ignominia de la policía de Fulgencio Batista. Esa huelga tuvo lugar hoy, lo repito, bajo muy desparejos cielos americanos, porque el sol no sale para todas las repúblicas que integran este continente político que algunos llaman Hispano-América, otros Latino-América y otros, menos académicamente puntillosos pero igualmente preocupados llamamos, simple y expresivamente, Sudamérica, para añadir, con afligida pronunciación victimosa, aquello tan repetido como feliz de Alfredo Mario: "Sudamérica... Sí, y lo que va a tener que sudar, todavía!". Porque la suerte de esta América, tributaria de presuntos destinos presuntamente democráticos, transpira sudores ajenos a su propio destino y son muchos los pueblos americanos que actualmente festejan un nuevo aniversario de su independencia bajo una, tal vez, más dolorosa dependencia compatriota, bajo una bota en cuya suela dirá "fabricada" o "made", pero que tiene, siempre, la paradójica particularidad de apretarle a quienes no la calzan... (No te vayas lejos, que ya vuelvo y te la sigo).

....

A todos, más o menos, nos preocupa por estos tiempos la juventud. No me refiero, desde luego, a esa preocupación que consiste en llorarla por sentirla ya lejos, porque o se echa mano a escondidas glándulas del alma que nos permitan reprisar una meritoria juventud a los 40 y pico o, de lo contrario, se va uno a toser atrás del biombo y se acabó. Me refería a que nos preocupa por estos tiempos la juventud no como propia, sino como ella misma. Y ya que nos llenamos la boca de solemnidad para señalar algunas torcidas manifestaciones del impulso juvenil, perdido y desorientado en una época en la que parecería que no se sabe qué hacer con la sangre, señalemos, también, y positivamente, estas manifestaciones del impulso juvenil universitario que en América está dando muestras de un legítimo destino: los muchachos que se largan a la calle, con una conciencia madurada de generaciones sufridas y en Argentina, Colombia, Cuba o donde sea se embarcan en la más gozosa y legítima aventura infanto-juvenil imaginable: la de tentar robarle el "cola-chata" del poder a los dictadores de tan extensa como protegida impunidad de esta pobre América nuestra, pero no tan nuestra como quisiéramos. Para esta aventura, muchachos, cuenten con la inimputabilidad que les asegura la historia. Hasta mañana, amigos.

MISA POR NACIONAL

Como aquella señora que cuando le dijeron que corría un viento de 120 kilómetros por hora, exclamó: "¡Ave María, qué apuro!", tal vez pudiéramos decir a esta altura de este diluviante Enero: "Ave María, qué exageración". Porque, che... puede llover, no digo; es, al fin de cuentas una manifestación corriente, yo diría fisiológica, de la naturaleza que nos envuelve y nos decora, considerada como un ser orgánico; el agua sube en vapores y baja en chaparrones luego de hacerse la nube un rato; lo ha hecho siempre, desde que yo... más, mucho más, desde que la especie humana era chiquita y no sabía decir ni "mamá"; y lo sigue haciendo ahora, que la susodicha especie hace rato que dijo "mamá" y escribe versos, hace guerras, conferencias de desarme, gobierna entre nueve que no se entienden ni para cerrar el balcón que da a la calle en el Palacio de Gobierno, lanza satélites al espacio, inventa la democracia condicionada, los trolebuses y el frankfurter con tocino... Siempre ha llovido, uno sabe, pero esto, che, ya es Rodríguez Andrade. Quiero decir, que esto ya pasa de castaño oscuro. La lluvia es una bendición, como puede serlo una mujer (pongamos por caso) pero esta poligamia diluviana de que nos llueva todos los días "como si fuera ese día la primera vez", por decirlo con tono de bolero, ya nos tiene (dicho sea con las respectivas reverencias a Dios y a la historia patria) más patilludos que Lavalleja. (Esperate que voy a poner en funcionamiento el limpia-parabrisas de los anteojos, y ya vuelvo y te la sigo).

....

Yo digo que debe haber habido algún malentendido. Tal vez, alguna acción de gracias que Dios (ocupado

en tantas cosas, uno comprende) interpretó desviadamente. O, si queremos considerar la omnicapacidad divina, un informe equivocado de alguno de los tantos funcionarios celestiales, debe haberlos (vaya) porque de esta actual proclividad a la burocracia no debe haberse salvado ni Dios. Tal vez alguna acción de gracias, sí que agarró para el lado de la lluvia como pudo haber agarrado (celestialmente) para el lado imponderable de los tomates. Había llovido y estaba por llover cuando el padre Nicoli, ayer, oficiaba una tan curiosa como solemne misa de Acción de Gracias por el triunfo que el Club Nacional de Fútbol había alcanzado al obtener el Campeonato Uruguayo. Los latines de una misa deben ser todos iguales y apenas si una formularia línea de puntos deja espacio (supongo) para intercalar el motivo. San Pedro habrá entendido todo y recordado todo, con su bíblica memoria, pero no así aquello de Club Nacional de Fútbol y Campeonato Uruguayo. O pudiera ser que el divino santo que guarda las puertas de la Celestial Casa de Gobierno, sea de Peñarol. O, tal vez, lo inusitado que aquel deportivo motivo de agradecimiento le pareció, cuando, puestos en la desesperada necesidad de molestar al cielo, tiene el hombre oriental, nacionalófilo, peñarolense o racinguista o tenedor de libros, chansonier, médico, diputado o libretista de radio, tantos y tantos motivos para una acción de gracia, de ruego o de cristiana protesta. Debe haber sido entonces que San Pedro, juicioso y ponderado como lo queremos, se habrá dicho: "¡Yo no lo molesto al Viejo por esta pavada!. De por esos lados, lo que más frecuentemente piden es lluvia y como yo tengo la llave de la cuarta línea de bombeo, que les llueva hasta que se aburran. Si no están conformes, que lo manden decir en otra misa". Y nunca un funcionario de Dios habrá estado más divino. ¿No te parece?, Juanjulio? Hasta mañana, amigos.

LA AUSENCIA DE MI PRESENCIA

Buenas noches, mandan muchos recuerdos de casa, a ver cómo están por aquí, y de parte del señor (digámosle así) que lo disculpen, que esta noche no van a poder venir a la radio, por encontrarse un poco indispuesto. Yo supongo que nadie más autorizado que yo mismo para ejercer esta misión de excusas para justificar mi inasistencia y a ella sólo podría encontrársele el defecto de que para mi necesaria inasistencia fue menester mi no menos necesaria presencia. Es, sin duda, una flagrante contradicción esto de que uno mismo venga a decir que no puede venir, pero ello puede ampararse en las exigencias de una ubicua voluntad, que, honradamente desglosada, se traduciría en que ni me da la gana de faltar, ni me da la gana de venir a decirles nada esta noche. Ni siquiera quiero protegerme en la excusa de una posible falta de tema, porque para el comentarista, el tema es un producto de la voluntad, como quieren las amas de casa con gallinero, que sea el huevo para la gallina. El periodista (y esto es periodismo riguroso) no tiene más que echarse resignadamente en el nido de la actualidad nacional y esperar; admito que puede haber algunos más ponedores que otros, pero todos estamos sometidos a este ejercicio de echarnos y propiciar, al calor del más o menos humor y la más o menos conciencia, el probable huevito de su posible talento. Y yo, che, talento tengo, que ahí está toda mi familia que me lo reconoce. (Esperame un momentito, que todavía no es tiempo de cacarear, y ya vuelvo y te la sigo).

. . . .

Al menos han de reconocer, conmigo, que he tenido la honestidad de venir a decirles mi propia ausencia y

tomarme, para ello, el tiempo que otras noches ocupo en decirles alguna otra cosa. Es difícil ser honesto en estos tiempos de pan común y pan lácteo, pero yo me he propuesto serlo, aún en el venial carácter de esta falta y créanme que no hubiera podido faltar en un caso en que (ganándome de mano) me faltaron antes las razones para faltar. El locutor hubiera podido decirles, como es norma: "Por indisposición de Peloduro pasaremos hoy una grabación de Alberto Castillo" (valgan las ventajas de una gripe sobre una pulmonía) pero es que, honradamente, no encontré ninguna indisposición a mi disposición. (Un resfriado fuerte que tuve el año pasado, vaya a saber dónde lo metí; el caso es que lo busqué hasta en el cajoncito donde guardo los recibos de la mutualista y nada). Sintiéndome, pues, en condiciones físicas llevaderas, no tuve más remedio que venir personalmente y desarrollarles las excusas de mi ausencia. Cierto es que para ello ocupé, cuan breve es, el espacio que esperaba mi presencia y que hube de llenar con mi ausencia, al extremo de que, a esta altura de los hechos, ya no sé si estoy y es hora de que me vaya, o si no vine y lo que me correspondería hacer es llamar por teléfono a casa a ver cómo sigo. Yo qué sé, mirá. Mejor vamos a esperar el lunes, a ver qué pasa.

AÑO ELECTORAL

Estamos a menos de cinco meses de ese domingo de noviembre que todos, quienes más quienes menos, tenemos alojado en el centro del sistema nervioso, aunque ello no quiera decir que el asunto nos robe el sueño, desde luego; porque la feliz regularidad y la relativamente corta frecuencia con que se nos da el evento eleccionario, hace que los orientales lo tengamos incorporado, ya, como una de las tantas costumbres, que apenas si trasciende más que un cumpleaños de la nena y, en todo caso, no es para nosotros más que una fiesta bisiesta, un compromiso más o menos fastidioso, según el hígado ideológico de cada uno. Desde el más indiferente anarco-opositor al más activo "clusista" de circunstancias, los felices nativos de esta democracia no tendremos más remedio que someternos al ritmo candombero de estos cinco meses, mismo aunque el hecho, repito, no nos quite el sueño ni el apetito, cosas que los orientales tenemos aseguradas, malgrado los ruidos de la propaganda (atentatorios del sueño) y los precios de la feria (atentatorios del apetito). Más aún, vistas las cosas cómo están (y más que vistas, sentidas... sentidas en la conciencia, que de tanto en tanto se nos aflige frente a ciertos cuadros nada angelicales de la política, sentidas en el bolsillo, que es la víscera hipersensible de un organismo moderno) vistas las cosas como están, decía, bien quisiéramos que el asunto nos afligiera un poco más, ya lo creo!... Sobre todo cuando tanto se habla de que esto tiene que cambiar y nunca (es la verdad) nunca sabemos qué es lo que cambiamos cada cuatro años. O, a lo sumo, como si llegáramos a una posta, todo lo que hiciéramos fuera cambiar de caballo.

(Dicho sea con mi mayor reverencia para la cabalgadura gubernamental). (Bueno, acabá de sonarte la nariz, que si no los otros no pueden escucharme!).

....

Y tal vez para ser justo, ya que hablé de cabalgaduras (y porque la metáfora no es una licencia para calificar gratuitamente a las instituciones) digamos, en rigor de verdad, que (bien vistas las cosas) los que cambian de caballo son ellos y no nosotros porque ellos son, más o menos, siempre los mismos, cabalgando esa suerte de renovada esperanza que en cada nuevo Noviembre les tenemos ensillada y briosa, para cuatro años más de decepción. Con que (digámoslo sin falso pudor de estilo) los caballos somos nosotros (y amparémonos, para consuelo, en que el caballo es un noble animal que ha alcanzado a compartir el bronce consagratorio de muchos generales). Porque... ¿qué ocurre ahora y qué va a ir ocurriendo en este tramo escandaloso del año, que por estos días iniciamos?... Como sometidos al régimen de la propaganda moderna, elegimos gobierno con el mismo espíritu discutible con que se nos gobierna. Se abren los clubes como sucursales de administración de cuatro años de favores, donde empieza a cobrarse en moneda cívica (digamos) las gauchadas que el poder (o el mezzo-poder de la minoría mayor) repartió en el curso de 4 años. Y fuera de eso (o, en el mismo sentido) se ofrece un número, un nombre y una frase grande y vacía, pero un programa... te lo debo. El programa parece que es algo que está fuera del alcance del político, más allá de la posibilidad del diputado. El programa está fuera del campo en que se mueven nuestros hombres, nuestros partidos y hasta nuestras instituciones. Y sin embargo, hasta ciertos escándalos caracterizantes de nuestro régimen parlamentario parecerían significar una esperanza en aquel sentido. Porque (como me decía el

Pulga los otros días): "Cuando los diputados se votaron la ley de franquicias para los autos, yo decía, digo: Ahora sí puede ser que éstos levanten algún "programa", que es lo que les está faltando a este gobierno". En fin, yo qué se. Hasta mañana, amigos.

ESTUDIANTES

Se tiene de los estudiantes (genéricamente considerados) un doble y parejo concepto. Virtuoso uno, más o menos condenatorio otro, pero ambos igualmente incondicionales. O son la piel de Judas o son la piel de Cristo. O invisten la representación de una fuerza social sana y desinteresada, o son unos infantos que gustan, de cuando en cuando, salir a la calle a armar un rififí con la policía. En cuanto a la policía, se tiene, también, de ella, dos conceptos igualmente encontrados, aunque, tal vez, no tan parejos, porque ha querido la historia de las relaciones humanas que esté más extendido el concepto que enchufa en los conmovedores resentimientos de Juan Moreira, que aquel que la cifra, angélicamente, como un instrumento social del orden. De todas maneras, quieren los buenos preceptos por los que pretendemos regir nuestra vida (pretensiones que no siempre nos es posible alcanzar) que el estudiantado sea una grey virtuosa y la policía un instrumento social del orden. Así las cosas, idealmente consideradas, el estudiantado podría ser un hijo amoroso y la policía una madre ejemplar. Y hasta cabría (un poco repelentemente cursi, lo comprendo) que al salir de clase y antes de irse para su casa, el estudiantado pasara por Yí y San José a darle un besito al señor Jefe de Policía. Pero parece que no es así. Sosteniendo dificultosamente la imagen, parecería que al hijo le ha dado por manifestar algún descontento y la madre no encuentra otra didáctica democrática que agarrarlo a los sopapos. (Esperate un segundo que me voy a fijar si viene la manguera y ya vuelvo y te la sigo).

. . . .

Lo de los sopapos, desde luego, no es más que una metáfora. Porque, a hijos impetuosos como los de la FEUU y madres expeditivas como la policía los recursos admonitorios del sopapo, trascienden a la leña y la manguera. Procedimiento, (por otra parte y dicho sea muy de paso) bastante contradictorio o de reinada intención represiva (como me lo hacía notar el Pulga) ya que, primero, les dan leña para el fuego juvenil de la protesta, y, después, los apagan con el agua prepotente de las mangueras. Los hechos de anoche, tras las amargas reflexiones a que pueden dar lugar en este masticar el chiclet de una constante inquietud que se vive, exponen nuevamente una reiterada evidencia. Para nuestra policía, los estudiantes no son la piel de Judas (como tantos reaccionarios lo pretenden) sino, todo lo contrario, la piel de Cristo, que es (como se sabe desde la primera edición del Nuevo Testamento) la piel más castigada en toda la historia del hombre. Tras esa cruda verificación, quedémonos masticando el bolo amargo de esta nueva post-guerra infanto-policial, y estimemos, lo mejor que nos sea posible, esta actitud maternal de una policía que se aflige tanto por el orden que, en su procura, es capaz de llegar a los mayores desórdenes. (Para terminar: el que me contó todo fue El Pulga, que salía de un cine y notó que algo ocurría por allá por 18 y Agraciada. "Tonce —me dijo— corrí a informarme de lo que pasaba ¿me entendés?. . . Y te juro que salí empapado de la cuestión!". Hasta mañana, amigos.

PROPAGANDA ELECTORAL

Lenta, pero irremediablemente, la calle nuestra, esta calle montevideana, ya bochinchera de por sí, de naturaleza, porque tenemos un ancestro municipal (digamos) barullento, porque somos gritones, malgrado la tristeza y la melancolía que nos haya atribuido Keyserling... estas calles nuestra, decía, lenta pero irremediablemente va animándose más y desanimándonos, por consecuencia, a quienes, sin ser recibidamente hepáticos, vivimos con el hígado a flor de la camiseta, dicho sea con tan poca ciencia como elegancia. Un camioncito por aquí, otro camioncito por allá, vestidos electoralmente con tres bastidores (dos a los costados y uno atrás) y delante, un bastidorcito frontal, especie de tiara (como usan ahora las mocosas noveleras) y el hombre, la foto y el número de un proclamado. Los hay, postulantes al Gran Pescado Colegiado y, también, más modestos postulantes al Pescado Chico, la diputación. Por ahí vocean a un Grauert al Consejo Nacional, un Grauert achiquilinado, un Grauert bachillercito, todavía, pero que es el doctor, el ministro y el candidato al Consejo Nacional. El candidato, por supuesto (y humanun est) coquetea con la foto. Y el Tito Grauert eligió ese dibujo a lápiz que lo muestra juvenil, con estampa de joven tribuno y con una solapa sola, que la otra, seguramente, no se la dejó dibujar para que no supusieran, la suya, una candidatura solapada, sobre todo cuando todavía, dicen, está siendo discutida con la de Vasconcellos, que también anda por ahí, en su respectivo camioncito, sonriéndole a las veredas ciudadanas. (Esperame un segundito, que reenciendo un puchito sabroso).

. . . .

Lenta pero irremediablemente, como avanza una gripe, una eczema, un grano que fatalmente llegará a forúnculo, así se anima la calle y nos vamos desanimando nosotros, ante la perspectiva candombera de los próximos días y los próximos meses. Todavía no es mucho, pero ya anda, al menos, ese camioncito suelto, que te golpea las orejas con la asamblea de esta noche o con la necesaria ficha ideológica de algún doctorcito nuevo (¿Y a este, quién lo conoce?) que se supone con los fundillos vocacionalmente destinados a los escaños parlamentarios. Ese camioncito y otro... y otros más que vendrán... que nos obligan en la calle, por donde caminamos con el amigo, a retomar la conversación suspendida a cada rato: "¿Cómo era lo que empezaste a decirme antes de que cruzara el maldito camioncito ese?". Ello, siempre y cuando vos vayas en sentido contrario al camión, porque si te toca agarrarlos en su mismo sentido, despedite de tu amigo, aunque sigas caminando con él. El camioncito va lento, no lo apura nada y, por el contrario, hace como que se acerca a cada oreja compatriota para susurrarle las virtudes de una nueva "alhaja" política, su breve ficha biográfica y sus postulados principistas, con el optimismo y la fe que sólo una madre tiene para su hijo. Es bueno, un pan de bueno (aunque eso no sea ahora un elogio, como están vendiendo el pan, de chico, de malo y de caro). Es bueno, inteligente, demócrata, honrado, se acuesta temprano, no patea al perro, abomina toda forma de totalitarismo y dobla cuidadosamente los pantalones al sacárselos. Decime Juanjulio si no es para votarlo. Hasta mañana, amigos.

TIEMPO DE NADIE

Es muy útil, más útil de lo que uno hubiera imaginado, este tiempo intermedio, este lapso que va del 30 de Noviembre a ese expectable Primero de Marzo, del que yo ya les he hablado otras veces, inclusive llamándolo Tiempo de Nadie, tiempo sin dueño, por el sutil parecido que guarda con aquella Tierra de Nadie, aquella franja de terreno con que las naciones en guerra formaban algo así como un colchón neutral entre sí para la incruenta guerra de la paz (antes, digo, cuando las fronteras eran las del mapa, porque ahora, para una guerra último modelo, bien sabemos que debemos considerarnos tan vecinos de Brasil, como de Alaska o China). No tenía una mayor función (este Tiempo de Nadie) antes, cuando ganaba siempre el mismo partido y la distancia que va del día de las elecciones a la trasmisión del mando era un lapso dichoso, compartido entre los que se iban (con cierto alivio y un buen seguro de paro) y los que llegaban, ansiosos, jarifos, dispuestos a gobernar, como nadie lo había hecho hasta ahora. Por otra parte, la base del país, la humilde y cuantiosa merza ciudadana, estaba hecha al monótono trance, tanto el que repetía la correligionaria victoria como el acostumbrado al agenciado sabor de la derrota; no pasaba nada, porque nada había cambiado, sencillamente. Ahora es otra cosa: los que se van son colorados, es cierto, como siempre, pero los que llegan a gobernar son los blancos... y este período, entonces, este intermezzo de 3 meses, resulta rigurosamente funcional para entonar el espíritu, para templar la conducta, para acondicionar los pulmones al Nuevo Tiempo que deberemos respirar. (Esperame un segundito y te lo explico mejor).

....

Dejemos la Austeridad quieta, que descanse de tanta soba dialéctica como le han dado los beneficiarios del triunfo. En último caso sabremos (y nos alcanzará con la inveterada resignación que nos asiste) que los austeros seremos nosotros, los de este llano consumidor en que vivimos por modesta vocación. Estos tres meses sirven para otra cosa: para templar la conducta, che, ya te lo dije antes, no sé si me estabas escuchando. ¿Cuándo vas a acabar de hacer conciencia de que ahora, ñato, van a gobernar los blancos? Claro, uno lo dice así, con cierta gravedad en la voz, para ser más convincente y expeditivo (porque la gente no se ha hecho, todavía, a esa idea, de tan arrumbada que la tenía en los desvanes del cerebro) y, de pronto, pone cara de asustada, como una viejita que yo conozco (muy colorada ella) que me preguntaba, con cierto desganado espanto en la cara: "¿Decime, m'hijo, es cierto que van a entrar degollando?" (pobrecita, bajo la influencia de las historietas patrias, que diríamos). Es muy otra la instancia histórica que hemos de vivir, como para semejantes aprensiones, pero... Y este es el pero del que ya hay perales en el campo de la ciudadanía. Que más le cuesta ponerse "colorado" a un tímido, que ponerse "blanco" a un asustado de estos tiempos novísimos de nuestra política. Aquel tipo con el que protagonicé una caricatura publicada por ahí, que la misma noche del domingo histórico ya andaba diciendo a quien se pusiera a escucharlo: "Yo creía que íbamos a ganar los colorados, pero ganamos los blancos", tipifica, en alguna medida, la inquietud bastante poblada de este Tiempo de Nadie que transitamos... Si uno se fija bien, son muchos los compatriotas que andan buscando raíces blancas en la genealógica política familiar o el que descubre, jubilosamente, que "él, en el fondo, siempre fue blanco". Ocurre eso y sale, espontáneamente, del alma ... hasta con inocencia. Se conoce, incluso, un caso

(veridiquísimo él) de un abnegado ciudadano que tuvo (fundó y atendió, durante un año y medio) un Club de la 14 y diez días antes de las elecciones, cambió carteles y retratos y lo destinó a la 15, en un rapto o corazonada fácilmente comprensible. Bueno, pues el mismo tipo, sin ocultar su desazón por la derrota, decía al otro día de las elecciones a un amigo: "Yo no sé por qué uno, siendo blanco, se mete en estas cosas!". Es, después de todo, gente evolucionista, práctica y con un sentido constructivo de la vida, que en vez de decir, como los de la constante moribunda: "Eh, si hay que morir se muere", dicen, con saludable porfía: "Eh... ¡si hay que vivir, se vive!". Hasta mañana, amigos.

FAMILIA OFICIAL

Para quien sienta, realmente, la política (digo en un sentido comprometidamente partidario, porque la política la sentimos constantemente, por más desentendidos que nos hagamos, porque el hombre es un ente político, desde que lo es, también, social)... (bueno pero... salí por un paréntesis y fui a dar allá por Millán y la otra, sin querer). Para quien sienta la política, decía, esta política menuda, difícil y engorrosa, como la nuestra (vaya dicho como virtud de exquisitos, que somos) el partido debe ser, como ideal de conformación, como desiderátum de estructura, de unidad política... una familia. El partido debe ser una familia, si señor, y así lo proclama el más elemental ideal partidario. Sobre todo ahora, y en un escenario político como el nuestro, entretejido de acuerdos, arreglos, acomodos, enjuagues o como sea que haya que alcanzar los fines políticos salvadores (porque eso tiene la política de ingrato, como se quejan tantos **puros** obligados a este juego) el partido debe ser una familia. Don Benito Nardone (por ejemplo) que en esta próxima instancia cívica inaugura (estrena electoralmente), unas fuerzas ganadas a favor de una dialéctica lanera y de pericón nacional (tairunga tarángai-tunga) acollaró su ruralismo reformista al reformismo herrerista y allí dentro transpiró la humanísima lucha de las candidaturas, ya fijadas en la fórmula presidencialista "Herrera-Nardone" (Por la Patria) y la otra fórmula colegiada "Echegoyen-Nardone" (Por Las Dudas). Por ahora todo está muy bien, pero... (Dame unos segundos, para ordenar la "cola" de mis pensamientos y ya vuel...).

....

Pero no alcanzaba con eso. O, en todo caso, la esperanza promisoria a que eso da lugar, exigía otras formas de organización, porque Benito solo, allá, che. . . ¡quién sabe! Así lo entendió Don Benito que (según se ha informado) acaba de constituir la Departamental Reformista que (como no podía ser de otro modo) lleva su nombre. Tengo, pues a mi alcance, el recorte de un diario en el que se da a conocer las autoridades de la flamante Departamental Reformista "Benito Nardone". No los voy a citar nominalmente, sino en un sentido que subraye aquella saludable tendencia que les señalaba antes; es decir, que "el partido ha de constituir una familia"; o (como debe estar diciéndoselo algún mal pensado: la familia ha de constituir un partido (lo que, mirado al galope, viene a ser lo mismo). Es así, pues, que los presidentes honorarios de la Departamental Reformista "Benito Nardone" son un hermano de Don Benito y un cuñado de Don Benito. La Comisión Femenina se integra así: presidenta, la señora esposa de Don Benito, y vice una hermana de Don Benito; y como vocales: una hermana de Don Benito, otra hermana de Don Benito, otra hermana de don Benito y, aínda, otra hermana de don Benito, completando la lista de vocales, una cuñada de Don Benito. Y cierran el cuadro de autoridades departamentales, pues... tres cuñados de Don Benito, esposos de las hermanas de don Benito, ya citadas. El momento que vivimos lo exigía y si la cohesión partidaria reclama un régimen familiar de convivencia, nada mejor que la propia familia que ya tiene esa noble tarea afectiva resuelta. Nadie que no sea un capcioso de las intenciones humanas puede pensar mal de ello. A mi, tal vez, me aflige más el destino doméstico de esta nueva agrupación política, nacida demasiado "a pecho" de aquello de que "el partido debe terminar siendo una

familia"... porque la historia del país nos cuenta algún caso de "familia que ha terminado en dos partidos" y un desdichado escombro nacional. Pero eso no es cosa mía. Hasta mañana, amigos.

LA DESAPARICION DE EL PULGA

Voy a pedirles este lunes, que tiene algo de rincón recogido de la semana, de tramo aún no inaugurado de una pretendida actividad que ha de canalizarse en una rutina de humores más o menos felices, este lunes que si ustedes quieren puede ser un espacio de nadie (y yo preciso que hoy lo quieran)... voy a pedirles este lunes, para una emoción propia, muy íntima, pero que puede y pretende alcanzar la de ustedes. No va a significar un déficit de tan constable volumen para el oyente, si esta noche, este espacio, que habitualmente se inaugura bajo el rubro (admito que discutible) de "la gracia y el ingenio de Peloduro", declina esas presuntas virtudes, para dejar palpitar una constancia sentimental, a la que los propios Peloduro y El Pulga me instan con la soberana fuerza de sus derechos sobre mi palabra, mis gestos y mis mismas emociones. Un amigo, conocido de unos cuantos de ustedes, desconocido de muchísimos más, pero representativo de una grey calada muy hondo en el alma de todo periodista —el canillismo—, tomó hace un mes por una calle interminable que todas las religiones, aun la de aquellos que no poseen ninguna, llaman Eternidad. Constaba en sus documentos más prominentes: credencial cívica, libreta de casamiento, ficha de jubilación, como Eusebio Codesal. Pero era Eusebio, el gordo Eusebio o, más que nada, El Periodista, para quienes le conocieron en torno a esa esquina de 25 de Mayo y Juncal. Para mí y solo para mí, era, en la más noble acepción de la semejanza: El Pulga. (No te vayas lejos, que ya vuelvo y te la sigo).

....

Las paredes de ese sector de la ciudad vieja han de

guardar todavía, y por mucho tiempo, protegiéndola de los ruidos despiadados del tráfico, la voz de Eusebio Codesal, cascada por 40 inviernos cumplidos en el oficio de vocear los títulos de nuestra prensa. A los trece años había ganado la calle, para esa función de gorrión laborioso del canillita de entonces y fue de los que sostuvieron la dignidad del oficio, hasta llevarlo a una suerte de porte señorial con el que entró (hacía muy poco tiempo) airoso, la cabeza levantada y el toscano enhiesto, a su nueva y para él inconcebible condición de jubilado. Sí, Eusebio Codesal era el Pulga. No en la rigurosa y superficial coincidencia anecdotaria (aunque una vez me protestó derechos de autoría sobre el tema de una historieta en la que él y el Pulga parecen haber tenido la misma ocurrencia) sino en algo más profundo e indefinible que nacía, sí, (o más bien se reflejaba) en el parecido físico, pero que tenía su entraña en una más íntima naturaleza. Tal vez en esos gestos del alma que los ojos no saben ver si no están enfocados por la amistad y, hasta diría, por la bellísima costumbre de una amistad. Por todo esto, amigos, es que yo les pedía este lunes para hablarles de Eusebio, El Periodista, que cada fin de año cometía la "humorosa" gentileza de repartir almanaques con la impresa constancia de su "establecimiento comercial de venta de papeles con letras", revalidando destinos con quienes venden alpargatas, tractores o automóviles, que tal era el melancólico sentido del humor de Codesal, el Pulga aquel que hace un mes se despidió de nosotros y, sin diarios bajo el brazo, tomó por una calle larga, interminablemente larga y empinada, tal vez a hacer toser a las nubes con el humo de su irrenunciable toscano.

DIA DE LOS INOCENTES

Mañana es 28 de diciembre. (No, no me sirvas nada por la noticia, porque el chocolate me patea el hígado). Quiero decir (aunque también sea noticia fiambre de unos cuantos siglos) que mañana es el Día de los Inocentes, consagración que, dicho sea de paso, se ha visto muy alterada en el curso del tiempo, desde la triste degollación hasta estos días, en que los inocentes han cambiado tanto como la misma inocencia. Pero dejemos la historia (ponela por ahí, nomás, cuidado no vayas a volcar la cerveza) y atengámonos a esta actualidad que vivimos, que estamos obligados a vivir, con todos los ganchos abiertos y un "guambia" constante en el alma. El hombre había tomado este día de mañana (no era cuestión de pasarse los siglos llorando por aquellos pibes degollados, sobre todo cuando siempre siguió habiendo degollados), el hombre había tomado, decía, este día de mañana, para un juego que se hizo tradición del pillín nato: Hacer caer en una inocentada (que le dicen) a un semejante candidato. "Mirá, che, lo que se te cayó!", y cuando el inocente crédulo se daba vuelta para ver qué era lo que se le había caído, el pillín soltaba una risa de choclos, diciendo: "¡Que la inocencia te valga!". Claro que no todos caían, porque la desconfianza es tan antigua como la inocencia, y había quienes salían de su casa sabiéndoselas todas y diciéndose: ¡A mí me van a agarrar si son brujos!..., que fue en un caso así cuando el Pepe Porciúncula llegó a la casa arrastrando la cadena y sin el perro, que él no quiso creer (tomá que lo iban a agarrar) cuando le dijeron que se lo estaban robando. (...)

. . . .

Pero estos ya son otros tiempos y hoy la inocencia

está tan escasa como la carne, la fruta seca y los triunfos celestes. Hoy nadie pierde el tiempo. . . (como no sea un tozudo tradicionalista, que empieza por ser su propio inocente) hoy nadie pierde el tiempo en tentar hacer caer a nadie en una inocentada. Claro que. . . (bueno) me estoy refiriendo a la tradición del día de mañana. . . Porque no se me escapa que todos los días acrece la lista de víctimas de Cuentos del Tío, ejercicio del ingenio humano que no se ajusta a normas de tradición bíblica y se practica, sin prejuicios de almanaque ni discriminación santoral alguna, cualquier día del año en que un inocente que se siente el púa de la oportunidad, entra por comprar una máquina de hacer billetes, un ómnibus para trabajarlo por su cuenta, el monumento al Gaucho para ponerlo en el fondito de la casa, o tantas pichinchas de la ambición humana. En todo caso (ahora me doy cuenta) todo cuanto podríamos decir es que se acabaron los inocentes del Día de los Inocentes, los inocentes del 28 de diciembre, pero inocentes quedan, para los restantes 364 días del año. Y, particularmente (ahora se me ocurre), para esa instancia de la ciudadanía en que los candidatos hablan y prometen y las credenciales escuchan, se conmueven y creen, con lo que no estaría mal (al menos en este país) que, en lugar del 28 de diciembre, fuera el último domingo de noviembre de cada 4 años el consagrado como el Día de los Inocentes. Aunque después se pasen todo el ejercicio con "que la inocencia les valga". Hasta el lunes, amigos.

LA LEY DE AUTOS BARATOS

Bien cierto es que nosotros, los comentaristas de radio, hemos menester un automóvil, como lo han menester los médicos y como lo hubieran menester otras sufridas profesiones. Nada nos costaría, a los comentaristas de radio, demostrar que el automóvil constituye, en cierta medida, una herramienta de trabajo profesional, con el sudoroso ingenio con que nos las arreglamos para venir todas las noches a hablarles desde el micrófono, tengamos o no tengamos algo que decir. Si eso hacemos diariamente, espulgándonos el buñuelo cerebral para justificar cinco minutos en el uso de la palabra, seguro que somos capaces de demostrar, por A más B (es decir, sumando vitaminas, como decía el Pulga) que el automóvil es una exigencia vital de nuestro oficio. Pero no. Yo, al menos, no pienso entrar en esos trámites de maquiavelismo dialéctico, sobre todo porque eso estaría fuera de los planes morales con que me lancé a la vida por allá por 1909. (Dejate de sacar cuentas con los dedos ¿querés?). Yo recuerdo haberme dicho, cuando era chico: "Voy a ser un ciudadano recto, probo, ejemplar, sacrificado, como un servidor de la patria, como. . . (ya clausuradas las luchas por la independencia y las otras, institucionales) como. . . como un diputado nacional" (investidura que, yo no se por qué, me impresionó, de chico, más aún que la de Presidente de la República). Un diputado nacional, che, es un diputado nacional. No quiero decir lo que me dolió de grande, conocer personalmente un diputado nacional. Dicho sea, salvando honrosísimas excepciones, (este es el momento en que el 100% de los diputados que me escucharan, se

auto-exceptuarían) y en honor a mi supina inocencia. (no te vayas lejos...)

....

La cosa es que nosotros, los comentaristas de radio, estamos sin auto. (Eso no importa mucho). También los médicos. (Esto ya importa bastante). Pero los próceres vigentes de mi idolatría pueril, los señores diputados nacionales, que se votaron su propia ley con sobrecogedora auto-ternura, ya tienen felizmente vencidos los dos años de su primer colachata y procuran el segundo, los que no los tienen ya con la llanta flamante sobre las calles de Montevideo. Esto, así, sencillamente, ya te pone la carne de gallina (o de pollo o de gallo viejo, según seas) pero ¿cómo se te pondrá la piel, cuando te enteras (según versión muy responsable) que estos fueros parlamentarios sirvieron a muchos diputados y senadores para una ventajosa combinación con algunos importadores, de quienes recibieron el primer automóvil sin desembolso alguno de dinero y a la sola firma de un conforme a un plazo de dos años?... ¿Y qué, entonces, si te enterás que la compra-venta incluiría, además, el compromiso del legislador de adquirir su segundo colachata, al vencimiento legal de dos años, para entregar el primero al importador, sin cargo alguno para éste y contra la simple devolución de los conformes?... La operación, se asegura, permitiría a algunos padres de esta patria quedarse con un "último modelo" gratis, al tiempo que los importadores lucrarían sobre el otro, con poco uso, importado por vías de excepción y en ancas de la ley franquicia. ¿Qué me decís, Juanjulio?... Vos, que no podías dormirte aquella noche que involuntariamente te quedaste con un vuelto de más y al otro día madrugaste para ir a devolverlo porque... "querías ser un ciudadano recto, probo, ejemplar, sacrificado, como to-

do un diputado nacional"... (Bueno, andá a dormir, angelito, y si te viene sed o ganas de cualquier cosa llamala a mamá). Hasta mañana, amigos.

EL VINTEN

Juro no tener ni un vintén de ganas de hablar esta noche. Ya ven ustedes que, al menos, todavía al vintén le resta un uso dialéctico, expresivo. El último recuerdo que uno tiene del vintén, lo vincula al boleto del transporte, como apéndice de las diez guitas para el cambio justo, exacto, que las mujeres se preocupaban de apartar en la esquina, antes de que llegara el ómnibus, cuando abrían el monedero (desde luego que con los guantes puestos) extraían los doce justitos, cerraban, monedero y cartera, y con los niquelcitos bien apretados en la mano, aguardaban el de la línea, ese que nunca llega. Claro que con la mano insensibilizada por el guante, cuando el ómnibus llegaba y ellas ascendían, se daban cuenta de que el vintén se les había escurrido y había que volver a abrir la cartera y el monedero y pagar con un papel de a peso. Ese es el último recuerdo del vintén militante que se tiene. Muerto ese subalterno destino de apéndice del real en el ómnibus, murió, también, definitivamente, el vintén. Los vamos dejando por allí y ellos, solitos, irán poco a poco metiéndose en ese cementerio de las monedas del Banco de la República. Contándose, tal vez, nostalgiosamente, la época aquella en que eran cambiados por una caña bien habanera, sobre un noble estaño... la caña esa que hoy te la sirven sobre un mármol de morgue y que tiene ese rico gustito a mmm... ácido fénico. (Esperame un vintén de tiempo, que enseguida vuelvo y te la sigo.)

....

Repito no tener ni un vintén de gana de hablar esta noche. Cierto es que la época en que la caña valía un vintén, yo ni la pellizqué, siquiera. Yo, apenas al-

cancé, un ratito nomás, la época en que costaba un medio, aquellos tiempos en que los de mi edad empezamos una absurda pero incontenible campaña de oposición sistemática al hígado, contemporánea de un romanticismo ya declinante, época de poetas anarco-batllistas y pintores planistas con patillas precurso-existencialistas, que, probablemente, tomaban una sopa también por dos vintenes y medio. Luego el vintén sobrevivió en el precio de la caja de fósforos, que entonces se esforzaban y competían estimulantemente en cuál traía un mejor pensamiento de Salterain o Rodó, antes de estos insulsos consejos odontológicos de hoy y que traían una gomita para que, luego de abierta, la cajita interior se fuera sola para adentro, hasta que vino la guerra y le suprimieron la gomita y ahora el pobre consumidor tiene que hacer el esfuerzo de empujarla, aumentando la absurda cuota de sudores inútiles del género humano cuando ya la ciencia le había ahorrado ese. Todas éstas, caros amigos, son relaciones históricas que adornan la existencia social del vintén, que acaba de clausurar su cometido en esta vida, con motivo del aumento del boleto, su último y más subalterno destino. Hoy, un vintén puede pasarse los años tirado en la puerta de una escuela, sin peligro de que ningún pulguita con moña y túnica se agache a recogerlo. Esa ha de ser, sin duda, la humillación más decorosa que el pobre vintén se lleve de esta vida. Es para consuelo póstumo de su dignidad que le di cargo dialéctico en este, su propio responso: Juro no tener ni un vintén de ganas de hablar. Hasta mañana, amigos.

CAMBIOS EN LA ESTATUARIA

El hecho (según se ha dado noticia) tiene alguna importancia más que el de un cambio de lugar en los muebles de una casa, digamos, cuando a la patrona (que tiene su módica acepción del "Reformarse es Vivir") se le ocurre: "¿Qué te parece, viejo, si sacamos la cómoda de acá y la llevamos a aquel rincón, y aquí ponemos la butaca con la mesita que tiene el negrito con la paloma?"... Bueno, ese clásico cambio con que la tipa (perdón: la señora) remienda el trillado paisaje interior del hogar. Lo que ahora se anuncia es, también, un cambio de lugar en el más amplio paisaje del hogar ciudadano y la ocurrencia debe ser de la propia doña Comuna, a la que le dio (¡al fin y en buena hora!) por sacar del provisoriato al Colleoni del Verrocchio y traer al David de Miguel Angel a su propia explanada. Al David lo trajeron (ya ni me acuerdo cuántos años ha) y lo ubicaron donde hasta hoy se le puede semi-ver en el cruce de Jackson y Rivera. Digo semi-ver, con absoluta propiedad, porque al pobre lo colocaron casi recostado a una presuntuosa pared cóncava de mármol que tiene (alentada por la impúdica desnudez del adolescente) toda la apariencia de un cuarto de baño de Lavière, Vitaca y el Otro. Al Colleoni lo pusieron (ustedes saben) en una esquina de la explanada municipal, entre cuatro árboles que no lo dejan ver y en una esquina donde, si querés verlo de frente será póstumamente, porque en fija que te agarra un ómnibus. (...)

....

Ahora se habla de que al Colleoni lo llevarán al cantero central del Bulevar Artigas, frente a la Facultad de Arquitectura, sacándolo de donde ya había em-

pezado a trabar una peligrosa amistad con el Gaucho (peligrosa para nuestro Gaucho, desde luego, a cuyo sano prestigio de guerrero leal y desinteresado, pudo hacer mucho mal las historias forzosamente cínicas del condottiero mercenario que guerreaba a contrato y con premio estímulo y todo). Y al David de "Miquelányelo" (como dije) lo dejarán ver, al fin, todo a la redonda, quitándolo de esa absurda penitencia marmolaria que hacía ignorar (¡vaya pudor al 50%!) las desnudeces de su otro hemisferio. Esta ubicación se me ocurre, particularmente, la más plausible. El palacio municipal guarda, digamos, cierta concomitancia con el David. El joven del Renacimiento, cuya desnudez ha recobrado ya, felizmente, su exclusivo carácter artístico, abolida por fuerza de la costumbre, la novelería traviesa de nuestra gente, va a decorar, al fin y al cabo, a un colega en nudismo: el Palacio que hasta ahora se resistió a vestirse con el revoque que suele cubrir la desnudez de otros edificios. Con el agregado (fijate un poco lo que es ponerse a sutilizar) de que es allí, precisamente, donde en frecuentes mitines gremiales y políticos se pretende, al menos, mostrar la verdad desnuda. ¡Pero, a no alarmarse que el David, al fin y al cabo, es de inconmovible bronce!... Hasta mañana, amigos.

AÑO NUEVO

Los años, todos los años, por propio fatalismo constitucional, tienen los días contados. Este, de 1958, que hemos vivido hasta con alguna excepcionalidad histórica, tiene ya hasta las horas contadas. Los minutos. Al cabo de dos rondas completas del minutero, este año que todavía pisamos se habrá ido al óbol de los recuerdos (si es que alguien quiere memorarlo) y estaremos, entonces, transitando 1959, tan animosos como siempre... Porque si es cierto que los años se acaban, no ocurre lo mismo (a Dios gracias y el vuelto para la virgen, como suele decir Marietta Caramba) no ocurre lo mismo con la esperanza. la espreanza es felizmente porfiada y sobrevive (debe sobrevivir) a todas las decepciones, malgré los matices que recorremos, transitando del optimismo al pesimismo, en el curso de cada almanaque. El hombre tendrá esperanzas, mientras esté de pie sobre el tiempo. Y tiempo tiene el hombre, por delante. Sin violencia alguna (como no sean las de la propia fantasía con que el hombre adornó el tránsito) pasaremos de un año al otro, seguros de que al quitar el pie de 1958, podremos apoyarlo, sin aprensión alguna, que hemos de encontrar el terreno de 1959, dispuesto a acogernos. ¡Sólo un sueño neurótico pudo hacernos, alguna vez, temer el vacío del tiempo, esa **Nada** tremenda, que sólo pensarla nos sobrecoge!... ¡Que llegáramos, (por ejemplo) que llegáramos al borde del año, al borde del último segundo del último minuto del año, y no estuviera el otro, el año nuevo, pronto a recibirnos! ¡Que no hubiera nada (qué espantoso, che, las cosas que se me ocu-

rren!) y nos cayéramos a un precipicio de siglos negativos! ¡Espantoso, che, espantoso! (Esperate que me voy a reponer con un buche de agua y...)

....

Pero no hay por qué temer y esto es pura especulación de quien tiene que venir a decirles "Feliz Año Nuevo" en un espiche de cinco minutos. Nada hay que temer porque esa provisión está más allá de las atribuciones del hombre y, por ende, fuera de las responsabilidades del gobierno. Yo se que algún opositor (de los que hoy ya están limpiándose las suelas de los zapatos en el felpudo del neo-oficialismo) algún opositor de esos habrá pensado, alguna vez, lo que sería, si, por ejemplo, cada nuevo año para uso de la república, hubiera que elaborarlo por las vías de la administración nacional. Si cada país tuviera que arreglarse con su propio año, producido por sí misma. Pasaría (piensa el tipo, estoy seguro) pasaría como con las papas. Estaríamos a esta altura de un agonizante diciembre y todavía no tendríamos ni asomo del Año Nuevo, necesario para seguir en la historia. A último momento, por gestiones urgidas por la situación, estaríamos gestionando, desesperadamente, la importación de un Año Nuevo que pudo haberle sobrado a Holanda, por ejemplo, que es tan previsora. Pero se cursarían cables dramáticos, en los que se nos diría que aquel gobierno está dispuesto a vendernos un año, pero que no estará pronto hasta la segunda quincena de enero. Y entonces los orientales nos veríamos condenados a sentarnos, todos apretados, en los últimos días de diciembre (que no los podríamos tirar, desde luego, al fondo del pasado) a esperar ese Año Nuevo que nos mandarían de Holanda. Tal vez intervinieran los EE.UU. (en generosa práctica panamericanista) prestándonos tres meses viejos, para que fuéramos tirando, mientras nos

llegaba el Año Nuevo. Pero esto no es más que fantasía de una oposición ya fuera de curso. Hay Año Nuevo, amigos, y, por él, les mando desde aquí un vale de felicidad por doce meses, a contar de la fecha. ¡Hasta el año que viene, amigos!

LLEGARON LOS BLANCOS

El Partido Nacional (el Partido Macho, según una reciente y enfática auto-proclamación) se dispone, para dentro de relativamente pocas horas, a hacerse cargo de la Cosa Pública. La Cosa Pública, como ustedes ya lo saben por propia información cívica, es eso que, dada las circunstancias de orden interno y externo, hemos dado en llamar "qué coshita", sin que ello implique menosprecio alguno para la significación de nuestra Administración Pública. Todo lo contrario, "qué cosita" implica como un temblor dialéctico de la pajarilla ante la significación y, mismos digamos, la imponencia de un aparato sobrecogedor, de complicada función y de muy intrincado manejo. No sabemos (nadie puede saberlo, todavía, desde que parece que no lo saben ellos mismos) cómo habrán de disponerse los blancos para emprender la tarea. Porque los blancos, unidos pre-eleccionariamente bajo un lema que les dio el triunfo, unidos ayer post-eleccionariamente en un mitin de ponderable significación numérica, para festejar la victoria, no se entienden, sin embargo, para la expeditividad de gobernar. Al extremo que uno, que ya había empezado por fuerza de la cotización partidaria, a sentirse **blanco** (nosotros los blancos para aquí, nosotros los blancos para allá) uno ya no sabe, cómo es ser blanco, qué es ser blanco, cómo sentirse blanco siquiera, en esta discriminada gama correligionaria. Yo, anoche, tuve la preocupación de sacar apuntes de la clase de historia que dictó Vignale en la explanada, en torno a esos 93 años de calvario blanco, pero no creo que me sirva de mucho. Como no creo que les sirva de mucho, tampoco, a ellos, dicho sea de paso.

. . . .

Porque ahora, mi viejo, la cosa es gobernar. Y gobernar, digámoslo con la más sobada de las expresiones populares, no es moco'e pavo. El llano, después de todo, es un medio tranquilo, apacible y hasta protegido por las propias alturas del poder. Llegado el consuelo, al cabo de llorar lo que había que llorar luego de aquello de 1860 y pico, el partido se acondicionó a la estirada circunstancia histórica y la vivió en las últimas décadas (vaya si la vivió) hasta con cierta felicidad! ¡Cuántas veces llegó uno a pensar que (historia aparte) el llano y la oposición eran, después de todo, el mejor negocio político de Herrera!... Y ahora la Historia, traviesa como ella sola, sin avisarles siquiera (porque estamos todos de acuerdo en que si la derrota desmayó a los colorados, la victoria desmayó, también, a los blancos) los llevó a esta cruda responsabilidad de gobernar. Es bravo, peliagudo, sin duda, este brusco cambio de mano. Van a tener que entrar disculpándose, como esos payadores que hace mucho que no agarran una guitarra. Y es que va mucho de una situación a otra. Les ha tocado gobernar y van a tener que hacerlo (personalmente, y como un deber patriótico que César Batlle y yo nos imponemos, deseo, sinceramente, que puedan hacerlo). Pero éste es otro y más peliagudo cantar. Como cuando hemos estado (por decirlo en forma de parábola, a las que soy afecto, ya lo habrán notado ustedes) como cuando hemos estado cortándonos las uñas de la mano izquierda con la mano derecha y nos toca, de pronto, la operación inversa: cortarnos las uñas de la mano derecha con la mano izquierda. ¡Ahí te quiero ver escopeta! Palabra que yo no saldría de la oposición ni para comprar fósforos (digo, si yo fuera un partido político). Hasta mañana, amigos.

TURISMO

Bien. Hemos empezado a recobrar hoy, por lo menos, cierto aspecto de la normalidad. Si más de medio Montevideo se había ido afuera (como lo afirman las prolijas estadísticas policiales) y media campaña se nos había volcado en la capital, ambas corrientes de turística migración han vuelto a cruzarse y éste es el momento en que (por decirlo simbólicamente) la mitad del país se está quitando las alpargatas para volver a calzarse los zapatos, mientras la otra canaria mitad se está quitando los zapatos para volver a envasar los nísperos en la cómoda alpargata. Las fichas aborígenes han vuelto, pues, a sus respectivos destinos y hoy, puede decirse (se lo reconoce ya "presque" oficialmente) que recién empieza el año. El juicio no quiere ya (digamos, por otra parte, que un juicio bastante liberalongo) el juicio no quiere (no admite o no encuentra, ya, más pretextos) para otras postergaciones. Ahora empezó la cosa. Para mejor reintegración a la normalidad (para la que es preciso, también, una recuperación de la intimidad nacional) se han mandado a mudar, también, las visitas: ésa comercial y afectivamente dichosa porteñada que animaba la avenida con señoras con pantalones y pancetas calvos con la camisa afuera, que nos han llevado todo el nylon, el dacrón, el orlón, el pantacrón, el camelón, el sarampión que había en plaza (hasta el que había en plaza Independencia, hasta donde nuestro comercio extendió sus mostradores). Y para que nuestra normalidad nos fuera recobrada en su más amplia acepción, henos, de nuevo, frente a la peliaguda crisis política que es, ya, por otra parte, nuestro modus vivendi institucional.

. . . .

Ya, pues, no nos falta nada, ningún detalle, para que nos sintamos los mismos de siempre y podamos (por consecuencia) empezar el año. Tal vez fuera recién ahora que debiéramos salir a la calle a desearnos "feliz año nuevo", palmotearnos los omóplatos y a paparnos algunos buches de mala sidra, aunque ello (ahora me doy cuenta) nos forzaría a una nueva postergación para dormir la correspondiente "mona" y nos iríamos hasta mayo o junio, entre pitos y flautas festivaleros. Dejémoslo así. Hoy empieza el año, pero sin jolgorio. Mejor, todavía, si nos ponemos neurasténicos, aprensivos o musanversicos. Después de todo, motivos no nos faltan para estarlo. Tenemos un gobierno que no tenemos, porque parece que en noviembre triunfó un partido que no existe. (Por lo menos, algo de esto es lo que la inocente ciudadanía extrae de los hechos "de notoriedad"). Esa misma ciudadanía que hoy, rascándose, todavía, las canillas y doliéndose de la renovada tortura de los zapatos, espera, sentada en el cordón de la vereda del desconcierto, lo que los próceres políticos de la Gran Pomada Nacional deciden. Estamos, pues, totalmente reintegrados a la normalidad. Es decir, a la normal anormalidad que ya es un estilo nacional. Ponete cómodo, Juanjulio. Hasta mañana, amigos.

H E R R E R A

Suele ocurrirnos, en nuestro oficio de periodistas, situaciones que, como la que vivo en este momento, comprometen la comodidad profesional (digamos) de nuestro trabajo o que, en algún sentido, que no interesa definir ahora, afectan la tesitura con que, diariamente, salimos (al papel o al aire) para decir lo que nos parece que debemos decir sobre este o aquel motivo relevante de la actualidad. Perc, justamente, porque nuestra constante preocupación incide, indeclinablemente, sobre la actualidad, no nos es posible rehusarnos a ella en las circunstancias en que esa actualidad se nos presenta ingrata y la relevancia del hecho, tantas veces pasajero y fugaz, cobra caracteres históricos. Ustedes infieren ya (lo supongo) que me estoy refiriendo a la desaparición del Dr. Luis Alberto Herrera. Toda la prensa de hoy, en el discriminable tono que cabe a las diferencias políticas que matizan esta historia contemporánea de nuestro destino nacional, se ha ocupado del acontecimiento. Los de más distante o encontrada posición política e ideológica, resignan la actitud combativa para extraer, de esa vida pasionalmente vivida, aquellas indudables virtudes que, forzosamente, hubieron de asistirle para, en cincuenta años de vida pública y batalladora, alcanzar la posición de líder controvertido, pero nunca desplazado, con que lo encuentra la muerte. Esa muerte que lo sorprende en el más fragoroso instante de su vida, tras un triunfo político largamente esperado, que, justamente cuando dejaba el gobierno, le atribuía (por designio de un estilo político personalísimo) la mayor gravitación nacional que nunca pudo haber alcanzado.

. . . .

Hablaba yo, recién, de la afección de una tesitura y no me refería, exclusivamente, a la que pudieran determinar las discrepancias de índole política, que en mi caso (aunque existan) no cabe señalarlas, porque no represento nada en el campo especulativo de la política. Es que en casos así, de nuestro oficio, se compromete, también, el propio acento de nuestra cotidiana expresión. Quienes hacemos (o pretendemos hacer) humorismo y en tal sentido componemos (en la palabra o en la caricatura) nuestra reacción ante las cosas y los hechos de esta vida, no podemos hoy (por razones de solemnidad y buen gusto) porfiar ese estilo, aun cuando fuéramos capaces de hacerlo para el comentario de nuestra propia muerte, como lo hacemos, siempre, para el comentario de nuestro propio destino. Esta como justificación de un postergado (transitoriamente postergado) acento, pretende situarme, esta noche, ante ustedes y, si no para usarla, al menos séame posible mentar la herramienta de ese humor transferido, al recordar que el Dr. Herrera, (hombre con amplísimo sentido del humor) fue, en tan larga como agitada vida de combativo caudillo, una constante fuente de materia prima para nosotros, los caricaturistas. Ya que la dolorosa oportunidad lo impone, diga uno, al menos, para los posible oídos de una posteridad recién inaugurada, que en aquella porfiada actitud humorística (gráfica u oral) con que garabateamos la vida, del Viejo, hubo siempre la honrada intención con que sabemos animar (nosotros también, sí, los caricaturistas) nuestras responsabilidades de ciudadanos. Ya no ha de estar su figura (que todos resolvimos socarrona y traviesa) en ese pequeño escenario de tres columnas de nuestras caricaturas, pero nos queda un elenco dispuesto y la vida, todavía, por delante. Esa vida que él peleó hasta el último instante, luchando, de pie, contra

la muerte, como si la muerte pudiera haber sido un mal "acuerdo" hecho a sus espaldas. Así (genio y figura) se me ocurre fijar, esta noche, su indudable grandeza de luchador. Hasta el lunes, amigos.

FIDEL

De pronto irrumpe, no voy a decir como la esperanza, porque la esperanza es algo inmanente en el hombre, que está en la esencia de su ser, y no estaríamos respirando, saludando a la gente en la calle, sonándonos la nariz con confiada suficiencia sanitaria, ni estaríamos siendo y pareciendo honrados a la luz del sol o de la mantilla, si no conserváramos, como los pulmones, los antibióticos propios del organismo y un arraigado sentido de la decencia y del deber social... si no conserváramos, decía, la esperanza. Les estoy hablando, amigos, de ese barbudo de tan sencilla grandeza, que se llama Fidel Castro, que estuvo entre nosotros y habló (¡vaya si habló!) y dijo (¡vaya si dijo!) unas cuantas cosas que tenía que decir, y se marchó, esta tarde, de vuelta a su propia patria, a su propia esperanza. De pronto irrumpe, decía, no, entonces, como la esperanza, pero sí como la confianza, que es, sin duda, el asiento "sine-qua-non" de aquella. La esperanza se la tiene, tal vez, nada más que soñando. La confianza, en cambio, sólo se la tiene actuando y haciendo. Ése, el de la confianza, es el sentido en que Fidel Castro revitalizó la esperanza americana. Y hete aquí que, de pronto, irrumpen entre nosotros, como irrumpieron (no hace tanto tiempo) entre los mismos cubanos compatriotas, las barbas y el prestigio crecidos en el propio sacrificio, en el propio riesgo, como crecían, al mismo tiempo las barbas y el prestigio del pueblo cubano que lo acompañó en la tarea (¡qué sencilla parece ahora!) de voltear a un tirano y proclamar, sostener y ponerse a realizar, tres, cuatro o cinco verdades que son (al menos debieron ser) el "ajó" tan poco escuchado en esta niñez democrática americana.

. . . .

De pronto irrumpe (decía) porque esa es la precisa sensación de la presencia de Fidel Castro, tanto aquí para nosotros, como para esa América que él descubrió en Cuba con las carabelas románticas de la audacia, el patriotismo y una sencilla pero porfiada honradez política. De pronto irrumpe, decía, porque así fue que entró en Cuba, con 80 hombres, como ahora entra con Cuba en Latino América, siempre con poco detrás (si poco pueden ser 80 hombres valientes y honestos, si poco puede ser una isla sufrida y valiente como Cuba)... como ahora entra, decía, en Latino América, con una campera presuntamente militar, abierto el cuello, condecorado el gesto con una barba que ya ha de cultivar cariñosamente, a decir (no importa si lo llamaron, si lo esperaban) a decir tres, cuatro o cinco verdades tan elementales como la misma justicia tan a menudo proclamada, como la misma justicia tan frecuentemente traicionada en las conferencias internacionales. Esa (con su poderosa verdad) parece ser la virtud persuasiva de Fidel Castro. Llegó, de pronto, a Cuba, sin ejército (él se enorgullece en decir "contra el ejército") e hizo una revolución. Llegó de pronto a América, con el uniforme de Sierra Maestra (que puede servir tanto para una acción militar como para un pic-nic estudiantil), irrumpió en la sala de Conferencias del Comité de los 21 (los 21 de la orquesta sinfónica panamericana, que están siempre con la misma partitura que todos conocemos y tarareamos) y habló concretamente de las verdaderas urgencias americanas, traducidas (¡oh, rigor de las cifras!) en 30.000 millones de dólares (30.000 millones que si a muchos nos parece una cifra de la concreción, al aludido parece haberle resultado una cifra de la vehemencia castreana. Así irrumpió en Río, en Buenos Aires, en Montevideo, hablando más a los pueblos que a los gobernantes, porque tan sencillamente como su poco protocolar uniforme, había vestido su alma con una sencilla ver-

dad, tan insolente como cristiana. Porque, dicho sea sin afán efectista, él había venido no a repasar viejas lecciones, sino a inaugurar (en la más noble acepción del término) la insolencia americana que es una forma de la dignidad, cuando la dignidad no se pone el jaquet de la retórica. Hasta mañana, amigos.

LAS INUNDACIONES

¿Verdad que, de pronto, amigos, parece que nunca, nunca, va a dejar de llover? Uno siente, de pronto, la tremenda impotencia del hombre frente a los caprichos extrahumanos de la meteorología y presiente, empapado hasta el más recóndito osobuco del esqueleto, que nunca, nunca, el más never de los nunca, el más nunca de los never, va a dejar de llover!... Que siempre, siempre, el más toujours de los siempre (para que se sepa, en todo caso, que uno sabe más de dos idiomas) el más siempre de los toujours, va a seguir lloviendo y lloviendo y lloviendo, con esta copiosa impiedad, en la que sólo se nos muestra el sol de cuando en cuando, en un repentino y fugaz cuarto de hora, más que para mostrarnos que todavía existe, tal vez, para recordarnos mejor su ausencia. Llueven todos los cielos del país y hasta es posible que en las casas antiguas, lluevan por su cuenta (no "se lluevan", sino **lluevan,** por sí mismos) los **cielo-rasos,** y llueva "el cielo de tus ojos" como llueve el cielo de la patria y todos los compromisos metafóricos de cielo. Llueve, llueve y llueve, como si a la naturaleza se le hubiera atascado la púa de la imaginación y se hubiera quedado repitiendo ese surco de su grabación celestial. Llueve, llueve, llueve, desde ayer, desde anteyaer, desde la semana pasada, desde el mes pasado... Llueve desde que éramos chiquitos... llueve desde el origen de un lejano recuerdo de sol, desde una ancestral primavera que se suspendió, de pronto, por mal tiempo. (Voy a ver si no llueve y vuelvo).

....

Pero esa desesperación (tal vez esa histeria) crecida como una fungocidad del alma en esta porfiada hu-

medad en que nos debatimos, ha de traernos, consigo misma, la propia resignación. "¿Qué me contás de esto?", decimos, al cruce de algún conocido, en la calle, por entre los caireles de la lluvia, y el otro, sin pronunciar palabra, carga los hombros, enarca las cejas (como el que tiene el dos de la muestra en el truco) y hace un gesto de resignación con las manos, sin sacarlas de los bolsillos del pilot. No hay mucho que decir, la verdad, porque todo esto está por encima de nosotros mismos y no nos queda, siquiera, el remoto consuelo de cargarle la culpa al gobierno. Llueve... porque llueve, bueno. Habremos de acostumbrarnos a este destino anfibológico que nos enseñará a manejarnos "así en la tierra como en el agua" corrigiendo otros designios del padre-nuestro que nos decretaba ventura "así en la tierra como en el cielo". La anbilología, que pudo ser hasta ahora una figura retórica para menesteres literarios o mismo, políticos (recuérdese al tipo aquel que monologaba después de las elecciones: "Yo creía que íbamos a ganar los colorados, pero ganamos los blancos") será en adelante una ciencia del más elemental vivir en este destino de batracios orientales; branquiales o pulmonares, según nos toque movernos en el mapa de esta empapada república. Eso, al menos, nos hace pensar esta encharcada obsesión que vivimos desde que por allá arriba empezaron a dejar abiertas las canillas. Será una especulación un tanto delirante, no lo niego, pero nace de un estado de alma anegado, inundado, por esta actualidad que nos está desequilibrando las emociones, robándonos hasta la misma belleza de algún doméstico romanticismo, como el de la lluvia discreta de otros tiempos; que ya integra el cuadro de nuestras añoranzas, más que el sol ausente, eso de... "¿te acordás, Juanjulio, cuando era lindo sentir llover?"... Hasta mañana, amigos.

F R O N D I Z I

Hoy, amigos, ya que es sábado, y de noche (la noche del sábado liberaliza un tanto nuestra rutina burguesa de todos los días) me voy a salir un poco (no demasiado, después de todo) del marco nacional en que se encuadran, habitualmente, estas charlas. Todos seguimos, estos días, con interés de familia, diríamos, las alternativas de la crisis argentina. (Les hago gracia de todos los lugares comunes, sobre la comunidad histórica y geográfica de los países del Plata, porque es una "cumparsita" literaria que ya ustedes tararean sin partitura). Esa crisis argentina (yo no voy a entrar a analizarla y considerarla, precisamente por aquello de que es sábado y tengo la correspondiente pereza sabatina en el buñuelo) esa crisis, decía, tiene su fondo y trasfondo, su tela y entretela, su dobladillo y todo ese vericueto a través del cual América del Sur, o Sudamérica (y lo que va a tener que sudar, todavía, como decía el pobre Ferreiro) busca una salida para su suerte, su independencia y su destino. La crisis argentina tiene todo eso (complicado con la grandeza de su territorio, la generosidad de su suelo y su subsuelo y las inmensas posibilidades económicas) pero tiene, también (como la historia de todos los países) la contradictoria gestión de sus hombres, de sus dirigentes. De ahí que sea una proeza cerebral, capaz de descalabrar la bombonera craneana de los lectores, tratar de descifrar, a través de los cables de estos días, la verdadera naturaleza del problema argentino. No obstante, alcanza para conformar la cultura política del lector, saber que la crisis tiene un nombre: Arturo Frondizi.

. . . .

A mí no se me escapa que a los mejor intencionados del mundo puede ocurrirles, alguna vez, que las circunstancias puedan más que ellos y se encuentren, de pronto, poderosamente impulsados a hacer lo que no habían pensado. Pudo ocurrirme a mí (lo confieso sin pudor) una vez que, yendo por 18, con intención de seguir por la avenida, un viento de 120 kms. por hora me obligó a doblar por Andes, ocasión que aproveché demagógicamente para tener una atención con un amigo que estaba con gripe por allá por la calle Uruguay. Pudo ocurrirle también a aquella novia tuya, que no se casó contigo porque un poderoso viento social le hizo conocer a aquel bacán estanciero, mientras vos quedabas con tus 150 pesos mensuales, atrás de una ventanilla de recaudaciones ajenas. Puede ocurrirles, también, no digo, a los gobernantes, y hay noticia abundante de que estos, los gobernantes, pocas veces siguen por la calle que se habían trazado antes de las elecciones. Las circunstancias pueden ser poderosas, sin duda, por (algo que parece haber olvidado Frondizi) el hombre, es también, el autor de las circunstancias. Yo no era el autor de aquel viento que me hizo doblar prepotenteemnte por Andes; aquella novia tuya, tal vez, no era la autora o responsable de las tiránicas tentaciones por las que te dio aquel ignomínioso olivo. Pero eso que le ocurre a aquel hombre que aplaudimos con tanta esperanza cuando un pueblo y la historia le dieron la gran oportunidad, eso es obra, sin duda, de él mismo. Hoy, sin pueblo (al que defraudó) y bajo la espada de unos cuantos Damocles en que se dividen las tendencias (o las ambiciones) del ejército, Frondizi está solo, con la letra de una constitución. Tal vez por eso, como lo consigna un telegrama de United, anoche Frondizi sorprendió a todos con un inesperado paseo, a pie, por un increíble itinerario

de calles cuyo destino era (fijate un poco, Juanjulio) el Paseo Colón. Tal vez buscaba aquel viejo almacén del tango, donde van "los que tienen perdida la fé", como alguien me decía esta tarde, con tanta agudeza política como cultura tanguera. Hasta el lunes, amigos.

LA LECCION DE EL PULGA

Los otros días me lo encontré al Pulga con cierta solemnidad en el gesto, aún cuando sus ropas de canilla pobre, y a mucha honra, no le ayudaran la pretensión. Parece, (según me contó) que le había dado una lección moral a su hijo el Pulguita, apoyado en una tesis que ha solido usar el gobierno anterior y tiende a usar el actual gobierno, tesis que, por otra parte, desarrolla muy frecuentemente el diario "El País".

La cosa parece que fue con motivo de un dolor de muelas del chiquilín, o sea que estaba amolando, (como se dice en español antiguo) (o jeringando, como se dice en uruguayo moderno). El pibe lloraba con toda su alma y el padre lo subió sobre las rodillas y empezó a decirle, luego de sonarle las escopetas nasales (la imagen es de El Pulga): "M'hijo, (le dijo) a usté le duelen las muelas porque usté quiere que le duelan y nada más". El niño, entre las lágrimas, contestó con inocente insolencia: "Viejo, andá a cantarle a Castillo, que Gardel ya no te escucha", a pesar de lo cual, el empeñoso padre siguió desarrollándole el concepto sobre lo que es uno, la ínfima individualidad, con relación a la humanidad doliente (como gusta decir El Pulga), para ir a desembocar por la bocacalle del Dolor Universal, comparado con un dolor de muelas. No hay, sin duda, cómo pensar en algo mucho peor, para mejorar una situación afligente. El Pulga lee nuestra prensa, conoce a nuestros políticos, y tiene muy presente cada vez que, para disimular situaciones locales, se invoca mayores desgracias foráneas. Es más que el "consuelo de tontos" numéricamente cotiza-

do. Es la fuerza convincente de la relatividad que viene a aliviarnos con una cataplasma sicológica.

. . . .

El Pulga me explicaba que esa es, para él, una máxima que tiene bien presente frente a todos los problemas que se le presentan, como ser, cuando se le aparece la cruda realidad de la gorda su mujer con todo el genio desatado y él la mira y piensa lo que sería vivir con setecientas mujeres del mismo tenor (digamos de la misma soprano, para adecuarlo al género femenino). Efectivamente (y no por decir una originalidad) todo es relativo en esta vida, como lo han dicho Einstein y mi amigo El Pulga, así como, plagiariamente, las conveniencias gubernamentales de algunos momentos. Debiéramos, tal vez, apreciar males mayores y, sobre todo, desgracias ajenas, para aliviar nuestras propias preocupaciones. Tal, el sentido de la lección moral que El Pulga le estaba queriendo dar a su hijo. Que si a él, al pibe, le estaba doliendo una triste muela (que es apenas una perillita en el mueble humano) a él, a El Pulga le estaba queriendo dar a su hijo. Que si a Ginebra y la Argentina, Argelia y Nicaragua. Y que sus pequeños dolores personales (callo plantal, patada del hígado, la patrona, reuma en las visagras, etc., etc.) le desaparecían ipsofactamente (el adverbio es de él) cuando se ponía a pensar en sus semejantes y que sólo a los mezquinos de espíritu les puede doler el propio cuerpo humano o la propia alma, cuando la humanidad toda está sufriendo mayores angustias. A esa altura de la disertación del padre, el Pulguita ya se le había bajado de las rodillas y estaba haciendo picar una pelota en el patio del convento. —"¿Ve m' hijo —le dijo— cómo ya se le pasó el dolor de muela, cuantito le hice ver el dolor del mundo?" Claro, el viejo no quedó muy seguro

de su éxito, porque el chiquilín, mientras hacía cabeza con la redonda, le contestó con científica irrespetuosidad: "Jate'e macana, viejo! Si se me pasó el dolor de muela es porque el nervio dejó de hacer contato, dejó!" Qué generación tremenda, ésta, Juanjulio! Hasta el lunes, amigos.

LA SOMOZOCRACIA

Por más que la convocatoria que me trae, noche a noche, ante este micrófono me fije un tema circunscripto a la actualidad nacional, permítaseme, esta noche, por ser lunes (aunque ello no suponga ninguna justificación) (uno dice "por ser lunes", como aquel otro, ya comido, decía, cuando lo invitaban a almorzar: "Y, bueno... por ser sopa". Y así, "por ser sopa", "por ser ravioles", "por ser albóndigas", el tipo volvía a almorzar por segunda vez). Disimúleseme, decía, por ser lunes, salirme de los límites nacionales, viajar un poco, aunque sea por la geografía tipográfica de los telegramas de la prensa y descender (en el caso, vaya si lo es) en las convulsionadas jurisdicciones de la familia Somoza, dinastía que conjuga, con otras alhajas continentales, esta felizmente declinante peste americana de los dictadores. Ustedes saben que Nicaragua ha sido invadida por un grupo de rebeldes que se proponen reeditar, por el primitivo pero aun válido expediente militar de las guerrillas, el éxito de Fidel en Cuba. Ustedes saben, también, que hasta su muerte (meritoriamente asesinado en 1956) don Anastasio Somoza se desvivió por los destinos de aquella república, reelegido por su familia y una consecuente vocación de sacrificio. Don Tacho se desvivió (digamos) hasta que lo desvivieron, y ha quedado como ejemplo de perdurabilidad política. Alguna vez les he contado el caso de una familia amiga mía a la que no le duraba un perro, o porque se lo envenenaban, o lo pisaba un auto, o se le perdía en la calle, tras alguna perra (perrunum est) ... Hasta que el primer perro que consiguieron, luego de tantos fracasos, resolvieron llamarlo "Anastsaio Somoza", ¡para ver si se les

duraba un poco! Ustedes saben, también, que muerto el perro (no el de mis amigos, sino el de Nicaragua), no pudo acabarse la rabia porque había más "Tachitos", todavía.

. . . .

Los hijos de Don Tacho, no sólo heredaron la fortuna, la casa, la tetera y el canario, sino, también, el país, la propia Nicaragua (¡qué papi bárbaro, che!). Cierta presunta anemia opositora y una sospechable condición caribeña que hizo desesperar a los americanos demócratas, hasta la aparición de Fidelito Castro, hicieron pensar que a los "Somozas" no los borraba nadie. El reciente episodio de la invasión y la situación que hoy afrontan los gorditos "hijos de papá", dejan suponer que los Somoza no son tan indelebles en el mapa de Nicaragua, como no lo son otros dictadores en el mapa de América. Ahora la OEA ha aceptado investigar el origen de la invasión (hay un delegado compatriota nuestro en la comisión) con la constancia de que ello no implica prejuzgar la naturaleza de los hechos ni intervenir en los asuntos internos de ese estado miembro. Pero, lo averigüe la OEA, lo averigüe Vargas, o lo resuelvan Mongo o Lola, lo cierto es que la suerte de los Somoza está echada. Así lo sospechan los afligidos deudos de Don Tacho (a pesar de sus protestas de dominar la situación). Ofrecen, sin embargo (y es justicia reconocérselos) una insospechada originalidad: ¡¡esta vez, parece, la culpa de los disturbios contra una dictadura americana no es de los comunistas, sino (¡caéte, hermano, poné un almohadón y caéte!) del capitalismo!! Así lo afirma el General Anastasio Somoza (el Tachito) jefe de las fuerzas armadas, quien declaró que "la verdadera batalla de Nicaragua no es la de los invasores y la Guardia Nacional, sino la de los capitalistas locales, contra un gobierno liberal que ha sido siempre favorable

al obrero". He aquí un substractum político que no había sospechado Don Carlos Marx: capitalismo nacional contra capitalismo de familia. Fascismo introvertido, que diríamos. Un día de estos me voy a poner a estudiar algo sobre esta nueva Somozocracia. ¡¡Qué difícil se está poniendo la política, Juanjulio!!... Hasta mañana, amigos.

MARLENE DIETRICH

Aunque más no sea que para sacarnos, efímeramente, de esta inquietante urticaria político-gremialista que nos hace estar rascándonos el alma a cada rato... aunque más no sea que para sacudirnos esta pereza hepática de una estirada emergencia de desolación ciudadeña, ha irrumpido en Montevideo, cobrándose su lugar en la actualidad capitalina, una señora maravillosamente rebelde a los convencionalismos de los almanaques, que tiene la edad que a ella se le antoja, edad que sostiene no sólo con dignidad sino, también, con talento y una fuerza espiritual que barre todos los posibles (y seguros) cosméticos de su tocador. Cronistas de dudosa espiritualidad le preguntaron qué edad tiene y si es cierto que lava los pañales de su nieto. Ella los abanicó sobradoramente con las pestañas y, en última instancia, se remitió al oficio de su arte o a las artes de su oficio, allí donde ella está y se muestra en lo único de ella que nos pertenece. Allí es donde tiene la edad a salvo de todas las indiscreciones humanas; allí es donde camina con su voz por los corredores de alguna memoria asociada a los años de "El Angel Azul"; allí es donde canta con sus piernas publicitadas para un colateral prestigio sicalíptico... Allí es donde Marlene tiene, todavía, la edad del encanto y escapa al elogio de aquella mujer entrada en años, de la que se decía: "Qué bien los lleva" (¡Y tan bien, comentaba otro... como que no se le cae ninguno!)

....

El mito de las estrellas se ha ido, sin duda, apagando, desde que nos ha sido dado asistir a los dudosos planetarios de tanto festival cinematográfico y tal vez

quede no más que para una adolescencia liviana o una madurez atascada en la inocencia de un elaborado exotismo, este ejercicio de la novelería. El mundo de imágenes y sueños que nos cuenta, noche a noche, esa abuelita sofisticada que es la cinematografía, antes de dormirnos en el fracaso de nuestra cotidiana mediocridad, hace soñar a muchos (¿todavía hoy?) con novios y novias de celuloide, que se guardan en una biografía íntima y recatada. Yo, confieso no haber tenido (en aquella época proclive a estas concepciones "buñueleras") ninguna novia de celuloide. Tenía, es cierto (ahora lo recuerdo) la bendita costumbre de enamorarme de las trapecistas del circo, aunque tal vez, de quien estuviera realmente enamorado fuera del circo, o de la aventura que él encerraba. Marlene, puede ser, ha de haber tenido muchos, millones de novios y millones, también, han de ser sus nietos en ese amplísimo campo de su culpable (no voy a decir que involuntaria) sugestión. Pero, abuela del suyo tan propiamente dicho, como de los millones de nietos soñados, en la extensa vigencia de su encanto, hoy está todavía (digámoslo en homenaje a su obstinada juventud) haciendo la novia, para algún porfiado soñador de cualquier butaca. El sueño se cobra esas humildes ventajas. Hasta mañana, amigos...

LA UNIDAD BLANCA

Siempre pareció cosa difícil la unidad del partido gobernante, por más que ellos, los grupos que lo integran, se empeñan por alcanzarla y nosotros mismos (que no somos blancos y hasta pasamos de castaño oscuro) la deseamos por un interés obviamente patriótico. Si no hay un partido gobernante unido, estrechamente identificado en la responsabilidad de gobernar, no hay gobierno. (Esta frase la saqué de unos apuntes tomados en la clase que dicta el conocido profesor Perogrullo, adscripto a Humanidades). Siempre pareció difícil la unidad del partido gobernante, desde antes de que lo fuera, desde cuando, bajo el poncho de Saravia, abrigo tradicional, réplica histórica del sobretodo contrincante, sus hombres luchaban en el llano por esta instancia que hoy los presenta en el poder, queriendo poder... y no pudiendo. Aquellas distancias fueron superadas, tal vez más en el deseo que en la realidad ideológica, pero el caso es que el Movimiento Popular Nacionalista, la Reconstrucción Blanca y los Independientes lograron constituir, mal que bien, esa ubedísima albóndiga partidaria que habría de compartir con el herrerismo triunfante, la sorpresa de un triunfo tal vez nunca soñado. Se trataba, entonces, de completar la albóndiga, aunque fuera bajo la constante atención culinaria de una Comisión Supercoordinadora Nacionalista, a los efectos de compactar (pactando, desde luego) la función de gobierno. Peliagudo, el asunto, pero, si difícil, dos veces sublime. (Dame unos segundos para rascarme el ojo derecho, que ya vuelvo y te la sigo).

....

Pero cuesta la cosa. El asunto no sale, porque hay

una realidad política que la dificulta. La voluntad tal vez lo quiere, lo busca, pero hay factores de cada intimidad fraccionista, que no deja consagrarlo. Una albóndiga parece una cosa de nada, algo elemental de la cocina, pero sin embargo... A mí me contaba una señora (no me acuerdo a raíz de qué, en el consultorio de un dentista: suele ocurrir en dichos consultorios, que cuando han pasado un mes sin cambiar el "Mundo Uruguayo", los pacientes se echan a matizar la espera, hasta forzando una confidencia). A mi me contaba una señora, en esa circunstancia de la confidencia absurda, que a ella no le salían las albóndigas. Cada ama de casa que cocina (me decía) tiene un plato que no le sale; puede hacer todo bien y ser una consumada cocinera, pero siempre hay un plato, uno, que se le resiste. "A mi (me confirmaba la señora) me pasa con las albóndigas. Hago todo tal como debe hacerse, y ni le digo que la salsa para aprestarlas me sale (no es porque yo esté presente) para chuparse los dedos!... Pero la carne picada no se me une (yo qué sé)... ¡es ponerlas en la sartén y se me abren todas!..." Los blancos (mala comparación) quisieron gobernar con una albóndiga. La amasaron bien, entre las palmas ahuecadas de unas manos caudillescas y sabias y hasta se dieron el lujo de poner una pasa de uva (ellos creyeron que era una pasa de uva, solitaria, para decorar el paladar). Pero fue ponerla en la sartén y la albóndiga se le abrió (y la pasa de uva empezó a crecerle) y no había forma de que aquella pulpa ideológica, picada en los fragores del llano, volviera a unirse componiendo una decorosa albóndiga gubernamental. No hay caso. Hay platos que se resisten a la más cocinera ama de casa. Yo no sospechaba que aquella buena señora, en el consultorio del dentista, me estaba dando una lección política. Ni ella tampoco, por supuesto. Hasta mañana, amigos.

REUNION FAMILIAR

Yo tengo una particular estimación por el ama de casa, no sólo porque conviene, aun así, genéricamente, estar con ella, tenerla con uno, en esa infra-política de las relaciones humanas (el ama de casa, a la que algunos autores llaman "la patrona", es la que reparte los ravioles, suelta el vino y sabe (en todo caso) dónde está el bicarbonato) sino porque el ama de casa, la "patrona", es, en esta crucialidad que atravesamos, el registro gradual de la doméstica angustia. Por antonomasia, la "patrona" es la víctima propiciatoria de todas las alternativas sociales, se trate de una alternativa clara o de una alternativa yema. Suele ser corriente, como estampa social, la que representa (pongamos por caso) un grupo de señoras (hablando, por supuesto) y por ahí cerca, un grupo de señores (los respectivos maridos) hablando, también, sin supuesto. Seguramente (aunque existan variaciones que no interesan al caso), ellas hablan sobre temas domésticos, mientras ellos van y vienen en el mapa político, fluctuando de Echegoyen a MacMillan, pasando por Kruschov, Quijano y Luisito Batlle. Ellos fuman, gravemente, bajan los párpados de cuando en cuando, con gesto de "me lo va a decir a mí" y, de pronto, en una laguna del simposio masculino, miran al grupo de señoras y se sonríen, en un espontáneo e instantáneo acuerdo, como diciendo: "¡Estas mujeres!. . . ¡Siempre hablando pavadas de la casa!", al tiempo que retoman la erguida postura dialéctica: "A propósito de Chicotazo. . . ¿Qué es lo que le parece que anda buscando el hombre?" (Bueno, sacá el pucho de arriba de la radio, que vas a quemar la carpeta y esperame un segundito, que ya vuelvo y te la sigo).

. . . .

En realidad, no sé bien a qué santo del temario saqué eso del ama de casa. Tal vez, de adulón, que uno es, de las mujeres, nomás. Pero, como fuere, no viene mal el asunto para señalar cómo ciertas presuntas vulgaridades (o banalidades) han cobrado importancia, jerarquía, por su propia gravitación en los hechos de esta historia contemporánea que estamos escribiendo, día a día, sílaba a sílaba, en estos tiempos, ni tan nuevos, como ciertas anunciaciones lo pretenden, ni tan viejos como ciertos pretextos los figuran. Hoy, por ejemplo, una de esas mujeres del simposio femenino, cuenta cómo, después de haber archivado el primus (no bien el calandraca aflojó y se sometió a la cuota mensual de la cocina a gas; "un primor, te garanto") cada dos por tres tiene que volver, avergonzada, a desenvolver el primus (como en el caso de hoy) para suplicarle que le haga una suplencia al "primor", empacado en una huelga de los gasistas. Y cuenta, con ternura que conmueve, con cuanta violencia espiritual se acerca al vapuleado primus, "el trofeo" (como ella ya le llamaba) condenado a ese museo de cosas viejas e inservibles que hay en todo hogar, para rogarle que, por favor, olvide agravios, dichos en circunstancias pasionales cuando le trajeron la cocina a gas, y le haga la gauchada de esa suplencia, friturándole las 4 milanesas y la docena de buñuelos que han de ser el almuerzo novotempista de ese "giorno". Hoy, ellas, como siempre, hablan de eso (alguna se enjuga una lágrima en favor del calumniado primus) y continúan con otros capítulos del drama doméstico (los achaques de la feria y otros ensayos) . . .y, de pronto, en alguna laguna del simposio femenino, miran al grupo de hombres (los maridos) y se sonríen, en un espontáneo e instantáneo acuerdo, como diciéndose: "Estos grandotes. . . Siempre hablando pavadas de la política". ¿Es así o no es así, Juanjulio?. . . Hasta mañana, amigos.

¿LA LUNA SOVIETICA?

Luego que dejamos esa reunión en que nos hemos puesto graves y hemos suscripto con la rúbrica de un juego de cejas, los escalofriantes adelantos de la ciencia en este siglo que vivimos y hasta le hemos explicado un poco a aquella viejita que no entendía bien algo de lo que hemos leído en la prensa sobre distancias siderales... al cabo de admitir todos, mirándonos con recíproca admiración genérica, que "el hombre, che, el hombre es algo bárbaro!", hemos regresado a nuestra supina ignorancia, resignados a no entender nunca demasiado de todo eso, tal como hemos venido encendiendo una luz por el juego de un conmutador que levantamos con un dedo displicente, sin averiguar nunca demasiado la gestión electrógena que la produce... de la misma manera como hablamos por teléfono y escuchamos Moscú o la B.B.C. o el Comisario de Cerro Mocho por radio o escuchamos y le vemos la cara al gordito contento que nos recomienda una marca de automóvil por la Tele, sin preocuparnos demasiado por averiguar los caminos que el hombre transitó para llegar a esas maravillas y programar otras, como aquella de desintegrar el átomo, creando una insospechada y poderosa energía o ésta de entrar a curiosearle la nuca a la Luna. Volvemos a nuestra resignada ignorancia y observamos en la prensa esa inédita pose lunar que nos regala la ciencia soviética. Admiración, sorpresa y cierto aire angelicalmente estúpido que nos hace mover la página del diario, como buscándole algún sentido a esas manchas radiográficas, tal como, imposibilitados de mover el cuadro en una expo-

sición de pintura abstracta, giramos el cogote, moviendo la perilla craneana sin entender un pito.

....

Pues sí, Juanjulio... La luna tenía un prestigio. Ahora vamos a tener que elaborarle otro. Vamos a tener que resignar aquella conciencia poética (si así puede decirse) y crearnos una luna más cercana, según el concepto de distancias ya digeridas por el hombre. Pudimos pensar, con humor regocijadamente lego, que cuando la plataforma soviética se colara detrás de la Luna (a la que siempre pensamos colgada, en el cielo, como un plato de cerámica, regalo de casamiento) no iba a encontrar más que polvo, pelusa, una dispersión de miriápodos asustados y algún concreto cienpiés de los que aparecen atrás del retrato de ese antepasado que hemos resuelto archivar, sustrayéndolo de la consideración genealógica. Pero esa era concepción humorística para una luna distante y no para una luna a la que ya tuteamos y hacemos cosquillas en la nuca. Esa Luna de ahora tiene, probadamente, otro paisaje que el que vemos cada noche clara... el que hemos venido viendo desde chicos y desde que eran chicos nuestros más lejanos y distantes abuelos, bisabuelos, tatarabuelos, choznos, hasta ese lujo antepasado que formaron Adán y Eva... otro paisaje que ese conocido, sobre el que cada cual de nosotros imaginó una cabeza de viejo, una mujer triste o un queso fluorescente. Esa luna de ahora tiene, aunque no lo muestre más que a quienes se molesten en ir a verlo, otro paisaje. Sobre él, ya elabora el hombre un mapa, un plano con urgida nomenclatura y, ya que el motor que impulsó estos apuros geniales del hombre involucra factores tan terrenales y humanos como la política, los bautismos designan ya el "Mar de Moscú", el "Cráter Tsiolkovsky", el "Lomonósov", el "Joliot-Curie", la "Cordillera Soviética" y otros gozosos y (por qué no) legíti-

mos apelativos, que dejan sospechar (si la ventaja soviética se mantiene) que no va a quedar en la luna, ni una callecita cortada, ni una plazoleta humilde a la que llamar, por ejemplo, "Rockefeller - Center". Pero esos son minucias terrenales. La luna es de todos. Servite un cacho de la orilla Juanjulio. Hasta mañana, amigos.

LA PUNGA ESTATAL

La punga es una prestigiosa institución delictiva. No es de gran alcance moral, la definición, lo reconozco, pero me gusta tratar con debida consideración toda actividad humana. Y la punga, delito configurado y definido en nuestros códigos, ha alcanzado entre nosotros tal desarrollo, que ha venido ocupando metros de la gacetilla policial de nuestra prensa, casi como una rutina costumbrista. A nadie se le ocurre, al subir a un ómnibus, ponerse a mirar las caras para echar cálculos sobre la catadura del pasaje y sospechar, con cierto fundamento, del presunto punguista que puede entrar a trabajar con su socio, de un momento a otro. Bueno, uno sube a un ómnibus y empieza por no mirar a nadie, no sea que se tope con algún conocido a quien tener que sacarle el boleto, o, ya sentado, alguna conocida a quien tener que cederle el milagroso asiento que encontramos. Por otra parte, de nada valdría ponerse a chambonear con pininos sicológicos en aquel apretado mundo de pasajeros. El punguista actúa hasta sobre la desaprensión y la pereza del candidato. Y nuestra tranquilidad mayor, la mía, la tuya, Juanjulio, la de cualquier otro miembro de nuestra cofradía de patos más o menos cabreros, reside, precisamente, en nuestra feliz carencia de "materia prima" para el punguista. Talvez llevamos reflejados en el rostro, los cuatro reales que llevamos en el bolsillo y por los que no vale la pena el laburo de la prestidigitación punguinaria. Cierta vez (recuerdo) mi amigo el Ñato Pedreira iba en un ómnibus, colgado de la barra auxiliar del techo, cuando sintió que una mano sutilísima se le colaba en el bolsillo. El Ñato no hizo más

que girar unos grados el cogote y decir, con conmovedora naturalidad: "¿Qué estás poniendo, che?"... Porque lo que es sacarle...

....

No obstante nuestro humilde destino económico, no hay duda que, al margen de los riesgos del ómnibus, movemos alguna plata. Trabajamos en algo, por eso nos pagan tanto, y, como comemos y come nuestra familia, nos vestimos y se visten todos en casa, gastamos luz y fumamos negro y otros inocentes etcéteras no más suntuosos, el sueldo nos pasa por las narices (muchas veces sin saludar, siquiera) hacia ajenos destinos. Todo esto que les he venido diciendo, viene a cuento (valga mi evidente proclividad a la retórica) porque, entre otras cosas, el proyecto de Reforma Cambiaria, etc. cuya inminencia nos aflige, aún sin descifrar todos sus alcances, va a operar en nosotros, en alguna manera, en la sutil forma, en el prodigioso estilo, digamos, del punguista. Y si puede valernos de algo el cuidarnos en el ómnibus, o viajar con el paco del sueldo bien apretado en la mano, dentro del bolsillo del pantalón... (ahora me acuerdo del caso que me contaron de un italiano, que iba en un ómnibus con las dos manos en los bolsillos, apretando sendos "pacos" de billetes, precaviéndose de unos punguistas que lo seguían... manos que no sacó del bolsillo en todo el viaje, no obstante que los forajidos le metieron un cascarudo por el cuello de la camisa) (pensá en los sudores del tano, ¡pobre!)... si puede valernos de algo, decía, esa precaución en el ómnibus, de nada ha de valernos cuando, aprobado el Proyecto de Reforma Cambiaria, es decir, consagrado el reavalúo (que es devalúo, claro) notemos que la jubilación, la pensión, el sueldo o el salario, se nos vienen, de pronto, a la mitad, que cada cien pesos se hacen cincuenta (tan estúpidamente contentos que nos pusimos con el último aumen-

to) y que con mil, vamos a pasar los mismos o más proceIosos sudores que con quinientos!... ¡Evidentemente, Juanjulio, la punga es un delito que se vino haciendo vicio social y ahora (¡caéte!) se está oficializando y todo!... Hasta mañana, amigos.

EL PESO

Yo estaba en una esquina, esperando un ómnibus que nunca llegaba (por supuesto) y otros conciudadanos estaban, en parecido trance, o miraban una vidriera o, simplemente pasaban. Allí en el suelo, en mitad de la vereda, lucía una moneda, en ese "un decir" "oro-uruguayo", con que la consideramos. De cinco o de diez centésimos, no podía precisarse bien, porque sólo se mostraba el perfil de Artigas, hacia arriba y la distancia (y, tal vez, digámoslo de una vez, la indiferencia) no nos dejaba determinar su exacto valor. (Antes, el valor de las monedas, sus distintos valores, quiero decir, se diferenciaban claramente; el centésimo, el vintén, el medio, el real (sobre todo aquel real presuntuosamente dorado, pretencioso), los dos reales, chiquitos pero coruscantes desde su plataluminio, y con el reborde circular festoneado, que podíamos rascar en el bolsillo, con la uña, para reconocerlo... En realidad podíamos sacar del bolsillo, a simple tanteo, el valor que quisiéramos; tan reconocibles al tacto, eran). Hoy, muchas veces tengo que ponerme los anteojos en el ómnibus, para saber lo que le doy al guarda; un poco por la confusa acuñación y otro poco, voy a ser franco, porque mis ojos ya no son los mismos. El caso es que, como les decía, allá estaba aquella moneda en el suelo, en mitad de la vereda de aquella esquina, donde cinco o seis la mirábamos y por la que ya, seguramente, habrían pasado 20, 30, 50 o más indiferencias compatriotas, sin doblarse a recogerla.

. . . .

Yo pensaba que aquello tenía una gran significación y me dolía. Tal vez, pensaba yo, hasta ha pasado un chiquilín sobre ella y le ha refregado la suela de su des-

precio. Todos la miraban y la dejaban. Aquella moneda de diez, estaba confesando la más humillante cotización de plaza: no valía la pena de doblar el espinazo y jugar las visagras de las rodillas para recogerla. Realmente, era un bochorno que hasta el propio Artigas sufriría, desde su perfil acuñado. Pero era, después de todo sentimentalismo económico y de toda significación numismática, la cruel verdad de nuestra moneda, la real significación (insignificación, digamos mejor) del peso, presunta o presuntuosamente "oro-uruguayo". En realidad, aquel homenaje al prócer (acuñando su perfil en una de las caras de la moneda) estaba dejando de serlo; esto me hizo recordar el comentario de un amigo con quien cruzaba yo, hace un par de meses, frente al Banco de la República y que, al ver el Artigas de Zorrilla que luce al pie de la escalinata, me dijo: "¿No te parece, Pelo, que... según está valiendo el peso uruguayo, debieran sacar a Artigas de allí y poner a Otorgués o algún otro lugarteniente del general, algo más de acuerdo con la desvalorización de la moneda?". Evidentemente, mi amigo tiene un exagerado sentido de la interrelación escalafonaria, pero admitamos que nuestra moneda ya no puede ser asiento de ningún agasajo histórico, desde que vale tan poco para nuestro propio y contemporáneo agasajo económico. Nuestro peso está tan en el suelo como aquella su parte por sobre la que todos caminábamos sin agacharnos a recogerla. ¿Qué es un peso, hoy, Juanjulio?... Lo definió un puestero de cierta feria, ante la protesta airada de una dueña de casa que le decía: "¿Qué? ¿Usted está loco? ¿Me cobra un peso por un pepino?"... "Sí, señora, (contestó, paciente, el hombre) no puede extrañarle que un pepino valga un peso, cuando, usted sabe, hoy día un peso vale un pepino!". Hasta mañana, amigos.

EL PRIMER CUMPLEAÑOS

Mañana, si no he leído mal los anuncios partidarios correspondientes, los blancos festejarán el primer aniversario, el primer "happy-birthday" de este discutido Nuevo Tiempo. Los cumpleaños hay que festejarlos siempre, de una u otra manera, pero el primer año es la ocasión sobre la que las madres vuelcan los más prístinos entusiasmos, aquellos que están, digamos, en los registros clásicos de la tan cursi como bendita ternura maternal. En ese día agarran a la enana (como diría "El Hachero") agarran a la enana y la visten como con chantilly. Es decir, con un vestidito blanco, con más vuelos que la Pluna, un juego de tres, cuatro o cinco enaguas abarrocadas de puntillas y festones, que la dejan a la pobre criatura como si fuera una ensalada de escarola blanca, le calzan unos zapatitos (los primeros zapatitos de la vida) que obligan a una buena tía que nunca falta a seguir a la madre (que lleva en brazos a la enana) para ir recogiendo cada cinco minutos el zapatito que la nena se descalza sacudiendo las patitas. Además (por ejemplo) si el Partido Nacional tuviera una madre (que la tiene: aquella providencial "Circunstancia Histórica") esa madre ya habría andado todos estos días por los bazares de 18, comprando globitos y toda una antología de chirimbolos para adornar la casa, tal como se impone tradicionalmente en ocasión semejante, aparte de la torta con la velita y las 20 docenas de choricitos alemanes y el tutti-cuanti menester. (Un minutito escaso, que ya vuelvo y te...).

....

El festejo, el "happy-birthday-to-you" de mañana, va a ser en la Plaza Constitución, creo, que viene a ser,

después de todo, algo así como el patio de la casa del Partido, y se me ocurre que no ha de faltarles nada para el adecuado acondicionamiento, la correspondiente ambientación del lugar, según aquellas normas clásicas, porque lo que es **globos**, hay de sobra para techar la plaza, con no más que recurrir a aquellas gruesas y gruesas de augurios pre-electorales, aquel montón incontable de promesas, todas las cuales, convenientemente infladas a los decorativos efectos del acontecimiento, adornarán amorosamente la Plaza Matriz. Y, para agasajo digestivo de los invitados, bastará con picar (se usa mucho en sociedad) bastará con picar en trozos menudos, servidos a escarbadiente, las correspondientes milanesas que hicieron posible alguna esperanza popular, cuando el nacimiento de la criatura. No nos hacemos una idea (eso sí) del ánimo que ha de privar en la anunciada fiestita de al nena nacionalista. Haedo y Echegoyen serán quienes la paseen alzada en su reconocida dialéctica oratoria, mientras los otros consejeros de la mayoría, circunstancialmente reconciliados con la familia, pondrán cara y sonrisa de tíos más o menos felices... Aunque, bien es cierto, no faltarán algunas viejas ortodoxas que, señalando a Nardone, informen a otros invitados, con no disimulada violencia de casta: "Es una tía natural, que adoptó el partido en aquellos momentos tremendos del parto". "No la miren mucho, que se va a creer la madre de la criatura". En fin, amigos... ¡será hasta el lunes!

PROBLEMA DE CARTELERA

Confieso, con cierta humillación, que no pude con mi dominguera molicie y me quedé en casa, rascándome con esa idónea prolijidad de la pereza y dormitando, cada vez que el avión parlante se iba a jorobar a otros barrios. Ya había conseguido, sin esfuerzo mental alguno, apenas con esa reserva de consciencia que uno deja en funciones durante la siesta... ya había conseguido, decía, calcular lo que tardaba entre una visita y otra del avión; tal como seguramente los pueblos ingleses, durante la guerra, tenían un alerta mental, ya mecanizado, de las visitas de los bombardeos nazis (vaya el ejemplo sin alusión ideológica, porque, después de todo, mi flema es tabacal y no británica y ellos, malgrado ciertos antecedentes de un dudoso neutralismo, están hoy churchilísimos). En cierta medida, aquel avión de la siesta de ayer era un avión bombardero que hostigaba sistemáticamente, ya no sólo mi descanso, sino (lo confieso) mi propósito de acercarme, a cierta hora, a la Plaza Constitución, a escuchar los pasajes más fundamentales de "La Herencia Maldita". Pensaba, incluso, sacrificar mi interés por ver "La Mujer de Negro", que daban en otra pantalla, para ir a ver esa otra producción nacional con Haedo y Echegoyen, en un cinemascope dialéctico que para mí tenía patriótica atracción. Pero el avión iba y venía, soltándome sobre la cabeza la consigna de las 19 horas y salpicándome la almohada con sus "¡Herrera lo cita!", "¡Herrera lo espera!". Abrí una ventana al aire y le grité que sí, que que bueno, que ya lo había oído, que iba a ir, pero el moscón mecánico volvía, de regreso de la Unión, de Belvedere, de

Malvín, a sobrevolarme el buñuelo... (Dame tiempo a reencender un negrito...).

....

Ya habían dado las 19 horas y el avión seguía bombardeándome con el impresionante calibre de sus "¡Herrera lo cita!", "¡Herrera lo espera!"... Por ahí, confieso, ya estaba debilitándoseme el impulso concurrente, que diríamos. Mi siesta ya estaba resignada a no ser... terminé el libro de Onetti, pellizqué "Marcha" (ideal para la ocasión), de la que uno siempre se sirve como si pinchara en una fuente de croquetitas, con cierta sans façon digestiva, mientras por entre las celosías metálicas de la ventana seguían entrando, cada tanto, las esquirlas del atroz bombardeo: "¡Herrera lo cita!", "¡Herrera lo espera!"... (recuerdo que por ahí pensé con cierto desganado humor metafísico: si es Herrera que me espera donde está, me parece que le voy a hacer la pera, porque "toavía es temprano pa qu'esta cabecita que pide p'adornarse la roja flor del ceibo...". Pero la verdad es que se estaba conformando en mí el efecto contraproducente de la propaganda. El avión se había puesto pesado como un corbatero, como un vendedor de billetes de lotería, como una poetisa inédita... y fue entonces que me resolví a no ir. Después de todo, pensé, "La Herencia Maldita" la conozco, la siento, la padezco, la sufro; al cabo de enumerar déficits, situaciones, habrá que servirles un chocolate a los oradores, por la noticia; lo que se discute (en todo caso) al gobierno blanco, no es el estado de las cosas, sino los medios pergeñados para salir de ellas. No se discute la pulmonía, sino el recurso terapéutico. A esa altura del frustrado domingo, ya me había resuelto no ir a la cita ciudadana cuya cartelera anunciaba "La Herencia Maldita" y me encaminé, resueltamente, a ver "La Mujer de Negro". Buena, te la recomiendo, Juanjulio. Hasta mañana, amigos.

EL ASIENTO DEL GUARDA

El asiento para el guarda, institución laboral incorporada hace un tiempo (no mucho por otra parte) a nuestro folklore ciudadano, dio lugar a una extendida polémica popular que alcanzó algunos meses, cubriendo ese espacio elástico de prensa oral que son la plataforma del ómnibus, sus abigarrados pasillos y, fuera de él, la esquina del barrio, el café de la esquina o el living comedor privado. Un público popular, castigado con un mal servicio de transporte, reaccionó con esa chinche ensillada en la desventura, y en aquel asiento increíblemente vacío, que veíamos desde nuestra incomodidad, poníamos todas las pulgas de nuestra indignación. Para que comprendiéramos la elemental justicia de aquella medida, era necesario: o que fuéramos guarda de ómnibus y tuviéramos que hacer ocho horas de servicio transitando en aquella selva de tórax y patas humanas, destinando boletos y repartiendo vueltos y comandando las maniobras de aquella nave trasudada de nafta y otros ensayos pituitarios... o que pasara el tiempo, mejoráramos de la chinche y apreciáramos, a través de esa perspectiva temporal, que es la mejor consejera, qué elementalmente justo, qué lógico y qué poco, qué nada afecta la consagrada incomodidad del ómnibus, aquel asiento que espera el intermitente descanso del guarda. El tiempo sirvió para que comprendiéramos eso, pero, también, nos alcanzó una nueva revelación de la condición humana. (Correte un poco más adelante, para que entre Ovalle Hermanos en el pasillo, y ya vuelvo y te la sigo).

....

La medida (seamos justos ahora que la perspectiva

del tiempo y el curso de la experiencia nos lo permiten) la medida dio más de una oportunidad al guarda. Le dio, por supuesto, la de sentarse cada vez que se lo reclaman las piernas y se lo permiten las exigencias de su función. Pero le dio, también, la de engalanar su ingrato oficio con el ejercicio de una desleída virtud ciudadana: la de la caballerosidad. En efecto, la crucialidad de estos tiempos, que afecta aún los más humildes rincones de la vida, ha venido endureciéndonos el carácter o, digamos, esclerosando ciertas facultades del hombre proclives a la solidaridad; el pasajero, digámoslo de una vez, pidió licencia por tiempo indeterminado, de su condición de caballero, y si consigue un asiento, no levanta la vista del diario y es capaz de leer tres o cuatro veces un editorial de Ramírez, con tal de no toparse con una vecina, una anciana o una señora con el enano en brazos y tener que cederle el asiento. Lo hacen, ignominiosamente, el hombre con la dama; y la dama joven, con la dama anciana. El ómnibus es una masa de introvertidos... El guarda, que ganó su asiento en una incomprendida gestión reivindicativa, disfruta el todavía humano placer de hacerle la suplencia de caballerosidad al señor pasajero. Y mi cotidiana experiencia de viajero ciudadano me ha permitido ver, con prodigiosa regularidad, el asiento del guarda ocupado por una señora con un niño en brazos, o una señora con un niño aún no desglosado (valga el eufemismo) o una anciana. La reiteración de este conmovedor hecho comprobado desde mi abochornada condición de pasajero, me hizo comprometerme a dedicar este comentario a la injustamente vapuleada institución llamada "asiento reservado para el guarda". Lo iba dejando pasar, pero anoche un guarda colmó mi capacidad emotiva, sentando, con paternal ternura, a un "mamao", en su asiento. No lloré en el ómnibus, por esas cosas. Hasta mañana, amigos.

SABADO DE NOCHE

Yo he dicho, alguna vez, aquí mismo, tal vez como definición de un estado de ánimo tolerante, conciliatorio... yo he dicho alguna vez que, en cierta medida, me sentía batllista los sábados de noche. No es que uno lo fuera, en instancia finisemanal y que uno se pusiera encima de la ideología oficial de entonces, tal como se lustra los zapatos, se pone el traje nuevo, se anima a comprar cigarrillos americanos y cumple otros "relajos" sabatinos. Se trataba, simplemente, de una suerte de mimetización forzosa en un ambiente que uno sospechaba o sabía intrínsecamente batllista: el aire, la liberalidad, esa cumplida alegría hebdomadaria, cierta laica desaprensión espiritual, que no son, por supuesto, condición exclusiva de un partido, pero que el batllismo, al cabo de tantos y tantos años en el poder, había hecho suya... aparte otros factores formativos de uno sobre la base de "Batlle-dijo" y "Batlle-hizo", que terminaron por crearnos una subconsciencia batllista, aún a aquellos que políticamente no lo éramos, hasta admitir (repito que de una manera subconsciente) que los sábados fueron una feliz ocurrencia de Batlle, como otras reconocidas iniciativas sociales. No hemos llegado a pensar, por supuesto, en este trance, que ahora, con los blancos, ya no va a haber más sábados. (Para así pensarlo, había que ser un batllista tan recibido como cascarudo)... Pero desde mi relativa independencia política, yo llegué a considerar, si, en qué medida cambiaría la cara de Montevideo, cuando el reverso blanco se hiciera anverso y un nuevo sello caracterizara el municipal y espeso paisaje ciudadano. (Ya vuelvo, che...).

....

Anoche no era sábado y, sin embargo, extrañé aquella cómoda condición de transeúnte de que solíamos

vestimos los montevideanos de cualquier pelo. Y fue (lo que así me puso) un color nuevo en el paisaje nocturno que, en cierto grado, traumatizó mi natural descuido ciudadeño. Alguna vez he visto, en la Plaza Cagancha, cierto oficio religioso a cargo de 5 o 6 muchachos, con anteojos de carey, voz insegura de adolescente, un pistón de vara y 5 o 6 conceptos sobre moral cristiana, proseliteando la correspondiente versión testamentista de una de las tantas sucursales ideológicas del cristianismo. Eso corría ya por cuenta del antiguo paisaje montevideo. Se, también, de unciosas procesiones católicas, Corpus de cuantiosa adhesión popular, que recorrían la avenida flanqueadas por el respeto comprensivo de todos (apenas si el edificio de "El Día", haciéndose el distraído, se ponía, creo, a mirar para la calle Colonia). Dios, con mayúscula y minúscula, comprensivo y condescendiente, nos dejaba andar y recataba sus "meetings", a los más propicios ámbitos. Pero anoche, cuando desemboqué en 18 y Ejido, me di de bruces, el alma, con una misa (callejera, aunque le llamen campal) y, como "back-ground", la hasta ahora laicísima mole de ladrillos del Palacio Municipal. No expreso (ni insinúo, siquiera) ningún juicio sobre el hecho. Todo está bien y, después de todo forma parte de un nuevo semblante ciudadeño, aquel semblante que yo buscaba adivinar para cuando el reverso blanco se hiciera anverso. Señalo, nomás, que aquel oficio religioso, recostado nada menos que al Palacio Municipal, estaba vengado (no por parte de Dios, que no se fija en esas cosas, sino en sus subscriptos fieles) la sostenida minúscula de los derrotados alcaldes, al tiempo que uno (parece mentira lo que es una costumbre del alma) buscando a Dios por entre las sombras que opacaban el rojo de los ladrillos municipales, le parecía ver, todavía, a Don Pepe Batlle, grande, municipal, espeso y porfiado. Te juro que sí, Juanjulio. Hasta mañana, amigos.

QUE LA INOCENCIA LE VALGA

Era el Día de los Inocentes, aunque nadie, entonces, pensara ya, con alguna conciencia histórica, en Herodes, aquel Rey de Judea que ordenó la degollación de los inocentes, jugándose, a los premios (como hoy diríamos) la degollación de uno solo. Era el Día de los Inocentes y grandes y chicos jugábamos a aquella inocente derivación de la trágica efemérides; ya por entonces se decía que esta tradición estaba en franca decadencia, pero, no obstante, todos nos acostábamos, la noche antes, recomendándonos que "¡mañana es 28 de Diciembre, Día de los Inocentes, ojo!". Y salíamos al otro día, más inocentes que aquellos a quienes pensábamos hacer tales, a ejercer nuestro prodigioso ingenio, entre los amigos de la cuadra. Ya venía entonces languideciendo la costumbre, un juego más para aquel otro siglo, cultivador de tan sublimes y encantadoras idioteces, que para éste, que venía mostrándonos ya su gloriosa cara de perro. Ya más tarde, convertidos en dudosos hombrecitos de vereda de café, nos gustaba ver pasar a las muchachas o mujeres ostentosas de cierta topografía anatómica y decirles, un 28 de diciembre de aquellos: "¡Mire lo que lleva atrás, señorita!", para que ellas nos contestaran, sobrando una inocencia pero incurriendo en otra: "No importa, quédeselo para usted!". Hoy ya no juega nadie a eso. Ni los niños lo saben, porque una generación anterior olvidó enseñárselo. "Que la inocencia te valga" ya no es un voto especulable en la plaza de estos tiempos. (¡Cuidado que estás quemando la radio con el pucho, vos!).

. . . .

Pero no nos envanezcamos mucho y nos pongamos a decir que la costumbre murió con la propia inocencia.

Que ya entonces se pretendía lo mismo, cuando nosotros, chiquilines, porfiábamos el juego ante el gesto despectivo de los grandes y oíamos decir a nuestros tíos madurísimos, que ya no había más inocentes en este mundo, opinión subrayada afrimativamente por nuestras tías, que sacudían la cabeza, de atrás para adelante, bamboleando sus caravanas y diciendo, sentenciosamente, "ya lo creo", "ya lo creo". Integramos, puede ser, una era de "vivos", a quienes no se toma distraídos en el día de la fecha, pero estamos a disposición de la inocencia en cualquier otro recodo del año. La Inocencia no ha muerto, empezando porque el día que la perdamos, habremos perdido, también, una virtud tan constructiva como la fe, pronunciada con módica minúscula, porque me estoy refiriendo a la fe en el hombre, a la fe del hombre en sí mismo. Habrá terminado, habremos clausurado, el ejercicio tradicional del 28 de diciembre, puede ser, pero no para clausurar la inocencia, sino. tal vez, para ampliar su vigencia. Después de todo, no éste de hoy, sino cada día de estos, vivimos la consecuencia de una inocentada prodigiosamente colectiva, de cuando se creyó ¿se acuerdan? en la claridad de una alternativa. No fue un 28 de diciembre sino un 30 de noviembre, pero el candor fue el mismo que cuando nos dábamos vuelta para quitarnos una cola de papel que nos pudieran haber colgado entre los omóplatos. Solo que, esta vez, no hay caso.

OTRO AÑO MAS

Bueno, qué quieren ustedes, amigos míos... Estamos, recién, a 2 de enero; apenas hemos entrado en el año, y lo más probable es que estemos (a mi me ocurre, al menos) con ese gesto idiota de cuando entramos en una casa nueva, desconocida, mirando los techos, inspeccionando las paredes, para deducir el alcance cultural locatario a través de los cuadros que tienen colgados y tanteando recelosamente el sillón donde probablemente habremos de sentarnos, no sea que tenga los fuelles reventados. ¡Cómo estoy de parabólico, hoy, mámamía!... Bueno, después de todo, el trance me justifica... Estas circunstancias de la vida nos inclinan, fatalmente, a la filosofía o nos ponen sentimentales y, de todas maneras, aburridos. No ha de ser el gas anhídrido del champagne o de la sidra, porque no he probado ni una sola burbuja (a mí no me gustan las bebidas alborotadas por la acción del fermento; prefiero siempre la sobria severidad de la destilación, calma y segura en el efecto). No ha de ser, tampoco, el fulltime digestivo del posible lechón, el pan dulce o la fruta seca, porque tampoco los he probado, atendiendo una prescripción que, después de todo, no me duele tanto. Ha de ser, sencillamente, eso: que estamos sólo a dos de enero, en el felpudo de otra aventura, sin duda, pero ya sin el año viejo y con éste sin empezar, todavía. Sólo un casi religioso sentido de la responsabilidad, me tiene esta noche con ustedes, escarbando en la vaciedad de estas horas imprecisas, convencionales, mentidas con cohetes y globitos sobrantes...

....

Además, la cara de este año (aparte lo que ya pue-

da sospecharse por una irrecusable continuidad histórica, política y económica) la cara de este año, amigos, no hemos de verla hasta que el año mismo se manifieste en ese dialéctico juego de causas y efectos y comencemos a sentir las verdaderas consecuencias de una sospechada perspectiva. Estos son los primeros días, apenas, en los que no está (porque no puede caber en ellos) la verdad de un destino. Representan, digamos, los términos dulzones de una Luna de Miel, galopante, alborotada, novelera... Al tipo que está en ese trance, no le preguntes cómo le va, ni cómo le parece la aventura civil que acaba de emprender, porque todo le anda en el aire sublimado de la circunstancia, la chiquilina le parece un ángel, se pone todos los "nailones" nuevos que le regalaron y no gasta en casa más que el carácter convencionalmente almibarado de los estrenos conyugales... No cabe preguntarle nada porque, sin tanto apremio informativo, con los propios rigores de la cuita, vendrá un día él mismo al café, a confesarte los primeros acentos de su defraudación, cuando a la chiquilina (que ya no lo es tanto, figurate (se le fueron gastando los "nailones", así como las reservas dotales de la miel inaugural y se le aparece un día, francamente, desconvencionalizada, como la "fulana" que es. Así ha de pasarnos con este año, amigos, y ya tendremos tiempo, en su decurso más adelantado de lo que hoy recién lleva cumplido, ya tendremos tiempo de venir (yo aquí y ustedes allí) a rascarnos nuestra cuita. Hasta el lunes, amigos.

LA HUELGA MUNICIPAL Y EL DAVID

Aquello de "municipal y espeso", calificación consagrada por una lira tan relativamente edilicia como la de Rubén Darío, pareció palparse, hoy, en el aire montevideano. En realidad, está siendo así desde hace unos días (hoy se cumple el quinto, de huelga) cuando los ocupantes de ese palomar burocrático (como alguien lo llamó alguna vez) que cumple la manzana de 18 de Julio, Soriano, Santiago de Chile y Ejido, decidieron no regresar a sus bretes funcionariales mientras no se les aumentara la ración, que, parece, no estaba suficientemente atendida en el presupuesto que el Consejo Departamental estaba elaborando. Municipal y espeso, el aire de aquellas inmediaciones tan alcaldescas, tan de oficio, en épocas normales, y, por estos días, erizadas por una insólita presencia castrense (vos lo decís así y no se nota tanto como si hablaras de tanques, soldados, bayonetas y la mar en jeep) como se ha visto últimamente, con gozosa novelería de los niños y cierta indignada pavura de las señoras... Municipal y espeso el aire y, extensivamente, la concreta palpabilidad de esas calles, que los españoles llaman "de Dios" (por esas calles de Dios) pero que sería injusto adjudicárselas hoy (aunque el municipio no sea batllista y ateo) cuando una gama de olores que van de la putrefacción al quemado, mado, denuncian y publicitan la huelga (mejor pudiera cerlo un affiche de la "ADEOM") por la municipal y espesa ausencia de los barrenderos. (Dame unos segundos para ponerme un buche de agua mineral, como se estila en las conferencias y...)

....

Pero más, mucho más "municipal y espeso" ha de

haber amanecido el aire, hoy, cuando se jugaba la instancia conminativa con que don Daniel Fernández Crespo tentaba doblegar la entera resistencia de los huelguistas: Esta mañana, en efecto, vencía el plazo acordado a 3.500 (jerarcas, jefes y secretarios) para que se presentaran a trabajar so riesgo de declararlos cesantes por abandono del cargo. Se piensa en la instancia de este emplazamiento y conmueve (valga la discreta neutralidad que uno debe guardar en estos casos) conmueven, decía, los dos extremos del drama. El que corresponde al funcionario, atento a su dignidad gremialista, pero seguramente traspasado de chuchos presupuestales (¿serán capaces, nomás, estos bárbaros?) (Y bueno, vieja... un hombre tiene que jugarse ¿no?... Más vale comer refuerzos, de pie, que cobrar de rodillas, como dijo no sé qué sociólogo de que hablaron en el mitin de las otras noches). Conmovedor, desde ese extremo al otro, en el que don Daniel esperaba esta mañana, atento a su dignidad jerárquica, pero seguramente traspasado de chuchos electorales (¡a mí, justo a mí tenía que tocarme esto, en este bollo municipal montevideano que siempre ha sido mío!). Pero la carta intimidatoria ya había sido jugada y allí estaba él, jerárquicamente entero, esperando los resultados de la intimidación. ¿Viene alguien?... ¿Cuántos se presentarán? ¿La mitad? ¿Un tercio? ¿O ninguno?... cuando (vale la pena imaginarlo, al menos) cuando irrumpe en su despacho el secretario, ufano y afanoso: "Don Daniel, don Daniel!... Ahí en la explanada hay uno que parece que quisiera entrar. ¡Se ve que vino apurado, porque ni tiempo de vestirse tuvo!!". Pero don Daniel le advierte, con desaliento: "¡Ese es el David, hombre!... ¡El funcionario ideal! ¡No cobra y no falta nunca, ni los domingos!". Hasta mañana, amigos.

LUNES DE CARNAVAL

Tal vez no sea ésta una noche muy propicia para una reintegración microfónica como la que vengo, porfiadamente, a cumplir. Un lunes carnavaliento como éste, la campanilla que decreta el final de mi recreo tal vez anda desencontrada con la mejor suerte del oyente, que funciona bajo otros códigos. Me pregunto, por ejemplo, en esta desganada circunstancia, si Juanjulio habrá vuelto, ya, del corso, y puesto las orejas a disposición de mis presuntos conceptos; porque si bien es cierto que las normas restrictivas han impuesto un carnaval lo más diurno posible, con desfiles "sub-sole" (para desmentir aquello de "nihil-novum") es también cierto que la gente es incorregible de sus más porfiados hábitos y se va quedando en la avenida hasta la medianoche cuando ya se ha perdido hasta del recuerdo visual la mancha del último lubolo y no queda ni el perfume de Mónica Primera en el aire desconcertado de 18 de Julio. La gente siempre queda esperando algo, en esa expectativa carnavalera que, después de todo, no es otra cosa que otra **cola** de las tantas que está condenada a sufrir en la crucialidad de estos tiempos. La **cola** de una alegría porfiadamente buscada, largamente esperada, para que, al final, les resulte con la misma defraudación de otras colas sufridas: no hay más de lo que esperaba. Pero eso ocurre todas las noches, todos los años, y cada año, y cada noche siguiente, la gente vuelve a ponerse en la dichosa cola, a esperar algún cacho de la prometida alegría del carnaval... (De todas maneras, como alguien me observaba, la gente disfruta, si no de la alegría carnavalera que han ido a buscar, al menos de la propia animación de las **colas**)...

....

Estas generaciones que vienen empujándonos, desde que nosotros, Juanjulio, dejamos, por imposible, la misma novelería, han de venir preguntándose, mientras crecen, se defraudan y desembocan en la hipocondría: ¿qué es el Carnaval? "Si no tomás toda la sopa (dice una madre con cierto vareliano concepto de la docencia maternal) si no tomás toda la sopa, no te llevo luego al carnaval". Y el chiquilín toma toda la sopa ese día, un año, y otro año, y otro año, hasta que descubre, con algunas canas en la cabeza y en el alma, que tal vez esa alegría no existe más que en la esperanza y que, en ciclos más apretados de su historia, esa alegría no es más que la misma felicidad que buscamos en ese más trascendido tránsito de la vida. ...Que, después de todo, quién te dice que esta Vida no es más que otra cola que empezamos a hacer con el primer berrido, a la espera de algo imponderable como esa presunta Felicidad por la que nos fastidiamos, por la que seguimos tomando otras sopas más amargas e ingratas que aquellas dichosas y resistidas sopas de la niñez, para terminar un buen día, defraudados, con el alma vacía, de regreso de ese corso al que hemos ido, tan puntualmente, a esperar que pasara algo digno de este trabajo de vivir. Pero, en fin, amigos, estos son pensamientos vagabundos y, puede ser, neurasténicos, del regreso de unas vacaciones, regreso tal vez inoportuno, en un lunes de carnaval y mientras hablo, preguntándome con justificada incertidumbre: ¿Habrá vuelto Juanjulio del corso, habrá acostado a los nenes y me estará escuchando? Hasta mañana, amigos.

LLEGO IKE

Al otro día de la fiesta, vienen las cosas... No es por nada, porque todo ha estado "ragio", como suele decir la nena, la sublime novelera de siempre, pero se nos impone ese balance familiar, cuando los invitados ya están lejitos y mientras se barren, aún, los papelitos, restos de sandwiches detrás de la biblioteca, alguna copa rota dentro de la mayólica y todo ese jaleo "post-operatorio" familiar. —¿Verdad que estuvo lindo? Y uno entra a ponderar la discreción colaborativa de Pedrito Berro (por ejemplo) que presentó renuncia con una enfática indeclinabilidad, pero con la recomendación de no ser entregada y considerada hasta después que pasara todo, porque cabía a su cartera una responsabilidad y una tarea ineludibles, mientras existieran sospechables razones de alboroto estudiantil. (Es inútil, o los estudiantes no tienen el menor sentido de la oportunidad, o lo tienen excesivamente desarrollado). Por supuesto que me estoy refiriendo (ya no es de mal gusto, porque se fue la gente) a los hechos que salpicaron algunos aledaños universitarios, ayer. Son hechos que pueden, dignamente, lamentarse o, también, resignarse a ellos, como algo que, fatalmente, tenía que ocurrir, valga el criterio de cada uno. Ignorarlos, de todos modos, sería lo peor. Uno piensa, desde la más discreta y sobria posición, que fuera mejor (decime si no, Juanjulio) que esos carteles, que no aludían directamente al ilustre huésped, ni al país que el representa ("Abajo el Imperialismo", digo yo, no ofende más que a los imperialistas) que esos letreros, decía, fueran cómodamente leídos por la ilustre comitiva, incluso para que la ancha son-

risa de "Ike" se pronunciara diciendo: "Me too" (yo también) alegrando nuestras sudamericanas pestañas.

. . . .

Era, al fin y al cabo (aquella de los letreros) una opinión. Bajarlos, por parte de la policía, aparte de una oficiosidad discutible, significaba (en una circunstancia de tan vibrante invocación democrática) taparle la boca a un ciudadano, pocos o muchos que fueran los suscriptores de aquello. Taparle la boca a un ciudadano que quería decir lo suyo, muy ponderable, por otra parte. (¿Es usted imperialista? No me diga. ¿Y cuándo lo internan?). Pero en fin, todo tuvo, felizmente, su discreta medida, su mesurada y realista entidad. De todas maneras, los corresponsales de diarios, cine y televisión visitantes, que obtuvieron de la Federación de Estudiantes un permiso solicitado para documentar, gráfica y oralmente, el desarrollo del acto de la Universidad (que dio lugar al berrodo de anoche) han llevado, sin duda alguna, material en pila, a sus respectivos destinos. Tal vez no hayan entendido bien, se me ocurre (bueno, eso puede ser por incomprensión de algunos modismos nativos, ellos que apenas habrían aprendido cierto básico español de emergencia)... tal vez no hayan entendido bien, decía, cuando los estudiantes, correteando anoche las inmediaciones de la Universidad, se alertaban, unos a otros, con el curioso grito de: "¡Guambia que viene Isolina!", como delicado eufemismo de los piquetes de "gases", y en atención a los prestigios "lacrimógenos" de doña Isolina Núñez. Hasta mañana, amigos.

OTRO SABADO

¡Es tan lindo llegar al sábado!... Este sábado repetido pero de siempre renovada esperanza, porque es la meta a que hemos venido refiriendo nuestro esfuerzo de toda la semana (vivimos y transpiramos para ese discutible, siempre adornado, aunque al cabo frustrado fin de semana) ...el sábado es la consagración de una lujosa mediocridad pequeño-burguesa, lo se, pero es el lujo significativo de los que trabajan (de quienes trabajamos) durante esos benditos cinco días que parten, pesados, de un lunes neurasténico y arriban, jadeantes, a ese viernes que en su última hora, tiene (paradójicamente), algo de amanecer, porque empiezan a cantar los gallos de esa aurora de la holganza finisemanal. Bueno, aquí, entre nosotros, yo se que todo esto es literatura. Y bien barata, por cierto... Literatura de feria, antiguos conceptos de vida y costumbres, que sólo se dan, de viejo, en la feria, donde algunos inocentes o maniáticos compran algún pestillo, una llave grande de puerta, un par de lentes de un desconocido présbice para una propia miopía, o una dentadura postiza para un voto discorde de los propios maxilares. Pero es bueno, de todas maneras, llegar al sábado, aunque sea con ese engaño deliberado, con esa consciente ilusión de que llegamos a algo... al menos, al farniente y la zapatilla. (Esperate un poco que me aflojo el cordón de los zapatos (¡sábado, ché!) y ya vuelvo y te la sigo).

....

Porque, bueno... Llegamos al sábado y ¿qué ocurre en ese famoso sábado?... Ocurre, tal vez, cuando mucho, que nos lo pasemos preguntando para qué diablos lo queríamos, si no sabemos (o no podemos) qué

hacer con él. Algo parecido a lo que le pasa al casado fiel (pero de imaginación infidelísima) que tiene un par de noches libres (porque la mujer se fue a ver a la madre al interior, atacada de nefritis, la pobre) y... al final no sabe qué hacer con las noches, con la libertad y con su hambre de aventuras... Porque el tipo carece de medios materiales y morales, no tiene sentido para una urgente adaptación y... bueno, porque es un sujeto irrecuperable, de alma colonialista (no victimaria, sino víctima) y se acuesta a las 10, escucha el resumen de noticias de las 11 por la radio y se duerme leyendo en "Acción" el discurso de Tróccoli en el Senado. El sábado, para esta mediocre posibilidad económica que vivimos, tiene algo de eso. Lo hemos soñado y lo seguiremos soñando como una meta consagratoria y sublime, para acabar en esa constante, repetida, indeclinable frustración de cada punta de semana. Pero, por suerte, la fantasía nos sostiene para el hebdomadario esfuerzo. Tal como soñaba El Pulga (me acuerdo) al cabo de una jornada calurosa de laburo con los diarios. "Ahora (le decía a Peloduro) me voy para casa ...abro la heladera ...saco unos cubitos de hielo ...me sirvo un whisky..." "Pero... vos no tenés heladera, Pulga" (le dijo el otro). "Sí, yo sé, no tengo". "No tenés whisky, tampoco". "Sí, yo sé, no tengo whisky tampoco... Pero tengo "maginación", abombao!!!" le dijo El Pulga, con esa porfiada inocencia de los desdichados incurables. Hasta el lunes, amigos.

EL MANGO

"Donde hay un mango, viejo, Gómez... me lo han limpiao con piedra pómez", clamaba una vieja canción con ritmo de ranchera, creo, que Don Francisco (¿aimez vous, Canaró?) difundía con su típica. También por ese tiempo, Enrique Santos Discépolo, filósofo de una ya antigüedad rioplatense, nos prevenía con sus ácidos conceptos, los tiempos en que tuviéramos que "rajar los tamangos, buscando ese mango que te haga morfar". Ellos hablaban de un "mango" de allende, del propio, el "nacional", que para nosotros, para el "oro-uruguayo", tenía una significación subalterna, como unidad aunque ellos (digámoslo sin pudor) fueran, siempre, nacionalmente más ricos. Pero aquel "mango", rioplatensizado, como las canciones que lo aludían, tenía, para nosotros los de aquende, una acepción precisa y adecuada (no se si también para ellos, porque no recuerdo por cuánto se comía, entonces, en Buenos Aires)... pero aquí, sí, se comía por un peso, o poco más y había, por lo tanto, razones para sacudirle las solapas al enteléquico viejo Gómez, preguntándole "dónde hay un mango", o "rajar los tamangos", buscándolo por esas calles de los municipios de Dios. Entonces, aquí, un peso era un peso (hacé memoria, mi querido Juanjulio) y, aunque no conozco el motivo original de llamarlo, popularmente, "mango", se me ocurre que debió ser porque con él, para un apuro social o de simple "busarda", había de dónde agarrarse. (Esperame 15 segundos y tres cuartos, que ya vuelvo y te la sigo).

....

Hoy, en cambio, uno no lo molestaría al viejo Gómez para semejante minucia, ni vale la centésima parte

del valioso calibre de nuestras suelas, salir a buscar lo que se dice "un mango". Equivalentemente, hoy habría que rajar los tamangos para la suma de diez mangos, con los que puede almorzar por ahí, en este crucial "oyurduí" que vivimos, un bohemio de aquellos románticos tiempos. La desvalorización de nuestro papel, ha puesto, tal vez, más adusto el gesto con que Artigas lo ilustra, entre las firmas del Presidente, el Gerente y el Delegado, pero uno, menos dado a la solemnidad, se enchincha un poco y acaba, sencillamente, por reconocer que, en todo caso, este peso nuestro de hoy, no tiene nada de "mango", es decir, algo de lo cual asirse para un apuro. Los otros días encontré un peso, caído en la calle; confieso que me agaché y lo recogí, pero nada más que por una razón de principios... O, en todo caso, por un reflejo condicionado (condicionado a otra época, otra situación, otro peso). Nadie gasta hoy las visagras de la cintura por cinco centésimos o un real y es seguro que un vintén en la puerta de una escuela dura (si es que no lo barre la portera) más que un Somoza en Nicaragua. Aquel peso que me agaché a recoger los otros días me dio, eso si, el precario valor de estas reflexiones. Reflexiones baratas, bueno, si ustedes quieren, pero... ¿qué más se puede obtener hoy día con un peso, me quieren decir?... Hasta mañana, amigos.

¡EL SHA TUVO UNA NENA!

Yo siempre fui (por decirlo en un ya clásico estilo nativista) un "bestia" para estas cosas. Mis familiares me reprocharon siempre cierta desaprensión en materia social, por mi porfiada morosidad en cuanto a eso que la costumbre denomina "atenciones" y que constituye una especie de balanza de pagos y siempre me fue necesario el recuerdo y la chinchosa recomendación ajena para ir a visitar a las tías e ir a buscar un beso (y tal vez un peso) de la madrina. Eso no quiere decir, por supuesto, que yo fuera un desafecto, un desamorado o un anarquista cordial... Sencillamente, era un distraído. Me sigue ocurriendo, en planos más amplios de la humana relación, y hoy compruebo que mi "pasivo" social alcanza, también, la zona de lo político... De lo político-sentimental, en todo caso, aunque no me atrevo a definir, por mi cuenta, el carácter del acontecimiento. Por ejemplo, reconozco una falta imperdonable que yo no haya, en el curso de todos estos días, señalado, al menos, el nacimiento, el fabuloso "rumor de cuna", dichosamente pergeñado (de alguna manera hay que decirlo) entre el Sha de Irán y la gentil Fara-Dhiba. No hablemos, ya, de haberles enviado, siquiera, un telegrama o, mismo, unas flores, a la fecunda consorte. "El País" de hoy como un alerta familiar, me lo recuerda y advierte el "encanto" del acontecimiento, que a mí se me estaba escapando, se me iba escurriendo por entre la maraña de mis distracciones políticas. ¡El trono del Irán ya tiene su heredero!... ¡Persia ya puede mirar al futuro por la ventana de su pasado!... (Juanjulio!... ¡Sentate derecho, por lo menos!...)

....

Es así que se nos recuerda (benditos sean estos desinteresados oficiosos de la historia; uno va hasta allí nomás, hasta la Primera Guerra Mundial y ya vuelve con la lengua afuera)... es así que se nos recuerda a Ciro (no, Juanjulio, no seas bestia! Giambruno es contemporáneo!)... se nos recuerda a Ciro, hijo de Cambises, que se adueñó de todo el mundo conocido, desde el Indo hasta el Mar Egeo, allá por el siglo VI, antes de Cristo, cuando los medios de desplazamiento no eran, por supuesto, lo que hoy son, que te tomás un ómnibus para hacer cinco cuadras y una base aérea para los week-end de los muchachos. Y (valgan los entusiasmos memorativos de Don Eduardo, sospechable autor de esta revivificación histórica) estas hazañas fabulosas parecen resurgir a través del Sha de Irán y de la fecunda Fara-Dhiba, "cuyo fruto se quiere destinado (fijate un poco, vos) a renovar remotas grandezas". Y nos pide que "no nos resistamos a su encanto (el del acontecimiento), sin pensar demasiado en la distancia que va de aquellos grandiosos y sombríos regímenes, a las civilizaciones occidentales (respirá, Juanjulio!) fundadas en el derecho y la libertad". En fin... uno nunca sabe. El mundo (como dijo otro Ciro menos espectacular) es ancho y ajeno y el latifundismo político (vamos a llamarlo así) está en el Orden del Día, aunque no dependa tanto, eso sí, de los hijos varones de un Sha de Persia. Con todo... congratulaciones a la gentil pareja. Hasta mañana, amigos.

LA CORRUPCION

El "Time" (ustedes han tener alguna noticia) es una publicación que aparece en los EE. UU. y tiene, por supuesto, otro carácter y otra trascendencia pública y universal que "Mundo Uruguayo", pongamos por ejemplo doméstico y entrañable. Salir en "Time" ya es otra cosa (ya es una cosa seria) y nuestros políticos (no digo que todos, pero hay algunos) se sienten bañados y chorreantes de consagración si los visita un redactor y un fotógrafo del "Time", para el "Time". Claro que con ese gobernante y su gozo, se ventila, también, el país y su paisaje institucional y político, y por eso que algunas veces, si bien el hombre tuvo tiempo de vestirse comilfó y la patrona, de arreglar el living (o el ordenanza, de arreglar el despacho, si la entrevista es en la Casa de Gobierno) al país no le dan tiempo de nada y resulta así que, mientras el hombre, el living y/o el despacho, lucen lo que se dice "monísimos", el país (que no es nada fotogénico, por otra parte) queda pagando. Hace poco, por ejemplo, nuestro presidente don Benito Nardone, salió en el "Time", con su guitarra y sus conceptos en un todo "nativista" que parece caer muy bien a los blondos del norte. Nosotros, que somos de la familia (en un estilo político nacional) orgullosos estamos de tamaña consagración, no importa si el "background" (creo que es así que se dice el paisaje de fondo), el back-ground conceptual quedó un tanto chueco o si, en el sentido nacional quedamos un poco fuera de foco. La cosa es que **salimos en el "Time"**, aunque ni vos ni yo nos reconozcamos en la nota, Juanjulio. Lo importante es que "papo" y la guitarra salieron fenómeno y los conceptos (taitunga-taranga y tunga) gus-

taron mucho a aquella gente de allá. (No pongas esa cara de resentido, Juanjulio, y esperame un momentito que ya vuelvo).

....

Ahora que... el "Time" sigue ocupándose de nosotros (la tiene, che, la tiene) y publicó un artículo (yo supongo que otro ajeno a aquel) que contiene referencias... digamos que ingratas para nuestra dignidad política. Ocurre que estas visitas (como esas que recibís en tu casa) refistolean detalles de tu intimidad (mientras vos hablás de lo bien que marchan los estudios de los nenes y la patrona cuenta su operación de vesícula) y después salen por ahí, hablando de un remiendo que vieron en la cortina o cualquier humano déficit de tu hogar. Lo cierto es que el "Time", en ese artículo refiere que la oposición al gobierno, dentro de nuestro Parlamento, ha perdido (dice textualmente) "su actitud vociferante, debido a que los legisladores han recibido, a través de una ley auspiciada por un consejero astuto (¿quién te parece que es, Juanjulio?) un préstamo de 3.700 dólares, amortizables en 30 años, al 1 % de interés". Como no podía ser menos, la oposición parlamentaria saltó indignada, por intermedio de la brisa iracundia de Jorgito Batlle, acompañada por el resto de las bancadas opositoras y (por qué no) también por los demás legisladores situacionistas, que se encargaron de señalar que, de ninguna manera, la oposición se había hecho menos vociferante después de aquello. Y fue así que la Cámara obtuvo (¡viva la familia!) una unanimidad en repudiar a la revista "Time" (qué se habrá creído) creadora del infundio. El infundio (te habrás percatado, Juanjulio) tiene que ver con el grado indeclinable de "vociferación" parlamentaria de la oposición... En cuanto al préstamo de los 3.700 dólares... son aquellos 40.000 pesos de que una vez te hablé, ne-

cesarios para esta vida exigente que padecemos, pero incapaces (eso sí) de enfriarle la sangre a un opositor compatriota. Y menos batllista, como las circunstancias nacionales lo dan... y mucho menos a Jorgito Batlle, ¡que no se enfríe (y sus fueros me perdonen) aunque lo metas en la heladera!... Hasta mañana, amigos.

UN BEST-SELLER DE GIANOLA

No estoy seguro de que pueda constituir lo que se dice un "best-sellers", porque hoy día comprar un libro es una operación onerosa y el libro nacional, ya se sabe, suele caer por otra parte en el pozo de la indiferencia. El caso es que Angelito Gianola (es Don Angel, como debiera llamarse a un señor ministro, según los cánones sociales y el debido respeto institucional, pero en el caso cabe decirle, con más ternura que aparente irrespetuosidad "angelito") el caso es, repito, que el ministro Gianola acaba de publicar un libro, cuyo título exacto no recuerdo bien, pero que trata de la política de salarios y precios. El género literario a que pertenece esta lucubración del Ministro de Industrias y Trabajo (con más trabajo que industrias, según lo ha consagrado la definición popular) el género, digo, no he podido averiguarlo aún. Poesía, no es, me parece... o, por lo menos, cabe inferir que versos, lo que se dice versos de rigurosa consonancia (rima, que también le dicen) no han de ser, precisamente porque si hay algo difícil y hasta imposible de rimar en estas circunstancias económicas de porfiada inflación, son los salarios y los precios, como que la búsqueda de esa rima, de esa correspondencia que equilibraría su relación, es el drama de este gobierno y, seguramente, la razón de este libro. Dije drama, y, de pronto, se me ocurre que el libro puede corresponder al género del teatro, ahora, que en el ambiente se nota tanta proclividad a esa actividad artística). ¿O será novela? Francamente, no se me ocurre. (Espérense un ratito, a ver si alguno me informa con alguna seriedad).

....

Bueno, se me conjetura por aquí (donde nadie, tam-

poco, vio ni las tapas del libro) que éste pudiera corresponder al género del ensayo. En efecto, no se me había ocurrido (yo, los viernes suelo andar ya un poco lento de imaginación). Es el género que, por otra parte, mejor encuadra en las inquietudes de un ministro, sobre todo cuando ha de tratar un tema de verdadera disciplina técnica, como es el de los salarios y los precios. El ensayo, por otra parte, es el ejercicio constante, ya no de Gianola, sino de todo el gobierno y ya no de éste, sino de nuestros políticos, que viven y gobiernan "ensayando" criterios y sistemas. Debe ser, en efecto, un ensayo, lo que, por otra parte, no excluye que sea, también, lo que se llama una "obra de ficción", que si lo cortés no quita lo valiente, lo técnico no excluye lo imaginativo, como la realidad (por más cruda o vuelta-y-vuelta que sea) no excluye la esperanza. Salarios y precios son el nudo gordiano (no el nudo-giordano, como decía aquel otro) de nuestra angustia de cada gobierno... Son los capuletos y montescos de esta novela de la subsistencia que protagonizamos. Gianola vive cerca de ese drama... Ese libro puede ser nuestra propia biografía, si el ministro se pone a considerar el asunto con crudo neo-realismo. Pero el autor, esta vez, está demasiado comprometido... Debe ser algo muy pesado (vaya dicho con el riesgo del prejuicio)... Tan pesado como esta vida misma. El libro no es para nosotros, que somos los propios personajes de la anécdota. Han de leerlo ellos mismos, cuando mucho. Como todo libro nacional, ha de quedar en la familia, con cariñosa dedicatoria para los padres y los tíos de la patria... y la pila de ejemplares durmiendo su propio editorial fracaso, atrás del piano. Hasta mañana, amigos.

PELEA DE CAMPANILLAS

"Palabra va, palabra viene...", como decía aquel Gutiérrez, personaje de una audición radial ¿se acuerdan ustedes?... Bueno, pues, algo así fue generándose, insospechadamente, en el curso de una sesión del Concejo Departamental de Montevideo convocada para la más rutinaria e inofensiva Orden del Día. Una Orden del Día municipal que nadie sospechó que iba a tornarse tan espesa, además. Goyenola tuvo la ocurrencia de recriminar a Fernández Crespo, asegurando que éste no había presentado la declaración jurada de bienes y el presidente contestó, un tanto airadamente que él había sido el primero en cumplir esa exigencia en febrero de 1959. Goyenola se salteó (tendrá sus razones, no se) tan concreta puntualización de Fernández Crespo y generalizó sus cargos a toda la mayoría, con una calificación muy dura para su gestión comunal. Fernández Crespo, entonces, se hizo repetir el cargo (como se hace con la pregunta por tantos miles) y Goyenola, con dudosa cortesía, se lo repitió, ampliando conceptos que abarcaron un amplio itinerario genealógico del adversario. Vamos, que se estaba ya muy adelantado en la etapa del "palabra va, palabra viene..." de Gutiérrez y los términos del folklore agresivo ya estaban prácticamente agotados. Fue cuando Goyenola (cuentan las crónicas) vio sobre la mesa un cenicero y tuvo la desdichada ocurrencia de invertir funciones: vale decir que arrojó el útil (que le dicen) a la cenicienta cabeza del Presidente. Ya no había palabras, parece, y se pasó a la etapa de: "objetos van, objetos vienen"... (Se acabó el primer tiempo; esperate un poco).

....

El Presidente tenía la campanilla del orden en sus manos, y, en una fugaz (tan atinada como desdichada) reflexión, se la arrojó a Goyenola, con alguna puntería, a la cabeza. Digo con alguna puntería, porque si bien se la arrojó a la cabeza, parece que le dio a los premios. Goyenola esquivó así el tiro y, apoderándose del sonoro proyectil, lo devolvió contra el Presidente, acertándole (ochenta pesos figurados) a la cabeza. Aquello ya parecía, prácticamente, una suerte de volley-ball, jugado con una pelota tan extraña como una campanilla y sorteando una red que, en el caso vendría a ser lo que llamaríamos el "decoro municipal". Por suerte las cosas acabaron allí. Una vez que el Presidente recuperó la campanilla, la hizo sonar (ya había sonado brevemente en su augusta frente de alcalde) y dio por reanudada la sesión. Pero como uno de los secretarios advirtió que el frontispicio presidencial (vale decir al frente del presidente) se establa hinchando y que manaba alguna gotita de sangre, el buen juicio y la prudencia aconsejaron levantar la sesión. Los clínicos aseguran que el chichón de Fernández Crespo ha de salvar las leyes inflacionarias y que el próximo martes podrá esgrimir nuevamente la campanilla presidencial, aunque no para tan exigentes menesteres. Hasta mañana, amigos.

PRIMAVERA, BERLIN Y EL ATOMO

Vamos repechando, ya, la cumbre del año. No es que nos espere un "pic-nic" fastuoso, allá en la cúlmine (no se dice así, pero yo lo digo porque me gustó, de pronto) ni siquiera significará una gloria muy nueva, ésta de franquear la Primavera para acabar tendidos al sol del verano. Lo venimos haciendo gratuitamente, sin más esfuerzo que la paciencia de esperarlo, desde hace años, desde hace siglos, desde que el sistema este funcionaba, ya, y no había televisión ni radio a transistor, ni diputados, ni crisis, ni hombres, siquiera, que lo esperaran. No obstante, con ser un hecho que todos conocemos por viejas noticias de la sangre y, en todo caso, experimentalmente, desde tantos años como cada cual lleva vividos (vale decir, las primaveras o los inviernos que cada cual de nosotros llevamos en el alma) no obstante tan prestigiosa antigüedad, estas alturas del año nos arriman, siempre, una porfiada alegría, una terca esperanza. Setiembre tiene esa virtud o, al menos, ese discutido prestigio, (hay que ver los fríos espantosos y, mismo, las lluvias que tenemos que aguantarle) y, para una medida calendarial de nuestro esfuerzo municipal de sobrevivir el año, Setiembre tiene el carácter consagrado de algo así como un viernes promisorio, en la proporción hebdomadaria con que sufrimos la semana laboral. Setiembre es como un viernes que tiene por delante la gozosa perspectiva de un fin de semana. Dicen que la naturaleza humana lo siente en la sangre, y los hombres suelen gastarse bromas al respecto... ¡bueno, cuando el lumbago les da una licencia para el humor! (Esperame un segundito).

. . . .

Pero, confieso que no tenía la menor intención de hacer una especulación filosófica (por más barata que saliera) sobre la primavera y el hombre. Tuve, nomás, de pronto, esta intrascendente conciencia del tiempo-almanaque, al levantar la vista de unos diarios en los que leí esas sombrías (precisamente sombrías) noticias sobre los desacuerdos internacionales respecto del problema-Berlín y la desdichada reanudación de las experiencias atómicas, en uno y otro lado de la polémica patética sobre el destino de este mundo en que domiciliamos nuestras angustias y nuestras esperanzas. Y sentí, de pronto, sí, en el aire (pudiera ser que también en la sangre) ese asomo de la Primavera, que ya nos chista desde algunos rincones de la ciudad (y también del alma). Y la vieja experiencia de la sangre, se desconcertó ante esa realidad aflictiva de las noticias que juegan con nosotros y especulan con nuestro asombro y nuestro espanto. La vida, sin embargo, en torno de mí, era la misma y más antigua de siempre. Tal vez, cada cual llevara, como yo, recatada, la misma angustia, la misma repentina aflicción. Pero lo cierto (feliz o no) es que esas noticias estaban pasando por encima de nuestras conciencias, en su medida colectiva. O será que, más que civilizados, estamos irremediablemente municipalizados... No sé, Juanjulio, ni siquiera te lo estoy preguntando. ¡Ni me hagas acordar Juanjulio! Hasta el lunes, amigos.

DON VICENTE BASSO MAGLIO

De cuando en doloroso cuando, generalmente cuando más distraídos estamos en la relativa y a veces dichosa normalidad de estos tiempos, nos espera una muerte, a la vuelta de la esquina de nuestro descuido. Leemos en un diario, nos lo dicen en la calle o (como en este terrible caso que esta noche me acongoja) lo escuchamos por la radio, en el retazo de una noticia que había empezado a pronunciarse mientras se calentaba el receptor y aún no nos llegaba el prodigio de esa voz compañera que precisamos en casa, para no estar solos, para no sentirnos perdidos en nosotros mismos, aunque sea con la cargosa recomendación comercial del aviso. Cercano a la hora de ese Opina el Espectador, precisamente, que él ya no escribía, desde hace muy poco, en presentimiento de este otro grande silencio, que nos hacía perder, ya, su presencia, su palabra, su aliento fraterno de cada jornada. Vicente Basso Maglio ha muerto. Para exclamar: "¡Increíble!", aunque se nos quebrara la expresión (y el mismo corazón que la pronunciara) contra el humano ridículo de la pretensión. Increíbles nos parecen (sentimos) estas muertes que vienen apagando nuestro mundo, iluminando en una humilde historia de afectos, este mundo con que abrigamos nuestra pobre cultura del vivir, el pensar y el sufrir los hechos de esta vida. Muertes increíbles, que resistimos resistiendo nuestra propia muerte. Porque estas muertes, son un poco la nuestra, pedazos de nuestra vida que van quedándose, antes de que nuestra misma y definitiva muerte sea, también, cuota de ajenos presentimientos.

. . . .

No sé cuántos años hacía, ya, que Basso Maglio in-

tegraba ese mundo mío, incorporado a esta porfiada vida de afectos en que vivo; de todas maneras, en esta casa, en estos patios y ambulatorios de la diaria tarea, su presencia se hacía fundamental para que todo esto y nosotros mismos funcionáramos. Hay un poeta yo se, uno de los más considerables poetas de su generación, que ha de comentarse, ahora, con la congoja de su pérdida. Yo lo salteo, con reverencia y humildad, para asistirme solo (y nada menos) con el Don Vicente con que le rodeaban los muchachos de esta casa, precisamente los más jóvenes e inquietos, que se convocaban en mitines espontáneos, en algún corredor, para inyectarse, no sólo la cultura, sino la propia y porfiada juventud de Basso. O el "Vicentito" con que yo, obstinándome en su envidiable juventud y vitalidad, solía buscarlo por aquí, cercano al mediodía, para recibir su generosa lección de maestro de Humanidades, que ejercía haciendo tronar su voz nunca desfalleciente, evangélico y dulce a veces, o tronante otras en un anatema o una carcajada. No sé dónde andará, ahora, tornillándose su boina de vasco que nunca consiguió calzarse bien. Pero no lo busquemos lejos, no lo pensemos distante, sino sobreviviendo en aquello de nosotros mismos que era suyo y él supo dejarnos. Que estas contradicciones (que tanto te gustaban, Vicente) tiene este accidente (no más que un accidente) de la muerte. Que nunca sabremos del todo cuánto de nosotros, los que quedamos, se ha ido con él, y cuánto suyo, del que se fue, se queda ahora con nosotros, ayudándonos a porfiar este "¡ncreíble!", con que quisimos vencer la noticia de su muerte. Hasta mañana, amigos.

FRANJA VERDE

A la virtud, no hay como acostumbrarla. Quiero decir que la virtud se adapta a las épocas, y no a costa de su condición virtuosa, porque sigue siendo virtud, lo mismo, con chapa en la frente, que diríamos. El ejemplo más grosero (y delicado y sublime, podríamos decir) es el de la mujer, que, bajo una respetable bandera de libertad, ha venido imponiéndose e imponiendo, ropas y costumbres que a principios de siglo serían, supongo, un delirio sicalíptico. Pero éste no es el tema, pará un poco. A la virtud (yo decía) no hay como acostumbrarla, porque la costumbre lima y pule las aristosidades de algunos conceptos que, en definitiva, no resultan otra cosa que simples prejuicios. El cine nos está acostumbrando a muchas cosas (ustedes bien que lo saben, y se espantan tanto como lo disfrutan)... y en política, ocurre algo parecido, bien es cierto que no en un mismo riguroso sentido. El motivo de especulación avancista (vamos a decir) en el cine, es el sexo; en la política, el escándalo. Lo que pasa con el cine viene preocupando, todavía, aunque cada vez menos; luce, todavía, indignarse un poco, al cabo de cierta audacia de algunos temas que, por otra parte, no pasa de ser una audacia especulativa, comercial, lejos de justificarse al amparo de una libertad de expresión en el arte. Algo análogo ocurre con el escándalo en la política. No estoy queriendo decir que eso (el escándalo en la política) sea una novedad reciente de la historia. Busco señalar que se lo usa con una frecuencia inusitada, que acaba por acostumbrar nuestro espanto, curándonos de él. ¿M'entendés, Juanjulio?

....

Negociado es una palabra de cuño casi exclusivamente político. Viene a ser el "sexo" de la política, en el sentido de la especulación opositora. Cuando gobernaban otros, eran éstos. Cuando gobiernan éstos, son los otros. No importa si no se prueba nada. No importa si no se averigua, siquiera, un ápice de la acusación. Lo que importa es el "género" en sí mismo; el estilo, la temática, que pretende llamar la atención, convocar el escándalo. Pero, repito, nos hemos venido acostumbrando y la costumbre ha lijado las aristas de la cosa. Los políticos no se sienten, puede ser, ya, rozados, siquiera, por una campaña que se ha hecho sistemática. Y a nosotros, no nos afecta ya el concepto (si es que tenemos alguno) de los aludidos. El negociado, que vendría a exigir la "franja verde" de la política, se ha vuelto corriente y vulgar. Perdón, no digo el negociado propiamente dicho, digo la acusación. La virtud, como antes, se ha venido acostumbrando, de a poco. A veces, como cuando vamos al cine y nos regodeamos un par de horas con la audacia comercial de un director, podemos, puede ser, mostrar cierta perplejidad, asombro o indignación ante un comentario que acusa a algunos de negociado. Después, casi de inmediato, nos desentendemos. Estamos "lustrosos", ya, de tales acusaciones. Y, en último caso, hasta admitimos que algo de aquello sea cierto, pero... Son los tiempos estos, decimos. Y nos vamos a dormir, seguros de que, por lo menos, un honrado queda en este mundo: el que se viene durmiendo con nosotros, con la costumbre... Hasta el lunes, amigos.

PEÑAROL CAMPEON DEL MUNDO

Se impone (supongo yo) que uno esté contento, se sienta feliz, agradezca a Dios (si lo tiene a mano en la fe), o al gobierno, si adecúa estas cosas al marco cívico que las encuadra... Se impone, repito, que un tipo con normal registro ciudadano, bien de presión sanguínea y de regular pulsación, debe sentirse (supongo yo) orgulloso. ¡Peñarol es Campeón del Mundo! No soy yo, quien ose saltearme el acontecimiento, en estas charlas obligadas a atender, prolijamente, cuanto aparece y se detiene, con pose histórica, en la pantalla de la actualidad. Y, por más que yo me distrajera, por más que el trascendentismo y el solemnismo de tantos se resienta y avergüence, y el esteticismo histórico de muchos (la historia es, también, un fenómeno estético, además de ético, Juanjulio) y el esteticismo histórico, digo, de muchos, lo ignore olímpicamente, hay una evidencia social agresiva, a la que los periodistas no podemos estar ajenos. Si vos estás, Juanjulio, entre los 900.320 pesos que anoche fueron al estadio, ni falta hace que te lo señale. En todo caso, para vos cumplo con el ejercicio redundante que la circunstancia impone: hay que hablar de Peñarol, y mostrarse feliz y contento con su triunfo, o se hablará de internarme, un día de estos... Yo (recuerdo) me había metido en un cine, a ver un Bergman tremendo, del que salí tarumba y apocalíptico... para encontrarme con una avenida hirviente de un entusiasmo, una euforia que (para qué te lo voy a disimular) no conseguía hacer mía, por más esfuerzo mental y cardíaco que hiciera! (Esperate que ya vuelvo y seguimos con Peñarol...).

. . . .

Lo que importa, digo yo, es atender, verificar y reflexionar sobre esa realidad que uno encuentra en la calle, de pronto, de regreso (puede ser) de muchas preocupaciones también históricas (haceme sitio, Peñarol, plis) y, en mi caso de anoche, imprudentemente agravado con las especulaciones de Ingman Bergman. El pueblo en la calle, volcado no importa en qué índole de entusiasmo, es algo que siempre gusta y se pondera y se disfruta (como no sea uno un hepático, ya, de lazareto). Los tamboriles me gustan, sin esfuerzo intelectual, por si mismos y en su propia humildad. No obstante, yo notaba una reticencia, una terquedad en mi alma, que no me dejaba "colectivizarme"; y eso que me considero (me recuerdo, como tal, digo) como un peñarolense de otros tiempos. Bien es cierto que hace, ya, muchos años que no voy al estadio... tal vez desde que el fenómeno social que él importa, sacó fuera y mostró, sin pudores, sus leyes económicas y el sujeto que lo integra y lo protagoniza es una ficha cotizable, que juega, sin mucho compromiso de su alma y los colores de un cuadro, apenas si se adscriben a los de la bandera domiciliaria. No se, ni vale demasiado la pena averiguarlo mucho ahora, hoy, precisamente, cuando se impone, repito, estar en la pomada emocional que nos embarga. Peñarol destina 15.000 pesos de premio a cada jugador de anoche (165.000 pesos, Juanjulio, nada más que de premio extra, por la sin igual conquista)... ¿Qué importa, entonces este involuntario macheteo de mi reticente emoción? ... Por algo te decía recién, Juanjulio, si vos habrías estado entre los 900.320 pesos que anoche concurrieron al estadio y no entre las 70.000 presuntas personas, unidades humanas que gastaron los fundillos en el cemento. La cuenta, ahora, es, en fiducias, caro Juanjulio. Por eso, no se, me esfuerzo y no consigo entusiasmarme. Serán cosas del vagosimpático, yo qué se. Hasta mañana, amigos.

EL TUNEL DE 8 DE OCTUBRE

Personalmente, no lo había inaugurado, todavía. No tengo el tiempo, ni el ánimo suficientes, de esas gentes que no bien Fígoli fue con una tijerita y unos cuantos correligionarios, dijo un discurso, cortó la cintita y lo dio por inaugurado, se volcaron dentro con jubilosa novelería; y que luego, cuando ya estuvo librado al uso de vehículos livianos, tomaron (ya te habrás dado cuenta, Juanjulio, que estoy hablando del túnel de 8 de Octubre) tomaron el túnel, sus alrededores flamantes, como predio propicio al picnic dominguero. Ni cuando, reintegrado Fernández Crespo al Consejo y a su Presidencia y quiso desquitarse del presunto avivamiento figoliano, y reiteró la ceremonia municipal de inauguración, con su propio y titular prestigio. (Porque el túnel, ustedes deben saberlo, fue inaugurado dos veces, aunque se lo explique con ingenio salomónico, diciendo (supongamos) que Fígoli lo inauguró de acá para allá y Fernández Crespo lo inauguró de allá para acá, con lo que el túnel tuvo sobradas razones para sentirse inaugurado. Ni entonces, lo visité, ni después, y no por alergia municipal ni mucho menos. Como que cada vez que tomaba algún taxi por allá arriba, para venir al centro, o viceversa, me arrellenaba gozoso en el asiento pensando (reconozco que casi con infantil ansiedad): "Ahora vamos a pasar por el túnel". Pero nunca!... Los taxistas daban las viejas vueltas de emergencia, cuando la construcción, y nunca me dieron ese gusto. El túnel, pues, sin que yo lo conociera, estaba, ya, dos veces inaugurado, pero le faltaban algo tan básico como el bautismo. El bautismo de una lluvia copiosa, que es la prueba de los túneles, supongo. (Esperate un poco...).

....

Llovió. Viene lloviendo, con antojo cargante, desde hace una punta de días; desde, digamos, un par de semanas (servime un chocolate por la noticia, Juanjulio, si te parece). Y el túnel, tal vez para no contradecir nuestra historia municipal, tan llena de pintorescos motivos, se inundó. La semana pasada, algunos autos que se aventuraron a recorrerlo (sin sospechar, claro está, que aquello pudiera significar una aventura) se quedaron, trancados en aquella garganta de cemento, con el motor ahogado. Dicen que todavía sigue inundado y ya no preocupa saber qué hace el Municipio para que el túnel deje de hacer gárgaras obstruyentes, con el agua, que se metió en la boca, y vuelva a oficiar en el tránsito. Los "anti-túnel", secta de opinión que se fundó con motivo de aquellas conversaciones que hubo para estudiar la posibilidad de una red de subterráneo, afirman, jactanciosos, su opinión contraria al "subte", en este accidental fracaso del tunelcito de 8 de Octubre. Si eso ocurre con un subte de modestos 500 metros, ¿qué ocurriría, señor mío, con uno de 9 kilómetros? Y desarrollan teorías presuntuosas, con apuradas nociones elementales de ingeniería. No piensan (se me ocurre) que las razones del fracaso son tan modestas como el propio túnel ahogado en un vaso de agua. Que las razones de la inundación del túnel obedecen a las mismas causas por las que se inundan las sufridas zonas bajas de la ciudad, barrios abonados al escarnio de las lluvias. Sencillamente porque las basuras de la ciudad poco o nunca barridas, tupen las alcantarillas, desagües y yo qué sé, por donde debieran correr las aguas. Nadita más que eso, Juanjulio, ¡fijate vos qué tremendo problema de ingeniería!... Hasta mañana, amigos.

EL "CANDAMO" GUBERNAMENTAL

No es fácil saber cómo le va a uno, en esta "laika" vida, y bastante más difícil es saber cómo le va al país, continente de nuestras dudosas suertes. A uno, claro, le preguntan por ahí "qué tal", y uno contesta "bien" o mejor, "candamo", que es un neologismo que mixtura nuestra forzosa vaguedad informativa, con nuestra nativa pereza de pronunciación. Por otra parte, cuando a uno le dicen "qué tal", no le están preguntando nada. El que quiera saber cómo me va, tendrá que aguantarme un rato la regadera de las penas sentimentales, hepáticas y económicas... (Bueno, no es que las tenga, sino un decir del común destino humano). Pero lo más corriente es que uno no sepa nunca, realmente, cómo le va; y algo tan corriente, también, (ya) es que a nadie le interesa, realmente, cómo les va a los demás. Fíjense ustedes, atiendan, al fenómeno que ocurre cuando dos amigos o conocidos se cruzan en la calle; se miran, se sonríen, uno dice "Qué tal" y el otro contesta "qué tal", y los dos siguen su respectivo rumbo, cumplidos de amistad y cortesía, pero tan desinteresado del otro, así uno de ellos o los dos, lleven un entripado sacándole virutas a sus respectivas almas. ¿Y el país, la república digo, qué tal? Ella no suele hablar por sí misma (o no puede, a pesar de su prestigiosa naturaleza representativa, que le dicen) y quienes, en todo caso, contestan por ella tienen, también, un "candamo", más airoso, puede ser, que el individual, pero que nos deja, en definitiva, sin saber cómo, realmente, le va a la pobre. (Esperame un segundito, nomás...).

....

No es fácil, no qué esperanza, saber cómo le va al

país. Ni los diarios situacionistas consiguen el gesto airoso del "tout va très bien" y, más bien, se dedican, editorialmente, a temas trascendidos al hemisferio, la Libertad, la Democracia, las sagradas instituciones, el Humanismo (condicionado al statu-quo social claro está) y otras exquisiteces del alma humana. "Qué tal", "qué tal", "qué tal"... Bueno, pero, en realidad ¿cómo nos va como país?... La carne, parece que no se exporta; los frigoríficos no van a Tablada, ni siquiera para no olvidar el camino... Al Frigorífico Nacional lo están hundiendo (yo te ayudo, como decía aquel mientras le sumía la cabeza en el agua al otro) y dicen que debe 100 millones a los ganaderos y no puede pagarlos... Crecen los desocupados de la Construcción, la Industria Textil y otras fuentes de trabajo... El Banco de la República (le estoy robando la memoria a un diario de la oposición, confieso) se dispone a lanzar mil millones más, por vía del redescuento (seguir inflando, como quien dice)... La Rendición de Cuentas importa un nuevo presupuesto, a pocos meses de sancionado el otro... La comercialización de la lana se sentó, a esperar que (como lo prometiera Nardone) les rebajen las detracciones... Y la vida sigue encareciéndose que es un gusto (o un asco, valga el temperamento de cada cual que lo diga) porque estos vientos primaverales remontan mejor los precios que las cometas... En fin, no obstante ese apurado tenebroso cuadro clínico, la república por sus voceros responde a un más o menos curioso "qué tal": "Y... candamo"... con que los gobernantes, gozosos de su propia égida, parecen contestar a la atención compatriota. El amigo que nos dice "candamo", puede ser que lo haga por ahorrarnos una preocupación de sus penas. Pero un gobierno que nos sale con este "candamo", me parece que se está pasando de cortés o de piadoso. ¿No te parece, Juanjulio?... Hasta mañana, amigos.

Cierto es que a todos nos gusta viajar... Y, mala suerte para aquellos que solo pueden hacerlo en ómnibus, o en ascensor. A nuestros gobernantes, desde luego, que integran los cuadros de esa humana debilidad, también les gusta viajar, cosa que han sabido demostrar en estos últimos tiempos; como que para viajar hace falta, según lo consagra la experiencia: o tener dinero, mucho dinero, o hacerse becario de cualquier cosa, o ser gobernante. El que tiene dinero disponible, no interesa al caso; allá él con su potra fiduciaria. El ejercicio del becario y del gobernante (mismo del gobernante, sí) es más meritorio, porque exige, al menos, ingenio. Los becarios rondan las embajadas (uno supone) y circunvalan la dorada atribución del Consejero Cultural, o algo así. Y un buen día tenemos noticias de ellos, en un artículo que enviaron desde la India, Azerbaiján, o Minessotta. (A lo mejor, no es más que una postal que llegó al Tupí, "para toda la barra", pero no vamos a hacer cuestión de tiraje en la trascendencia de una inocente aventura). El gobernante... bueno, el gobernante también tiene que hacerse una croquiñol cerebral (o devanarse los sesos, si te gustan más las fórmulas clásicas) aunque en su medio las posibilidades estén, desde luego, más a tiro. Son esos viajes oficiales, tan frecuentes, de los que tenemos noticia sin que se nos ocurra pensar (tan inocentes somos) que los pagamos nosotros. Precisamente aquellos que no viajan porque no tienen medios. (Esperame un segundito, que ya vuelvo y te la sigo).

....

Los gobernantes colorados también viajaban, es verdad, aunque hay que reconocer que en esa materia, los

gobernantes blancos son infinitamente más imaginativos. De ello da cuenta una noticia que dio "El País" de estos días sobre que, en uno de sus próximos acuerdos, la mayoría del Consejo Nacional de Gobierno va a considerar el envío de una misión especial a Roma, con motivo del cumpleaños (los 80) del Papa Juan XXIII. A cualquier mojigato de la economía se le ha de estar ocurriendo que podría alcanzar, como atención al santo padre (bueno, si hay relación, hay que cumplir, qué se le va a hacer)... que podría alcanzar, decía, con una carta que hasta hay tiempo de mandarla por correo ordinario... o un saludo expresivo de nuestro jefe de misión ante el Vaticano... o, mismo, una "carretita" de Belloni (que a esta altura del tiraje deben estar saliendo baratitas)... cualquier delicadeza que, en suma, nos cueste menos que el viaje de una misión compatriota y atienda, igualmente, el prestigio de nuestra cortesía. Pero esos son pruritos mezquinos, que no encuadran con la grandeza del acontecimiento y, particularmente, de la circunstancia en que tiene lugar. Nuestros gobernantes están por entrar en el último año de su discutida gestión, año que es el mismo de una campaña electoral en la que van a precisar, sin duda, la divina gauchada de Dios. Eso, sin perjuicio de las consabidas indulgencias que pueden ir a buscarse de mano propia, al cabo de una gestión tan "pecatta mundi" como es la de un gobierno. Aunque las indulgencias que para eso precisan no son las de allá arriba, sino las de acá abajo. Que en esa materia, Dios suele delegar atribuciones no a sus ministros, sino al pueblo con credencial, para que haga, democráticamente, su santísima voluntad. ¡Y cuidado cuando se arma la de "Dios es Pueblo", Juanjulio! Hasta el lunes, amigos.

HAEDO LO DEJO PLANTADO

Tengo que explicarme. No se bien, ni en qué medida, ni a santo de qué culpa; tengo la impresión de que lo hago como un ademán instintivo, que galopa por sobre todas las posibles reflexiones y el más nimio oficio de la conciencia, pero tengo que explicarme. Porque ocurre, amigos míos, que salí en "El Debate"; y no en "Policiales", donde los solos hechos hubieran dado, por sí mismos, la definición de mi conducta (nadie está libre de un accidente o mismo un desacato o de la pasiva desdicha de una punga) sino, ya más consagrada pero comprometidamente, ¡en la página editorial!... Sí, mis amigos, resulta que salí (me sacaron) en esa suerte de extracto que registra, con minuciosa indiscreción la cola oficial de corteses y/o postulantes, que visitan al Presidente y que ayudan a componer el día biográfico del primer consejero de la Nación, que Haedo (fue idea suya y él, el único que la cumple) publica, con ejemplar orgullo de funcionario cumplidor. Me sacaron, pues, en la lista y, lo peor, Juanjulio, es que no puedo desmentirlo por la sencilla y contundente razón de que es verdad, nomás; fui a ver a Haedo, sí, a la Casa de Gobierno. Lo que vos nunca hubieras creído ¿verdad, Juanjulio?... Como que es, también, lo que yo nunca hubiera creído. El caso es que ahí estoy, entre algún senador, unos cuantos diputados, subsecretarios, puede que un reverendo y la sufriente cáfila de destinos anónimos, que van por esto o aquello y animan lo que llamaríamos (sin ninguna intención irónica) la "importancia" política del poder. ¿Me entendés, ahora, Juanjulio, por qué siento el imperio de explicarme?... (Esperame un ratito, que ya vuelvo y te cuento).

. . . .

Bueno, pues, la cosa es que una caricatura de Haedo con que fue ilustrado un reportaje que le hiciera una revista de Buenos Aires, era mía y al hombre le gustó y me lo hizo saber; quería tenerla en su pinacoteca (su propia iconografía caricaturesca de "La Azotea") junto a otra caricatura del cubano amigo Juan David, a lo que accedí, por supuesto, realizándola más grande y en colores, para que ganara los honores del encuadre y la pared, tan honrosamente compartida. Cuando se trató de hacer la (digamos) ceremonia de la entrega, le hice saber que yo, por explicables razones de principios, no entraba en la Casa de Gobierno; y Haedo, tan inteligente como ducho, tan ambas cosas como humano, lo comprendió y me citó una noche en el Tupí, a donde la tiranía del trabajo no lo dejó llegar hasta una hora después de la cita, cuando yo, aplicado que me hube los más precisos rigores de la cortesía, ya me había marchado. El desencuentro y el discutible lujo de mi impaciencia aflojaron mis pruritos y, entonces, me resolví a llevárselo, al otro día (que no ni no) a su despacho de la Casa de Gobierno, donde, debo reconocerlo, bebí un café discutible y conversé un rato con un caballero. Muy, eso sí, muy "au dessus de la melée", la misma fórmula galicista con que le dediqué la caricatura, lo que, desde luego, no alteraba el ánimo amistoso con que se la obsequiaba. Eso es todo ¿ves vos, Juanjulio, qué inocente?...

Sin embargo, ¿alcanzás a comprender el pudor con que vine a explicarme de este accidente de mi vida política, vos, que estoy seguro (te estoy oyendo, mirá) habrás dicho al leer "El Debate" (si por ahí te da): ¿Y este loco, qué anda haciendo, en la Casa de Gobierno?... ¡Pues eso, nada más que eso, te juro, Juanjulio, por esta luz y por todos los vatios de Rincón del Bonete!... Hasta el lunes, amigos.

EL VERANILLO, EL TIPO Y LA BOMBA

¡Qué hermoso veranito!... El tipo anda feliz y contento, porque pudo dejar un día el sobretodo, y otro día, sintiéndose más audaz, dejó la camiseta; al chaleco ni lo saludó cuando retiró el saco de la percha... y otro día de audacia increíble, pero tan gozosa, descolgó una corbata de moñita (como las que usa Haedo con admirable constancia) y se largó a la calle silbando, sin consultar (¡al fin una vez!) a la radio, donde un jabón le dice la temperatura ambiente. Así da gusto, decía la gozosa imagen del tipo, que, transitando ya por la avenida, pudo ver que el paisaje estaba siendo otro, con mujeres ligeramente envasadas en seditas livianas y hasta (le pareció al tipo) vichonas como ellas solas!... No quería pensar en nada, que era el pensamiento más feliz de cuantos pudieran empezar a poblarle la cabeza. Aspiró un olor raro y un humo espeso empezó a colársele en la nariz, mientras vichaba (traiciones de la costumbre) un titular de diario hecho con el más dramático énfasis de un "cuerpo catástrofe". No, muchacho, no... No es radioactividad, sino, apenas, ese omnibusero inconsciente que te estornudó el escape en la cara. El no sabe nada de megatones, por supuesto y hasta elude esa lectura de divulgación que los diarios ofrecen para que cada cual de nosotros tenga algo que decir en el café, cuando el tema viene y se sienta, pesado y estúpido, como otro más de la rueda, a que lo acaricien. Nada de nada. O soy un sabio (dice el tipo) que lo sabe todo, o, con idéntica grandeza, soy un burro que no sabe nada!... (Dejalo al tipo allí, un poco, que ya vuelvo y te lo sigo).

. . . .

Claro que consiguen desarmarlo un poco, al tipo. Ya a una altura de su tournée callejera se le había ladeado la corbata de moñita y sintió que el alma se le desacomodaba debajo de la camisa cuando vio que una mami excitada le daba un bife a la nena que se había querido parar en una vidriera. Las más importantes personalidades formulan declaraciones. Para la oreja; o el ojo, según sea la situación que lo conmueve. Si, sin duda es tremendo, todo esto que está ocurriendo. "Que está ocurriendo", dijo, y pensó en un tiempo que ya era historia en su recuerdo. "La bomba atómica tiene un pecado original, que es el de haber sido inventada", leyó por gracia de un profesor que lo dijo. Eso le gustó, puesto que es todo lo que pudo suscribir de cuanto leyó después. Recordó otro pecado original, con exóticos nombres japoneses: Hiroshima. . . Nagasaki. . . Hizo un gesto de asco y con él, recorrió todas las pruebas atómicas con que el hombre ha venido julepeándose a sí mismo, desde que entró en este juego de terrorismo político. Y entonces empezó a dolerle, antes de los plazos en que la presunta radioactividad empiece a picarnos, el hecho de que este drama de la angustia esté siendo motivo de especulación política, y la propia indignación de "las más importantes personalidades" sea una contribución oficiosa a la guerra fría que nos viene desacomodando la humilde felicidad del veranito, la corbatita de moña y el simple deseo de vivir y ser útil a alguien. . . El tipo no sabe de energía nuclear, ni de megatones. . . No hizo el cursillo "Reader Digest", ni de ningún suplemento local con avisos de liquidaciones por fin de estación. No sabe nada, ni siquiera si, realmente, debe sentirse afligido o no. Siguen, sin embargo, afligiéndole, más que la bomba, los hombres; particularmente los que han alcanzado más megatones de importancia social y política. Te garanto que yo lo comprendo al tipo, Juanjulio. Hasta mañana, amigos.

CESAR BATLLE Y LOS DESFILES

Don César Batlle Pacheco llegó tarde a una sesión del Consejo Nacional (la inmediatamente posterior al desfile de los otros días, de homenaje al histórico éxodo) pero quiso (al cabo de sentarse él, por supuesto) dejar sentada una constancia. Lo bien que se había portado el pueblo, durante el desfile militar: "Creo —dijo— que nuestro pueblo dio ayer una demostración de cultura, de respeto; no oí nada que constituyera una molestia para nadie". (Evidentemente, pienso yo ahora, o no hubo discursos o Don César los olvida cortesmente). En realidad, yo no alcancé a entender del todo el verdadero significado del elogioso asombro del consejero Batlle Pacheco. Una entusiasta perplejidad porque nadie molestó a nadie... Bueno, sí, bendito sea dios (perdón, Don César, se me escapó; pero se me escapó con minúscula, conste). No alcanzo a entender del todo la sustancia del asunto, porque, escuchen ustedes, el hombre, por ahí dice: "Creo que esto debemos apreciarlo como es debido, tanto más que quizás en el mundo entero, por lo menos en aquellos países que no tienen la frialdad del norte europeo, puedan salir gobernantes como han salido de estos pueblos" (Fijate vos, Juanjulio, nos quieren echar la culpa). Y sigue Batlle Pacheco: "Supongo que los que estaban cerca mío, pienso que debía haber de todas las ideas, sin embargo vi con gusto que se respetaran todos los gobernantes que estaban allí. Creo que es un acto excepcional. No creo que en estos momentos se pueda producir en ninguna parte". ¿Qué me contás, Juanjulio?... ¡Qué bien estuviste vos, que conseguiste convencerlo al Chocho, acordate, que quería quemar el palco, con todo el gobierno arriba!... (Esperate un po-

co que voy a respirar un poco de satisfacción patriótica, y ya vuelvo y te la sigo).

....

Hay que ver (para medir mejor el mérito de este comportamiento popular que asombra gustosamente a Don César) hay que ver que nosotros no tenemos "la frialdad del norte europeo"; todo lo contrario, somos guarangamente calentones, por razones de clima y su inevitable consecuencia temperamental. A los gobernantes les gritamos algunas cosas o les chiflamos en el cine, cuando aparecen en la pantalla, pero no sobre un palco oficial, cuando, por otra parte, la opinión así expresada se perdería entre la banda de música del batallón y los gritos de los que venden garrapiñadas (pregón apolítico) y los nenes que lloran porque perdieron a la mamá. No obstante esta sorprendida revelación de Batlle Pacheco, su más o menos correligionario Arroyo Torres se sintió obligado a quebrar una lanza por los limpios antecedentes de nuestro pueblo. Dijo Arroyo que ha asistido como gobernante a actos de esa naturaleza, durante muchos años, y nunca se trató mal a ninguna autoridad. "Se trata de un hecho natural", dijo: "Nuestra ciudadanía se ha comportado siempre muy bien". Ganas, nomás del quincista Don Ledo, de rebajarle el asombro a Don César. Pero éste, que tiene una memoria de vendedor a plazos, se acordó de aquella manifestación por 18 de Julio (no sé cual, Juanjulio) en la que se ofendió a una señora (no sé cuála, Juanjulio). "Aquello era explicable (rubricó Don César) mucha gente inculta... es a lo que me referí". Y agregó: "Creo que le conviene al Consejo que el pueblo sienta el aplauso por su conducta cuando se conduce bien". Y... ¡bueno! ¡Gracias, consejero!... ¡Muy honrado! Poné la medalla por ahí Juanjulio, sacá la de grapa que está empezada y vamos a leer un poco de Edmundo de Amicis... Hasta el lunes, amigos.

LA MANO DE LOS BLANCOS PARA GOBERNAR

Un amigo mío, periodista, me dijo, en medio de un suspiro de fastidio profesional: "¡Ahora cuando resuelvan y se acabe esto de la Rendición de Cuentas, vamos a dar una fiestita, en casa!". No sabía yo, a pesar de estar en la profesión, que los periodistas pudiéramos ir algo en este asunto, desde el punto de vista de nuestra suerte gremial. Pero mi amigo me sacó del equívoco ipsofacísimamente, reprochándome, de paso, vivir tan distraído de los problemas gremiales: "Lo que pasa, cabeza de escala móvil, es que yo ando enterrado en la información esta de la Rendición, que ya nos tiene rendidos a todos menos a las Cuentas!". Me hice cargo, de pronto, de la sufriente realidad de mi amigo reportero: venía de la Casa de Gobierno, iba al Palacio Legislativo, de paso pudiera ser que, con suerte, lo pescara a no sé cuál senador que tiene costumbre de bajar a comerse un frankfurter en un café de por ahí por Agraciada. "¡Ya estoy "pourri", hermano! ¡Lo que se dice "pourri!" (el tipo lo dice en francés, de delicado que es, nomás, y porque hizo un curso forzado en la Alianza, siguiendo a la rubia con la que, al fin, se casó y que es, precisamente, la que le aumenta el drama de este trabajo informativo). "Fijate vos (me dice) que sueño de noche, parece, en volta alta...". Bueno, tu mujer será comprensiva, supongo... "¡Pero no, ñato! ¡Está celosa porque dice que nombro a una tal Nelly!... (Pongo cara de hipócrita perplejidad, lo reconozco). ¡Lo que pasa, cabeza de ente autónomo, es que sueño con Botinelli!... Parece que el Boti se me queda entre la goma del sueño y me sale sólo el Nelly ése, que exalta los recelos de

mi mujer". (Nunca había pensado en la posibilidad de semejante drama constitucional, palabra).

Es un drama, sin duda, a pesar de que el gobierno lo sobrelleva con canchera dignidad. A propósito de eso que acabo de decir (lo de "canchera dignidad", digo) resulta curioso observar cóomo los blancos están gobernando como si lo hubieran hecho toda la vida (o toda la historia, mejor dicho). Entiéndase bien, por favor: me refiero al estilo gubernativo, vamos a decir; no a que lo hagan bien o mal. Las protestas de virtuosa modestia de los blancos, cuando asumieron el poder y empezaron a tropezar con los muebles (por así decirlo) fueron las de su falta de mano en el oficio de gobernar (93 años no son tres días, Juanjulio); pedían perdones a la ciudadanía por alguna chambonada liviana que se les escapara (no las pidieron, por supuesto, por las más pesadas y fundamentales que crearon las actuales condiciones económicas en que nos desenvolvemos). No obstante eso, en todo lo demás ha de apreciarse que los blancos se manejan con una soltura de vicios (vamos a decir) ¡realmente prodigiosa!... Discuten en función de los problemas, postergan las soluciones en función de la discusión, todo cual si, realmente, dominaran el tiempo y la función. Mañosos para gobernar, como si no hubieran hecho otra cosa en su vida. Lo que nos obliga a terminar pensando que lo que pasa, en realidad, es que en este país no se gobierna sino que se hace política (dejame servido un chocolate, por la noticia). Y en esa materia, en lo de hacer política, los blancos llevan el curso "materia a materia" con los colorados. Los presupuestos, las leyes, las rendiciones, todo puesto al filo de los plazos, a reloj constitucional... Bueno, eso ya es nativismo, como dice un anarco amigo mío. Hasta mañana, amigos.

LA LLEGADA DE FELIPE

Guardamos en el fondo de nuestro republicanismo una cierta inexplicable (en nosotros) nostalgia monárquica. No es peligrosa ni subversiva, desde luego; por el contrario, es un juego inocente en el que entran sobre todo las señoras soñadoras y las chicas de edad "rosa", con toda el alma. Tal vez, también, otros tipos de adultos y, en el fondo, todo este mundo inocente que componemos todos tan republicana como tributariamente. Un príncipe es un príncipe, aunque lo sea de una democracia (solo un inglés entero, cabal, te podría explicar esto, Juanjulio, y al cabo de escucharlo ni vos ni yo entenderíamos un pickles, pero no importa; no nos importa un pepino a nosotros, ni un pickles al inglés, yo sé). Lo cierto es que hay, todavía, democracias que siguen con la casa real puesta, con todos sus muebles y sus altezas, y la democracia inglesa, ejemplar en tantos y tan probados aspectos, nos envía, ahora, a un Su Alteza Real para amenizarnos el Otoño, no se va a quedar tanto, pero es un decir). Un príncipe, decía, es un príncipe, sobre todo cuando, además es Duque de Edimburgo, lo que ya es decir (el título es ganancial) que es el señor esposo de la Reina de Inglaterra. Es, pues, lo que se dice, un hombre "consorte", cualquiera sea la acepción (aun la "calemburesca") que quiera dársele. Y, desde el punto de vista representativo eso creo, (no quiero herir ninguna susceptibilidad internacional) lo más importante que nos ha llegado en plaza, desde la visita de Ike Eisenhower. (Just a moment, please, I return enseguidita).

. . . .

La Casa de Gobierno hace unos días, por interme-

dio de su dependencia de Prensa, informó de todo lo relacionado con este acontecimiento, sirviendo, desde una extensa hoja biográfica del príncipe, hasta los detalles del plan de agasajos programado por el protocolo. En efecto, es muy poco lo que uno sabe sobre la personalidad de Felipe (no es culpa suya, sin duda, sino de nuestra perezosa incultura) y apenas si, como rasgo de nuestra simpatía, recordamos la ternura solidaria con que seguimos sus primeros pasos de consorte real cuando los noticiarios nos lo mostraban (exigencias de los rigores monárquicos) caminando unos pasos detrás de su esposa (su también Majestad) como lo haría cualquier marido conciudadano nuestro, en la calle pero sólo circunstancialmente, para ver si se le ve el viso a la patrona. Eso y alguna otra generalidad biográfica como la de ser rubio, alto y (opinión de una sobrina mía) buen mozo. Por los diarios de estos días pueden ustedes pues, ampliar estos precarios conocimientos sobre el ilustre visitante que estará desde el 12 de marzo al 15, fatigando (claro que complacidamente) el poco ánimo protocolar de Don Faustino Harrison. Claro que se ayudará de colaboradores y medios suplentes, como que (según pudo leerse en "El Debate" de hace unos días) "ya antes de ocupar la Presidencia pidió, por intermedio del "inefable" (será Nardone supongo) 80 mil pesos para agasajar al príncipe consorte; a cuarenta mil pesos por día". ¡80 mil pesos, Juanjulio, para una visita tan fugaz!... ¡Pensar que tu señora se hace una tragedia económica cuando tiene gente a tomar el té!... Pero, claro, estas no son cosas de andar diciendo, ya con la visita tan cerca y con una respetable y susceptible colonia británica que tiene un concepto tan distante del nuestro, en esta curiosa materia institucional. Vamos a ser discretos, pues, y a tratar de que Felipe lo pase lo mejor posible. Hasta el lunes, amigos.

Hay muchas formas cariñosas de llamarle al perro. En realidad, el hombre gusta entenderse lo más que puede con sus animales domésticos, de todos los cuales, con el que menos se entiende (digámoslo de paso y ligerito, para que no se note mucho) es la propia patrona. Los nombres preferidos para el perro andan desde la grandilocuencia de Sultán hasta el clásico diminutivo inglés de Bobby o algo por el estilo. En el fondo de esta tendencia nominativa y cariñosa, a lo que el hombre tiende es a humanizar a sus animales, de ahí que la corriente nominativa más reciente sea la de poner al perro (siempre el perro por ejemplo más doméstico, aunque cabe al gato, al canario y hasta a la vaca) nombres de personas. Y no tengo noticia de que algún perro se haya ofendido porque en lugar de Bobby lo llamen Antonio, por ejemplo. Todo esto que vengo diciendo, amigos, tiene una sutil relación (confieso que nada más que sutil) con cierto fenómeno que se viene dando peligrosamente en la política y con respecto, ya no del perro de cada quien, sino de la ciudadanía de cada cual. Digo las masas de adeptos al grupo, que se supone que los dirigentes tratan de mimar, adular (con la más patriótica intención, claro está) para ganar su voluntad y que el político viene aludiendo con un criterio bastante encontrado con el que usamos para los animales. (Esperate un segundo, plis, que ya te aclaro el asunto).

....

Todo esto vendría a cuento, caro Juanjulio, no más que porque se ha dado, estos días, la reiteración de una forma de tratamiento al adepto, al votante, a la

ciudadanía, que contradice aquella otra posición del hombre de humanizar el perro llamándolo Federico, por ejemplo; porque la forma más cariñosa (debo reconocer que la intención, en el fondo, es cariñosa y agasajante) la forma más regalona que algún o algunos políticos han encontrado para el tratamiento de "su gente", es el de deshumanizarlos, atribuyéndole categoría de tropa. Las fórmulas son bien conocidas; el "rodeo" con que se apoya a Don Martín Echegoyen no es, precisamente, la más típica: "Rodear a Echegoyen" no tuvo, es verdad, la intención original de metaforizar el movimiento en lo que esa corriente animalista transformó luego en verdaderos "rodeos", pero hoy, los "rodeos" políticos son la orden del día en amplios sectores partidarios. Por otra parte, ahora que se da comienzo a la campaña por la Reforma, se ha de ver y escuchar, con gozosa frecuencia, que tales o cuales correligionarios del ruralismo ya recogieron sus cuadernetas y han vuelto a sus respectivos pagos **"a tropear firmas"**, al noble grito de "al trabajo y adelante". Una ciudadanía transformada en tropa (aunque sólo sea una metáfora política) parecería cosa de doler o agraviar al ciudadano, por menos necio que éste sea. Aunque ecuánimemente pensadas las cosas, si el perro no se ofendió porque le llamaran "Antonio", por qué ha de agraviarse uno por el hecho de que, indirectamente, le llamen, por ejemplo "colorao-viejo-buey". ¿No te parece, Juanjulio? Hasta mañana, amigos.

FRONDIZI TIENE VISITAS

No es que uno resista algunas visitas, a veces, pero ocurre, sin duda, que las hay involuntariamente cargosas o inoportunas. Claro que ya se había resuelto celebrar, en Buenos Aires, la terminación de los estudios para la obra, sin duda colosal, del Salto Grande, pero eso (pudo pensar Don Arturo Frondizi) se arreglaba fácilmente con hacer atender a un ministro, sin mayores protocolos presidenciales, por algún ministro de la casa y chau pinela (Frondizi no dice "chau Pinela" porque suena a academia peronista y a lo mejor, algún Pinela propiamente dicho, es candidato). La cosa, pues, con un ministro de visita (sin desmedro de la importancia de Martínez Montero) no era problema y uno (él) (Frondizi, podía atender la propia taquicardia eleccionaria sin jorobonas distracciones. Pero nosotros, los orientales del Uruguay, no somos tan cuidadosos como lo sospechaba el desgano ceremonial de Don Arturo. Y mandamos, además, pero antes del ministro, a dos gobernantes. No se, precisamente, que los hayamos mandado, pero lo cierto es que fueron. Nuestro enviado, el estricto y correspondiente (vale decir, el Ministro de Relaciones Exteriores) viajó hoy, en avión, pero antes y en aviones separados (en sendos aviones, digamos, habían marchado Nardone, el sábado y Haedo, ayer, todos ellos (si referimos a las personas) todo eso (si referimos a la importancia imponderable de la misión) para suscribir el trascendente acto. (¡Tan luego en esas fechas, como pensaría Frondizi, que andaba, justificadamente, con el Jesús en la boca, como un chiclet sagrado, en las atribulantes instancias de las elecciones!)

. . . .

Y así ocurrió, amigos... (y alguna señora de su casa que me esté escuchando, captará la violencia locataria con Don Arturo, si recuerda esas veces en que a ellas, con la casa revuelta, en limpieza, y revueltas ellas mismas, de bata y bigudíes en la cabeza les tocan el timbre ¡y hete allí una visita!). Uno supone a Don Arturo enfrascado en el trajín electoral, preguntando al secretario: ¿Quién?... ¿Ministro?... Hacelo pasar y que lo atienda Fulano... Pero no, el secretario le dice que ministro no, ¡gobernante!... Es Nardone, muy jarifo (Frondizi suelta una regadera anímica, sin prejuicios de peronismo, y se somete a la situación). Pero al rato, mientras tiene una oreja en la visita y la otra en la provincia de San Juan, vuelta a sonar el timbre de calle: ¿Quien, ministro?... No, presi, (contesta el secretario) ¡también gobernante!... Es Haedo, muy orondo él, que ya entra conociendo la casa y palmoteando con inoportuna cordialidad a todo el mundo y que hasta se interesa (bueno fuera) por la marcha de la votación, con la personal ventaja bivalente de regocijarse tanto por la victoria de Frondizi como por la presunta de Perón. Y Don Arturo, que ya tiene dos visitantes ilustres y nada más que dos orejas, se resigna a perder los contactos con las provincias cuando... ¡otra vez el timbre de calle! Ahora es el Ministro Martínez Montero propiamente dicho. Ya en la tercera instancia de su violencia anfitriónica Don Arturo, está a punto de desmayarse cuando las noticias (que de alguna manera llegaban) le informan del triunfo de Frondizi y... vuelve a sonar el timbre de calle: "¿Algún otro de ustedes?", pregunta a los ilustres orientales que tiene en la sala. Pero los orientales, que no se hablan entre ellos (por algo viajaron en tres aviones distintos) no saben contestarle. El que lo saca de la duda es el secretario que acudió a ver quién llamaba y regresa informando desconsoladoramente: ¡Son tres generales del ejército ar-

gentino, presidente!... Don Arturo se desmaya inexorablemente. El único de las visitas que atina a hacerle viento es, curiosamente, Haedo. (Esta versión, Juanjulio, desde luego que es apócrifa, pero... ¿verdad que suena a realidad?). Hasta mañana, amigos.

ELECCIONES, UN DIA DE SILENCIO

Bueno, nos llega, al menos, un alivio parcial pero tan importante para cierto restablecimiento de nuestro pobre sistema nervioso: a las 12 horas de esta noche o, si les gusta más, a las 0 horas de ese lueguito que es el sábado, ¡¡apagan el primus, amigos!!... Se sobre-entiende que llamo "apagar el primus" a acabar con el estruendo de esta propaganda electoral que nos ha venido haciendo una suerte de trenza de ocho con los nervios, esos cordones blanquecinos (como los define delicadamente un diccionario) distribuidos por todo el cuerpo y que constituyen los órganos conductores de los estímulos nerviosos. En una palabra, amigos, los cables (que dicen los muchachos, menos académicos) que, en definitiva conectan con el buñuelo cerebral y provocan nuestras reacciones; eso, precisamente, el estímulo nervioso, que nuestra democracia parece entender como estímulo político, esclarecedor de la conciencia. Dentro de un par de horas, pues, sentiremos, de pronto, algo así como ¡la estridencia de un tremendo silencio!!! Al menos así nos lo va a parecer, al cabo de haber acostumbrado los tímpanos y el ánimo, al sublime batifondo de estos dos largos meses transcurridos desde que Bottinelli empezó a ser "el hombre", el batllismo de la 15 a insinuarnos estentóreamente que los ayudemos "a irse", Gestido a convencernos de que él es, fijándose bien y sin despreciar, "una esperanza", Nardone, con cierta herejía ciudadana a persuadirnos de que él "es Patria" y Echegoyen, a gatas, "herrerismo", y la UBD a prepotearnos con la "solución definitiva", dicha con impositivo acento de "San-fran-cis-cop!!!". (Esperate que ya vuelvo).

....

Entraremos, pues, al cabo de estas dos horas que restan del viernes, al presunto retiro espiritual de un sedante silencio. Digo presunto, porque desconfío sinceramente de las condiciones traumáticas en que hemos de quedar para ese previsto ejercicio de la meditación que nos brinda la Constitución de la República, cuando impone la cesación de toda propaganda (al menos la callejera) 24 horas antes de la iniciación del acto comicial. Francamente, no se si es la Constitución o un apéndice reglamentario de la ley electoral que lo prescribe, pero, como fuere, la intención es la de amparar el necesario recogimiento del ciudadano, en esas horas previas, a la expresión de su voluntad ciudadana, a que su alma pronuncie su voto. Recogimiento, retiro espiritual ciudadano... Bendita intención que, no obstante, uno no consigue acreditar como virtuosa eficacia. Fíjense ustedes (fijate vos, Juanjulio) que en esas 24 horas, tiene uno que reacondicionar los cables (tarea utópica) ¡para la meditación!... Con el balero lleno y revuelto de consignas gritadas, vociferadas, escupidas en el oído y en el alma ¿puede, el tipo, meditar?... ¿Es posible (como se preguntaba aquel otro) pensar, meditar, reflexionar, resolver, en avanzado estado de coma?... Porque, fijate vos: Si (como reflexionaba aquél) la 15 es la blancos con los blancos en la esperanza alternativa de ayúdelos a irse, uno no tiene más remedio que el pueblo es la Bottinelli que el país necesita, considerando que la mujer es el hombre que solución definitiva, con Michelini a la cabeza y Renán a los 20. ¿Me entendés, Juanjulio?... Por eso te digo. Hasta mañana, amigos.

A UNA SEMANA DE LA ELECCION

¡Lo que va de un sábado a otro, amigos!... Lo digo, por supuesto, del samedi pasado, a este saturday relativamente tranquilo por el que hoy transitamos. Tiene que ver, claro está, con el domingo correspondiente a cada uno de esos sábados aludidos. Porque el sábado pasado era la víspera del domingo pasado y este sábado no es más que víspera de mañana, un domingo comiente y burgués, de salir a la puerta con el mate y el termo, de ver a la patrona cuando sale y vuelve con los ravioles, de pensar en afirmarle las patas a esa silla movediza (que ¡hace tanto que te lo tengo dicho, viejo!) etc., etc. Va dicho como un ejemplo cualunque. Para tal domingo no se exige ningún sábado especial. ¡Pero el pasado!... ¡Oh, el sábado pasado!... Se había callado la calle (acordate) pero todavía las radios y los canales hervían con la obsesión política y ciudadana. El sábado pasado, por ejemplo, todavía venía, al cabo de este micro a mi humilde cargo, la brillante locución de Pelón Paysée, con quien me cruzaba en los corredores de la radio todas las noches, yo hablado, él por hablar, con lo que no quiero decir que yo estuviera "de vuelta" y él no. No le fue bien al "eje", pero no ha de ser, supongo, porque no haya sido suficiente el esfuerzo dialéctico de Paysée. Aquél, en fin, era otro sábado que éste, Juanjulio. Sábado de inminencia, de expectativa, de esperanzas prolijamente equitativas, ecuánimemente distribuidas entre una ciudadanía singularmente afectada por el evento.

....

Tranquilos y un poco doloridos, o (no doloridos) afectados todavía, puede ser, por la contienda que nos

alteró (bendita virtud ciudadana) el ánimo y la conciencia. Estamos, como quien dice, en el "post-operatorio". Y a la espera todavía inquietante de los informes clínicos y quirúrgicos de las Juntas y la Corte Electoral. Como si esperáramos (Dios libre y guarde) los resultados de una biopsia, a cargo de José Pedrito Zeballos y su elenco. Pero tranquilos, gustando un poco (con ese placer dudoso de los enfermos) de la convalescencia. Este es, sin duda, otro sábado... Ya rearchivamos la credencial... (la credencial ésa que buscamos, afanosa y dramáticamente, el sábado pasado, por todos los rincones del ropero, en los cajoncitos de la mesa de luz, en los cajones del escritorio, en el botiquín del baño!... ¿Dónde diablos metió esa mujer la...?). (Esa mujer es la patrona, tu patrona, Juanjulio, que ha de meterse siempre en tus propios e intransferibles desórdenes). Estaba entre las sábanas... o en la cómoda, de donde la saca con extraños olores de perfumes, humedad y remedios. Este es otro sábado, sin duda. Sólo especial sólo caracterizado por nada más que ser "el sábado siguiente a aquel otro", el sábado de la inminencia electoral. Mañana será un domingo... Otro domingo de tantos... El mundo sigue andando. Y como tantas otras, vulgares, veces, yo les digo, amigos, ¡hasta el lunes!...

SE FUE EL TUPI

Ustedes saben, amigos, qué es y qué representa el Tupí Nambá, en la historia de este Montevideo que todos, tan gozosamente, de una u otra manera, transitamos. Yo no voy a repetirles cuanto ha dicho, escrito y publicado, ya, Manolo de Castro, especie de H. D. de las peñas literarias del viejo Montevideo, en cuyo constante hervor ha ido cocinándose eso que llamamos (a veces, con pudoroso orgullo, otras, con cierta cariñosa ironía) Cultura Nacional. Yo no soy hombre de contar historias, no tengo, siquiera, la vocación del cronista capaz de ir arrimando motivos que alguna vez conformen la importancia de una historia. Soy, apenas, un montevideano adoptivo, que sabe andar con placer por las distintas dependencias edilicias de este hogar montevideano en que vivimos, trabajamos, sufrimos y amamos (lo de montevideano adoptivo va –dicho con rigor histórico, aunque a H. D. ni a Manolito les importe– porque otra ciudad del interior me vio nacer y me atendió hasta la adolescencia). Soy, pues, un montevideano que va y viene dentro de la casa y que, desde luego, ha terminado por querer a las cosas, de la misma manera como aquella tía vieja tuya amaba entrañablemente a una mayólica, a un armario o (probablemente) a su propio esposo. El Tupí es uno de esos muebles (armario, mayólica o mujer) que hemos llegado a querer con cierta ternura doméstica de ciudadanos. Para muchos montevideanos (sobre todo para quienes hemos vivido y, en cierta forma vivimos, la bohemia periodística) el Tupí es el living de nuestra casa. Sí, el living, en su más exigente acepción: "el lugar donde se está".

. . . .

Exigencias de eso que algunos, audazmente, llaman el Progreso, y otros, con más despiadada objetividad llaman "negocios inmobiliarios", hacen que el edificio donde radica esa alma tupinambaense, deba ser derrumbado. Lo he dicho, ex-profeso, así, para que se entienda que todo lo que puede ocurrir es que un alma sea desalojada de su cuerpo; nunca que la muerte de ese cuerpo comprometa la supervivencia de aquella alma. Es (lo sé) una arriesgada neo-teoría de la Inmortalidad, pero se me ocurre que algo de esto es lo que han pensado quienes (desinteresados de la suerte comercial de ese café) realizan, en estos momentos, una campaña para que le sea adjudicado al Tupí, el ala izquierda del Teatro Solís (donde hoy existe un Museo de Historia Natural que ya no quiere estar allí, por otra parte). Se trata, ni más ni menos, de encontrar otro cuerpo (tiene que ser un cuerpo viejo, usado y con historia) para esa alma que va a quedar en el terrible desamparo de la intemperie. Y, en la intemperie, no hay inmortalidad que valga, por más transpiración socrática en que nos esforcemos, porque es un alma múltiple, como la de toda tradición, la que queremos defender, la que estamos defendiendo en la suerte de ese Tupí con el que cada uno de nosotros (estoy seguro) tiene su propia alma más o menos comprometida. Yo sé que cada generación que va para allá (digamos) protesta y reacciona ante un cambio, una innovación que compromete una afección arraigada, una costumbre. A veces, puede no ser más que el fastidio de quien protesta porque le han cambiado el lugar donde él siempre ha colgado los pantalones. La nueva generación sonríe y (felizmente) sigue adelante, en estos casos. En este escabroso sentido, el Tupí ha tenido la virtud de no volverse viejo nunca (más que en querer sus viejas tradiciones) y ha sabido tanto cumplir con los abuelos que formaron su historia, como con los nietos que hoy

lo defienden para seguir formando la suya. El Tupí (dicho en pocas palabras) ha sabido ser siempre "el Tupí". Parece que esto no es mucho decir, pero yo se que los montevideanos me entienden. Ojalá lo entiendan, también, las autoridades que tienen que decidir la suerte de un alma que está corriendo el espantoso riesgo de quedarse sin cuerpo. Hasta mañana, amigos.

ALFREDO MARIO FERREIRO (MARIUS)

Más de una vez (alguno de ustedes ha de recordarlo) transitando por alguno de los temas de la actualidad que son el sustento de estas charlas mías, se nos ha aparecido, oportuna, espontánea, una cita de Alfredo Mario Ferreiro. Era difícil no toparse con él, en cualquier bocacalle de Montevideo o, mismo en la propia soledad del trabajo, por alguna de esas calles de la actualidad que suele uno recorrer para estirar las piernas del alma. Allá lo veo en la esquina del Cabildo (va para "Mundo Uruguayo"), o en Rincón y la Plaza (camino de "Marcha") o en 18 y Río Branco (a dejar algo que mañana leeríamos en "Tribuna Popular") o en el menos sospechado cruce de este ambulatorio metropolitano (como él diría pidiendo perdones, luego)... allá lo veo, hablando con alguien, porque era difícil cruzarse con él y no cambiar un comentario (el cambio habría de ser casi siempre deficitario para Ferreiro). Alto, uno de los hombros más levantado que el otro, moviendo las aspas de sus brazos, como si llevara en sí mismo los molinos de viento contra los que luchaba su quijotesca afección de humorista. Así, muchas veces, en la vida callejera o en la reflexión de la soledad, mirando la sociedad o la política (mirando al hombre, siempre) nos hemos cruzado con Alfredo Mario. Así es como lo he traído, alguna vez, enganchado en algún comentario de la actualidad a este encuentro de todas las noches con ustedes. Hoy viene, queridos amigos, porque hoy es él la actualidad y mi ánimo no pudo ver otra por más que ésta me duela. Ferreiro murió esta madrugada.

. . . .

Cuesta (y, en todo caso, no es obligación conseguirlo) alcanzar la total noción de su pérdida. No ha de parecernos nunca verdad, y él mismo (estoy seguro) él mismo ha de querer que se le suponga en goce de una beca que se consiguió por méritos de poeta y humorista, a una región que está más allá de la cortina del miedo, para estudiar (digamos) las condiciones de vida en que viven los muertos. Si no vuelve para producirnos el informe que corresponde a los motivos de su viaje, le asistirá el atenuante de que lo mismo ocurre con tantos becados inútiles cuyo viaje pesa, sin embargo, en el presupuesto de la nación, mientras el suyo es costeado por el propio sacrificio de su presupuesto cardíaco. Hoy, esta noche, mañana... nos miraremos todos, quienes le queremos, sin saber decirnos más que el lugar común que nos sale con pereza y fastidio. Y, seguramente jugaremos (¡qué más remedio, Marius!) esa triste imitación de la despedida que son los trances mortuorios (¡que espantosamente fea es esta palabra!). Habremos de jugar, decía, y es el propio Ferreiro que me está dictando la palabra y el ánimo, porque él mismo, con esa afección iconoclástica del humorista, jugaba y reía, más con la muerte que con la vida. Haremos, pues, eso, considerados con la costumbre, aunque ya tan íntimamente convencidos de que no está, como seguros de que ya no lo perdemos, porque se nos incorporó al alma y al recuerdo. Que si mañana se oyera un discurso en el cementerio, fuera su voz misma la que escucháramos, como él pretendió quererlo cuando grabó su propia oración necrológica para esta porfiada ocasión de la cortesía póstuma. No se dónde está ese disco y, a esta altura de la tristeza no se tampoco dónde está esa macabra voluntad de Marius o ser él (en todo caso) quien cumpla con esa fórmula del sentimiento. Volutad que, atendida o no, nos expresa, de todas maneras, su deseo de estarse con nosotros, más él mismo que nunca, genio y figura

hasta allí mismo, donde creemos, con tanto amor como inocencia, que lo despedimos para siempre. Hasta mañana, amigos.

A LA VUELTA DE CUBA

No es fácil retomar una rutina y cobrar aquella misma naturalidad y fluidez con que la ejercíamos, sobre todo si, al cabo de un mes, no fue, precisamente, la apacibilidad modorrienta de la zapatilla, el mate y la playa, lo que pudo ocurrirnos, sino un viaje largo y una emoción honda, para veinte días de un dichoso asombro americano. Pero antes que nada y cumpliendo con los rigores sociales de mi inveterada buena educación: ¿Qué es de tu "laif", Juanjulio?!!! Se que la de los ocho millones te pasó de largo sin saludarte, y que seguís enrolado en las hepáticas huestes de la oposición más o menos sistemática. Yo te saludo, bandera de mi patria; esta mañana le pagué cuarenta, por primera vez, al guarda y casi le exijo recibo firmado. Pero ya volveremos al ánimo doméstico de cada "giorno", cuando la sangre me vuelva al ritmo municipal y espeso de mi más ciudadana condición. Por ahora, mis queridos juanesjulio, quiero adelantarles que no fui a Cuba a confirmar nada; en todo caso, fui a que Cuba confirmase algo en mi mismo. Ya todos (o casi todos, bueno) sabemos leer (segunda alfabetización de la experiencia política) ya todos sabemos leer la otra acepción de esa literatura diaria que llamamos prensa y que nos vemos obligados a traducir, día a día, como si nos dieran el Martín Fierro en inglés. Yo tuve la suerte de ir al texto original de una maravillosa experiencia social y política y, sinceramente, lamento que la naturaleza de esta audición no se avenga a las exigencias de tiempo y carácter para una lectura comentada de ese Fidel Fierro que leímos, no en la prensa de por acá, no (siquiera y

tanto) en el líder de por allá, sino en la misma naturalidad del pueblo cubano. (Dame unos segundos de licencia complementaria, que ya vuelvo y te la sigo).

....

En tres, cuatro o cinco puntos de una declaración que firmamos allá todos los miembros de la delegación uruguaya (prodigiosa unidad compatriota lograda allá, tan lejos, por la fuerza persuasiva de una rotunda evidencia y la honestidad para mí dichosa de la diversidad político-ideológica de los signatarios) formulamos nuestra impresión con una objetividad deliberada. No es culpa nuestra si la revelación, la simple y objetiva revelación cobra, en el ánimo nacional y americano, en el sentido de una antigua y postergada esperanza, el carácter de una subjetividad. Cuba está viviendo su propia vida (recién, su propia vida). Pido perdón a quienes desde aquí, pero tan honestos como soy capaz de serlo yo, no entienden así las cosas. Los otros, la opinión de los otros, suerte de "siquitrillados" inminentes de la transformación social de estos dichos tiempos, no me interesan. Cuba está viviendo su propia vida y pide paz y comprensión para realizarse a si misma. Si lo pide con esa altivez, que no quiere ni busca ser soberbia, es porque esta desdichada situación histórica que vivimos le exige pedirlo así y no le ha sido dada la suerte de pedirlo de otro modo. Pero más que mis ojos, mi conciencia (y también mi corazón, que no sufre miopías ni presbicias) han podido ver que no es un tal Fidel (bendito sea) sino un pueblo que se expresa en él y por él, por su voz quebrada, caliente y jocunda a un mismo tiempo (nada más parecido al alma cubana) que quiere inaugurar en esta pobre América de abajo de la de arriba (válgame tan expresiva redundancia) una era de paz, trabajo y dignidad nacional. No tengo por qué no hacer mías (y en buena hora) las palabras que Kennedy pronunciaba desde su asunción esperan-

zada y (por qué no) esperanzable, y que Fidel, a las dos horas recogía desde su porfiada tribuna: ¡Empecemos de nuevo. Volvamos a empezar! Claro que sí. Pongámonos dignos, cada cual en su lugar. O, como lo expresa una frase popular, de moda entre nosotros: ¿Vamos a respetarnos, Juanjulio? Hasta mañana, si Dios quiere, amigos.

INDICE

Este volumen de la colección **Bolsilibros Arca**, fue impreso en los Talleres Gráficos de A. Monteverde y Cía. S. A., Treinta y Tres 1475, Montevideo, en el mes de agosto del año 1969.
Comisión del Papel. Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349.